
QUETZALCOATL DE TULA

Werner Stenzel



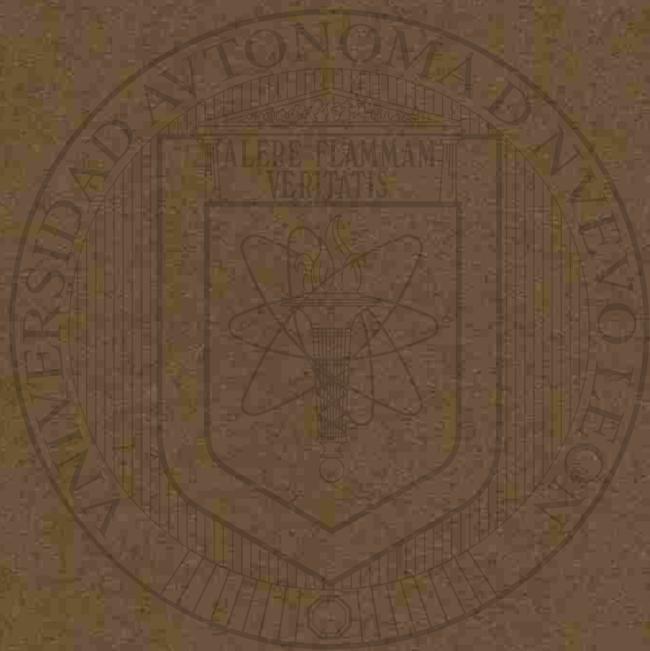
Mitogénesis
de una Leyenda
Poscortesiana

19

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



1080087236



UNANL

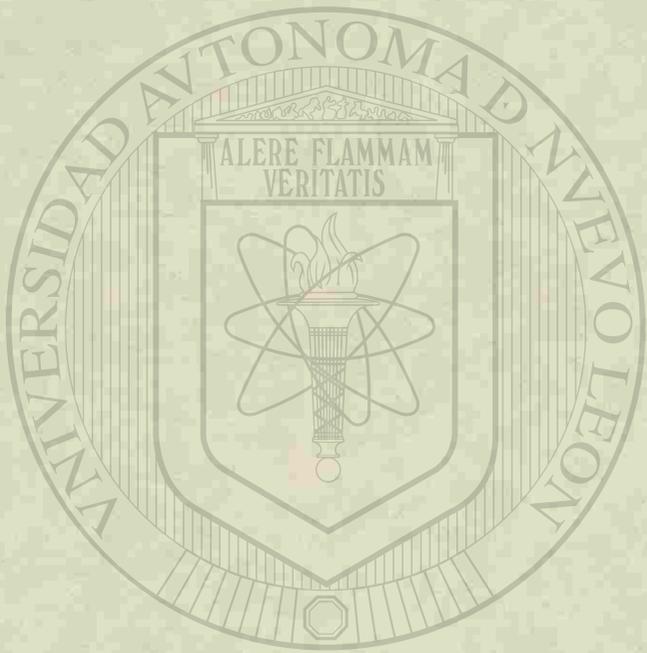
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1975

QUETZALCOATL DE TULA



MITOGENESIS DE UNA LEYENDA POSTCORTESIANA

UANL

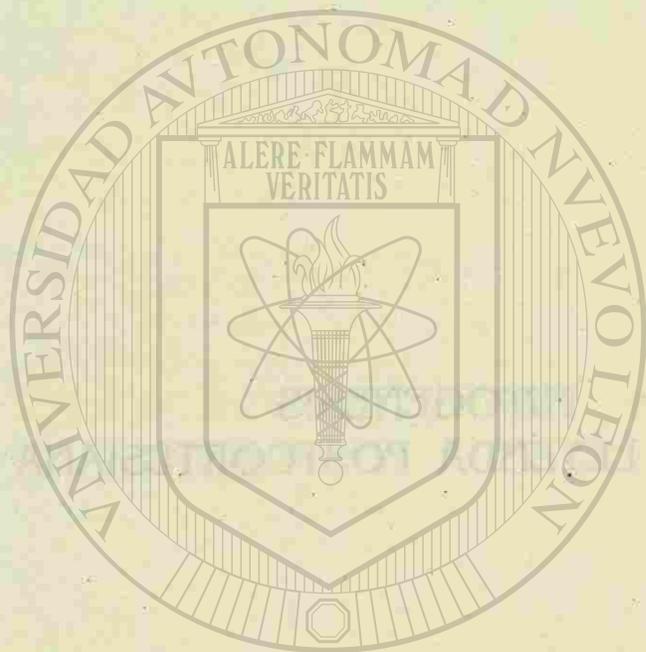
Werner Stenzel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



F1219
3
R38
58



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuadernos del Unicornio: colección dirigida por Aída O'Ward

CUADERNOS DEL UNICORNO N° 13

Directorio

Rector:

Ing. Gregorio Farías Longoria

Director:

Lic. Bernardo Flores Flores

Revisión:

Dr. Werner Stenzel

Traductor:

Dr. Georg Gartz T.

Tipografía:

Catalina Hernández V.
Sonia Narcedalia Flores

Formato:

Catalina Hernández V.

Diseño de portada:

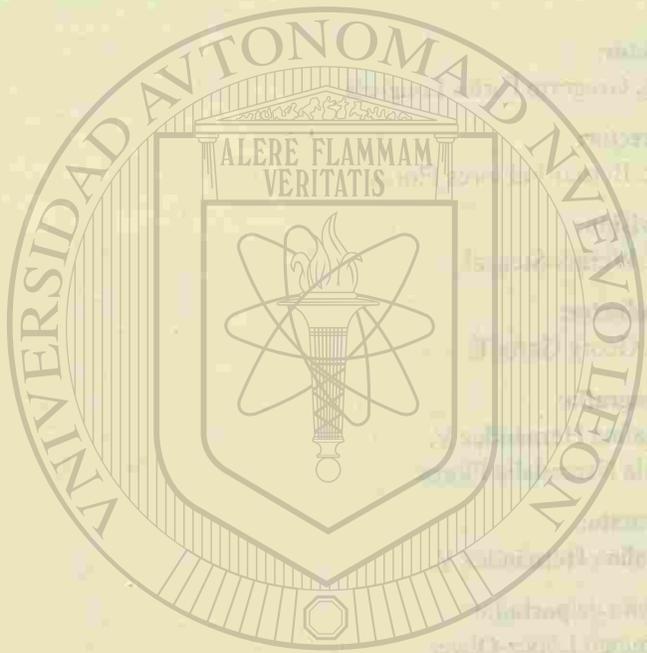
Domingo López-Oliver
Max Garza O'Ward

Facultad de Filosofía y Letras/UANL

Departamento Editorial/1991

Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N.L. Apdo. P. 3024 Cod.

Postal 66450



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Dedicada a la memoria del científico Karl Anton Nowotny y del diplomático Karl Hartl

1. Introducción 2

2. La regencia de Carlos V y el libro de Moisés 10

3. El campo de los estudios del libro en España 12

4. Los dos siglos de estudio de un tratado para la Biblia de Moisés
Moisés de Camp 16

5. La historia de la Biblia en España 20

6. La Biblia en el mundo 22

7. La Biblia en el mundo 24

8. La Biblia en el mundo 26

9. La Biblia en el mundo 28

10. La Biblia en el mundo 30

11. La Biblia en el mundo 32

12. La Biblia en el mundo 34

13. La Biblia en el mundo 36

14. La Biblia en el mundo 38

15. La Biblia en el mundo 40

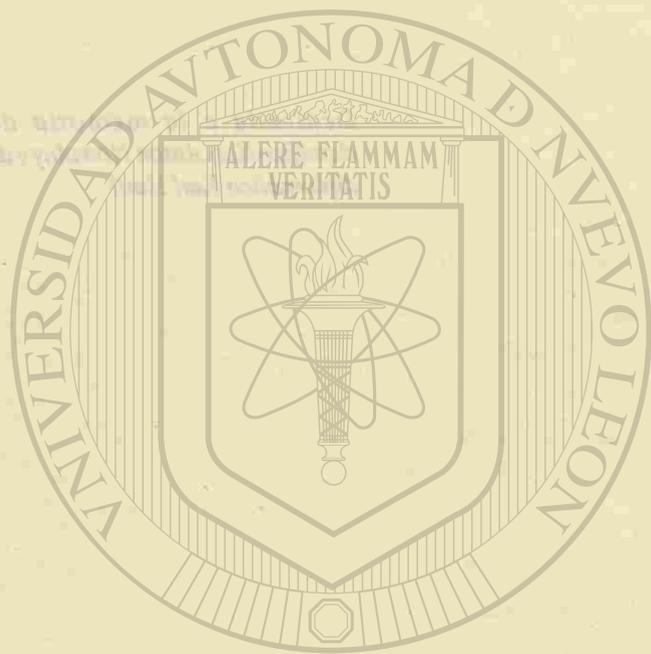
16. La Biblia en el mundo 42

17. La Biblia en el mundo 44

18. La Biblia en el mundo 46

19. La Biblia en el mundo 48

20. La Biblia en el mundo 50



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

1. Introducción **3**
2. La segunda Carta de Relación de Hernán Cortés **6**
3. El antiguo dios mexicano del viento Quetzalcoatl Ecatl **10**
4. Las dos cartas de petición de un franciscano para la familia de Isabel Moctezuma de Cano **16**
5. La Historia de los mexicanos por sus pinturas **20**
6. La Histoyre du Mechique **21**
7. La obra de Fray Toribio de Benavente Motolinía, O.F.M. **22**
8. El escrito pictórico Historia Tolteca-Chichimeca **28**
9. La historia del capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara **29**
10. La Apologética historia del obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas, O.P. **31**
11. El códice poscortesiano Telleriano-Remensis **33**
12. El códice poscortesiano Vaticanus A o Ríos **35**
13. Los Anales de Cuauhtitlán **42**
14. La Leyenda de los soles **46**
15. La obra de Fray Bernardino de Sahagún, O.F.M. y sus informantes **52**
16. Las obras históricas de Fray Diego Durán, O.P. **60**

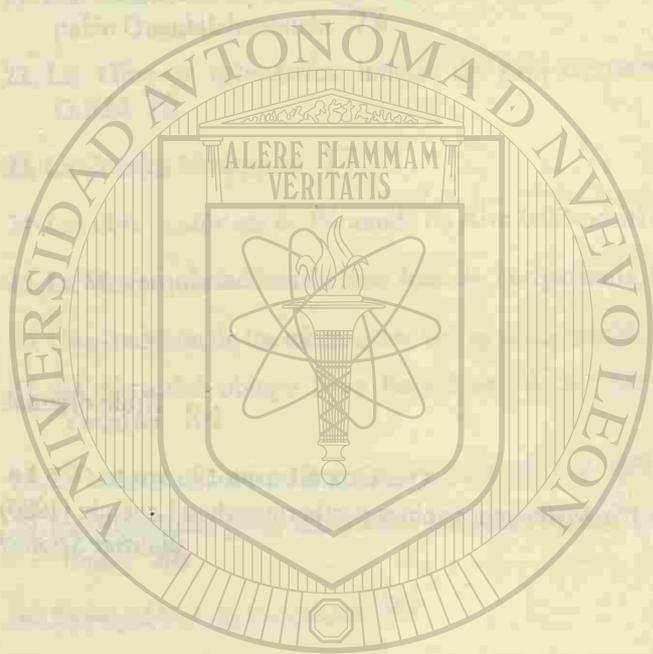
17. Las obras de los autores comprendidos con Durán **66**
18. La Relación geográfica de Cholula **68**
19. Los Cantares Mexicanos **68**
20. La Historia de Tlaxcala de Diego Muñoz Camargo **69**
21. Las Relaciones de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin **73**
22. La Historia eclesiástica indiana de Fray Gerónimo de Mendieta, O.F.M. **75**
23. La Crónica Mexicayotl **77**
24. Las obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxochitl **78**
25. La Monarquía indiana de Fray Juan de Torquemada, O.F.M. **80**
26. Una tradición de los mixes sobre un rey desaparecido **84**
27. La obra del obispo Fray Bartolomé de las Casas, O. P. sobre Yucatán **84**
28. La historia del obispo Fray Diego Landa, O.F.M. **85**
29. Las Relaciones geográficas sobre Yucatán y las predicciones del Chilam Balam **86**
30. El Popol Vuh de los quiché **90**
31. La fuente quiché Título de los señores de Totonicapan **92**
32. Los Anales de los Cakchiqueles **94**
33. Predicciones de acontecimientos importantes según la tradición centromexicana **96**
34. Las supuestas predicciones de la conquista en fuentes históricas **101**
35. Ulterior evolución de la leyenda del retorno del dios blanco **109**
36. Comentarios finales **111**
- Índice de libros citados **113**

QUETZALCOATL DE TULA
MITOGENESIS
DE UNA LEYENDA POSTCORTESIANA

Título original:

Quetzalcoatl von Tula
Die Mythogenese einer postkortesischen Legende (1980)
Werner Stenzel





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

QUETZALCOATL DE TULA: MITOGENESIS DE UNA LEYENDA POSCORTESIANA

1. Introducción

Las fuentes de la mexicanística, ciencia que se ocupa de la región mesoamericana, ámbito de las culturas civilizadas de la norteamérica precolombina, se hallan bajo la sombra de un concepto que no concuerda plenamente con la imagen reconstruida de esas culturas correspondientes a la tradición mesoamericana. Se trata de la noción de que la conquista española de México hubiese sido posible merced a la trágica confusión indígena aceptando al reducido pelotón de conquistadores como el esperado dios Quetzalcoatl y sus acompañantes.

Las deducciones en ello basadas están profundamente arraigadas y se convirtieron en bien común de los parcialmente instruidos y aún de numerosos eruditos. Con frecuencia este concepto es el único conocimiento de europeos cultos respecto de la América precolombina.

Las historias de un tal Quetzalcoatl de Tula son muy discordantes y concuerdan mal con aquello que se conoce con seguridad sobre las viejas culturas mesoamericanas. Sin embargo, con la tenacidad propia de tales fenómenos, este grupo de conceptos, casi un ciclo en sí mismo, ha sobrevivido a varios embates críticos bien fundamentados. El primer intento profundo de crítica proviene de Víctor Frankl, un hispanista vienés, quien tras revisar desde el punto de vista de su especialidad las principales fuentes de la mexicanística, llegó a la conclusión de que el mito en parte era obra del mismo jefe de los conquistadores, Hernán Cortés. Para minimizar la importancia de su sublevación contra su superior político, el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, quien le había conferido capitanear la expedición exploratoria,

puso de pretexto el retorno de los españoles a la tierra ancestral de sus parientes, el pueblo azteca. Esta notificación sería adornada posteriormente por un círculo de indios nobles, de formación humanística, católicos, que rodeaban al monje franciscano Fray Bernardino de Sahagún, en forma de una leyenda más elaborada. El trabajo de Frankl, de suma importancia, ha sido virtualmente ignorado por los especialistas (Frankl 1963 y 1966).

Otro trabajo más joven, de Jacques Lafaye, americanista francés, representa el ulterior desarrollo de la figura mítica del ansiado Quetzalcoatl de Tula, a la postre identificado con Santo Tomás y convertido en factor importante de la conciencia nacional mexicana entre los criollos (Lafaye). Este autor comienza por las fuentes del siglo XVI, especialmente Sahagún, Durán y Torquemada, a los cuales necesariamente tuvo que tomar como puntos de partida para su trabajo.

Una crítica adicional a la leyenda de Quetzalcoatl debe por tanto derivarse de la crítica de Frankl al mencionado pasaje de la segunda *Carta de Relación* de Cortés a su rey, Carlos I de España y rey alemán y emperador romano Carlos V, persiguiendo la evolución histórica del desarrollo de la leyenda en sus fuentes. Es en ello imprescindible disponer de conocimientos ciertos sobre la cultura de los antiguos aztecas desde el punto de vista del mexicanista como nivel de referencia crítica. Es obvio que no hay validez en descartar indicaciones aparentemente sin sentido de las fuentes; es por lo contrario menester examinar cada una de estas referencias aparentemente erróneas en cuanto a sus motivos y su proveniencia. Tal como ya magistralmente Frankl y Lafaye nos han puesto por ejemplo, tales motivos deben considerarse claves respecto de las aspiraciones intelectuales y otras de los autores y de su sociedad. La reconstrucción de las antiguas culturas mexicanas no sería posible sin previa valoración de los lentes, a través de los cuales los autores de la temprana época de la postconquista observaban la era pasada. Obras tales como las de Frankl y Lafaye o también el estudio *The Millenary Kingdom of the Franciscans in the New World* de John Leddy Phelan deben reconsiderarse antes de emprender cualquier trabajo antropológico o mexicanista sobre las fuentes del siglo XVI de la historia cultural del antiguo México. Hasta después de ello es posible emprender la utilización de las fuentes bajo puntos de vista de la mexicanística clásica y los conceptos de la antropología cultural moderna.

Después de comentar los pasajes importantes pertinentes de la segunda *Carta de Relación* de Cortés, bajo la mira de la crítica de Frankl, se tendrán

en cuenta las fuentes en el orden aproximado de su aparición. Ocasionalmente habrá que hacerse referencia a la crítica de Lafaye respecto de las fuentes más importantes de la segunda mitad del siglo. La atención deberá entonces centrarse en cómo llenar el vacío (dejado por Frankl) entre la narración de Cortés y la formulación de la leyenda por el círculo de personas alrededor de Sahagún.

Por motivo de una exposición compacta será necesario dejar de lado un tema secundario de no pequeña importancia: la demostración de que Cortés logró la realización de la conquista primeramente a consecuencia de haber utilizado muy bien la existencia de luchas partidistas entre los mexicanos del centro y sólo en grado mucho menor debido a la superioridad material y organizatoria del cuerpo expedicionario español, en el mejor de los casos sólo una unidad élite de sus fuerzas. Si diferentes autores, en su mayoría mexicanos, afirman que la conquista fue obra de indígenas, así como la obtención de la independencia de los Estados Unidos Mexicanos obra de criollos, entonces deberá añadirse al primer punto tan sólo el del reconocimiento a la genialidad de Cortés, de saber utilizar los mínimos elementos a su favor. En eso cuenta tanto su enorme y destacada habilidad diplomática como su fría utilización de brutalidad en momentos claves. Debe hacerse referencia al respecto sobre todo a la matanza muy eficaz, pero indescriptiblemente cruel realizada en Cholula en 1519, mientras Pedro de Alvarado fuera amonestado por Cortés por su acción traicionera en la fiesta de Toxcatl de 1520, por las consecuencias políticas y militares de la matanza de los nobles tenochcas. Es seguro que la división india, que afectaba a todos los *altepetl* o ciudades-estado, incluso la sociedad tlaxcalteca, los mejores aliados de Cortés, constituía una característica profundamente arraigada de la organización política de los indígenas mesoamericanos. Los mejores ejemplos al respecto se hallan en la historia de las guerras tepanecas y en los mismos acontecimientos de la conquista, en la cual, durante el sitio de México por Cortés, miembros de un mismo *altepetl* luchaban por ambos bandos y aún se sacrificaban mutuamente (Sahagún 1956: IV, 14 ss; XII, 33 y Sahagún 1950 et seq.: XII, 92; cap. xxxii). Este tipo de hechos tenía sin embargo poco impacto en la historiografía del siglo XVI. Los refería, más no los tomaba en cuenta, dado que para la explicación de la conquista que *unos pocos* españoles realizaron de un *gigantesco imperio* (en cuyo lugar en realidad no había más que un mosaico de ciudades-estado receptores y otorgantes de tributos, permanentemente amenazados por luchas partidarias) se recurrían a otras explicaciones. Es necesario señalar estos hechos a manera de introducción, para delimitar el

marco de las consideraciones subsecuentes, más no requieren de explicaciones especiales.

2. La segunda Carta de Relación de Hernán Cortés

Este documento fue firmado por Cortés el 30 de octubre de 1520. Narra de su salida de Veracruz, la primera entrada a México, su marcha contra el ejército de su rival Narváez, las acciones militares de los mexicas contra las guarniciones dejadas atrás, la redención de éstas y la atropellada fuga de la *noche triste* así como el regreso al territorio amigo de Tlaxcala. Finalmente hace mención de la conquista de las ciudades de Tepeyac e Itzocan, hoy día Izúcar de Matamoros, en el actual Estado de Puebla. La crónica nahuatl más temprana al respecto, los *Anales de Tlatelolco* de 1528, consigna: "Allá conquistó primeramente el país." (Unos Anales: 64; párr.305). Esta constancia indígena de la conquista es de importancia para los comentarios sucesivos. La segunda Carta de Cortés termina con los preparativos del retorno y conquista definitiva del altiplano mexicano.

En el curso de esta narración informa Cortés también respecto del apresamiento de Moteuhzoma (mal pronunciado Montezuma), el soberano de México-Tenochtitlan. Este había aceptado su prisión y sometido a la autoridad española debido a las predicciones de sus antepasados. Frankl analizó esta noticia, exponiendo los motivos de Cortés, de hacer aquí uso libre de su fantasía. Demuestra que la *protohistoria azteca* reflejada en la carta no tiene fundamento y no sirve a otro propósito que justificar el título de derecho bajo el cual Carlos V se apropiaba del "imperio" del "emperador" Moteuhzoma. Este título era claramente una construcción de Cortés para invalidar aquel otro título de donación colombina extendida por los *reyes católicos* Fernando e Isabel que era aplicable a la extensión de territorio que interesaba a Cortés. El motivo de Cortés para actuar así es obviamente su amotinación contra el adelantado Diego Velázquez, el vicegobernador de Cuba, quien había obtenido el permiso de la corona para la expedición, confiriéndolo a Cortés. Mediante la fundación de la Ciudad de Veracruz había tenido ocasión Cortés de deshacerse de dicha autoridad delegada, haciéndose en su lugar dotar de prerrogativas nuevas a nombre del rey español por parte de un cabildo. Este proceder requería de la aprobación de la corona y el conquistador había por ello mandado de inmediato representantes a España, quienes se presentaron en la corte provocando desde luego la formación de partidos a favor y en contra suya. La corte no

tomó ninguna decisión hasta después de la conquista de México, el 15 de octubre de 1522. Debido a ello trataba pues Cortés de demostrar la preexistencia de la soberanía española sobre la Nueva España, a fin de desvirtuar totalmente la donación colombina, de la cual se derivaba la autoridad de Velázquez, y justificar al mismo tiempo su comportamiento en contra del mismo. Este es según Frankl el motivo de fondo de Cortés, que permea todas sus Cartas de Relación.

En la ya mencionada *protohistoria azteca* de la segunda Carta de Relación no indica Cortés ni un solo hecho que se pueda verificar ni desvalidar. Sólo afirma que Moteuhzoma le explicó de un soberano extranjero, quien hace tiempo no demasiado largo había traído a los aztecas a esa región para tras ello regresar a su tierra natal. En una visita renovada encontró a todos sus hombres ya casados con mujeres del lugar; por tal motivo ya no regresaron con él, "é siempre hemos tenido que de los que dél descendiesen, habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos." Y dado que los españoles venían enviados por un gran señor de un gran imperio del sol saliente, los aztecas hubiesen aceptado a aquél por su *señor natural*. Y en el texto sigue de inmediato una bienvenida en lenguaje florido a los nuevos señores, los españoles (Cortés: 59). De tal modo los aztecas son representados como viejos colonizadores de estirpe semiespañola, como medios hermanos, quienes llenos de emoción reconocen su dependencia de la madre patria. Este analista se muestra sorprendido de que a excepción del historiador oficial del descubrimiento y conquista de la América española, Gonzalo Fernández de Oviedo (Ia. parte, libro II, cap.III), no hubiese nadie que reconociera este cuento como lo que en realidad era... un discurso ficticio. Jamás se inició en este punto una crítica, ni se le reconoció como información original de todas las fuentes que posteriormente hablaban del retorno de un dios blanco esperado por los mexicanos (Frankl, 63:15).

Cuando los nobles aztecas aún no habían retirado su obediencia de Moteuhzoma, se dice así que fue posible motivarlos tras conmovedor discurso del rey prisionero, a aceptar la soberanía de Carlos V, hecho transcurrido incluso delante de escribano español (Cortés: 33). Por desgracia, según participa el mismo Cortés al inicio de esta segunda Carta de Relación a su rey, todos los acuerdos por escrito que había tomado con los indígenas se perdieron en un acontecimiento triste (evidente referencia a la *noche triste*), (Cortés: 33). En este mismo sentido escribe también Alvarado Tezozomoc cuando dice: " *que cuando los españoles vinieron a esta Nueva España, antes de la rebelión de México..*". (Alvarado: 323).

Después de la violenta evacuación de los ídolos del templo principal y la erección de una imagen de Sta. María y otros objetos cristianos por parte de los españoles, se dice incluso que los aztecas bajo liderazgo de Moteuhzoma declararon saber "que ellos no eran naturales de esta tierra y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza." (Cortés: 75).

Todos estos datos despertaron el bien fundado recelo de Frankl y llevaron a su explicación correcta. Su análisis se mueve por entero en el terreno de las letras hispánicas. Desde el punto de vista mexicanista deben señalarse sobre todo las características de las monarquías mesoamericanas y su base religiosa. Existen historias completas de dinastías, que a partir de un acto de creación especial inician con la familia real y con gran acierto histórico la continúan relatando hasta la conquista. Entre tales historias haremos referencia posteriormente a una muy representativa, la de los reyes de Tzompan. Es muy típica la manera tradicional mesoamericana de justificar la autoridad política o religiosa de un culto o de un reinado. El ubicar el carácter de una predicción en el marco de una idiosincracia de concepto histórico cíclico se mostrará más adelante. Pero aún allí no es posible ubicar una predicción, como la forzada por Cortés, tal como lo veremos sobre todo a partir del *Chilam Balam*. Y de toda la información de que disponemos sobre Mesoamérica sólo se conoce una forma de título primario de posesión de tierra, en la organización de los calpultin o barrios dentro de un altepetl o ciudad-estado, a saber, la conquista por los calpultin en un momento histórico definible. El parentesco con otros calpultin jamás es reconocido como fundamento legal de autoridad sobre otro altepetl; Cortés había pretextado que los mexicas, al aceptar a los españoles como parientes, habían también aceptado su soberanía. Podemos referirnos aquí a la inmensa obra histórica de Chimalpahin, la obra de Muñoz Camargo y de otros, como constancia de estas normas de derecho. En forma subsidiaria si se consideraba el parentesco, como cuando ocasionalmente algún calpulli fuese incorporado a la comunidad de un altepetl. Pero jamás se había consignado ninguna entrega de soberanía de modo pacífico a advenedizos como los españoles. El relato de la conquista de Cholula por grupos *toltecas*, que forma parte importante de la fuente *Historia Tolteca-Chichimeca* y que tiene rasgos muy arcaicos en su descripción, expone claramente los pasos necesarios para la apropiación de la soberanía. El término *soberanía*, aquí empleado, no es equiparable al del derecho internacional actual, pero en todo caso preserva el liderazgo de la administración local por habitantes del

altepetl. La imposición de tributo por los vencedores no se opone a este concepto, según los informes del siglo XVI, dado que la única actuación de funcionarios extranjeros sobre el territorio del altepetl tiene que haber sido en este caso la recaudación del tributo. No hay conocimiento de otras funciones. Considerando el concepto indígena mesoamericano de que el culto y la administración deberían continuar, los antepasados habrían ordenado el mundo actual y al hombre de hoy no le sería dado cimbrar este orden, significa que a tal esperanza de retorno le falta todo fundamento ideológico. Las modificaciones en todo caso pudiesen iniciarse mediante visiones de personajes importantes, así como también todas las sublevaciones tras la conquista se derivaban de visiones y tenían significado religioso.

Existe además un indicio muy importante que sugiere que la llegada de los españoles fue considerada como de mal agüero. Cuando los españoles dominaban a México tras el apresamiento de Moteuhzoma y había aparente calma exterior en la ciudad, Torquemada nos informa que por orden del monarca prisionero se mandó que en la más norteña de las ciudades gemelas de México, Tlatelolco, fuese suprimida la prostitución, pues los dioses se habían enojado y por tal razón traído a los españoles (Torquemada: I,452). La justificación del castigo de los dioses debida a una conducta inmoral es muy conforme a la tradición mesoamericana. No es posible reforzar con otras citas este dato relativamente tardío dado por Torquemada; sin embargo merece ser resaltado pues este autor, que incorpora la *protohistoria* relatada por Cortés, la contradice en este punto de manera rotunda. Ello confiere especial valor a este pasaje.

Se dice así que en un momento posterior entregó Moteuhzoma a Cortés, como representante del rey español, toda la soberanía junto con todos los tributos, de modo formal. Esto habría tenido lugar mediante un grandioso discurso delante de los igualmente prisioneros reyes de Texcoco y Tlacopan, miembros de la triple alianza de México-Tenochtitlan. En este discurso habría de nuevo hecho referencia Moteuhzoma al ansiado y realizado retorno del soberano de la lejanía así como a la sumisión que ahora correspondía realizar (Cortés: 49). Este relato no puede de ningún modo corresponder a la realidad, pues Moteuhzoma nunca hubiera podido tomarse atributos que pertenecían al todo de la triple alianza. Incluso para la intronización de uno de los tres monarcas siempre acudían los otros dos como observantes y actores. Empero no hay ninguna fuente que narre el traslado de soberanía por parte del colectivo de los tres monarcas. Incluso,

en teoría, sólo se hubiera podido realizar como acción conjunta algo que afectase *asuntos de la federación*, es decir, en todo caso la repartición de tributos. Como apreciaban los mismo indígenas la pérdida de su independencia ya se mostró al inicio de esta sección con la referencia a los *Anales de Tlatelolco* respecto de la conquista de Tepeyac e Itzocan, hecha por Cortés a fines de 1520, es decir, aproximadamente un año después de la supuesta cesión de soberanía de Moteuhzoma.

3. El antiguo dios mexicano del viento Quetzalcoatl Ecatl

El nombre del dios significa *serpiente emplumada viento*. Por fortuna, en las fuentes se habla ya sea de un dios del viento, que en la mitología de la creación juega un papel destacado y a quien se rendía un culto desgraciadamente no descrito en detalle, o bien de un héroe *Topiltzin Ce Acatl Quetzalcoatl de Tula*. No se atribuyen por regla general las características del dios al héroe, de descripción fantástica; las fuentes del siglo XVI se contentan con designar al héroe como el dios del viento, pero sin conferirle (por motivos que se discutirán adelante) las características de aquél. Por tal razón, las fuentes, al describir al dios mítico y hacer algunas referencias generales a su culto en las ceremonias religiosas, por fortuna sólo incluyen observaciones fácilmente depurables del héroe tolteca. Por ello es perfectamente posible describir al dios del viento prehispánico.

Según una de las fuentes más importantes es uno de los cuatro hijos de la pareja primitiva de dioses. Son sus hermanos el Tezcatlipoca rojo, el Tezcatlipoca negro y Huitzilopochtli. Junto con éste emprende el dios del viento la primera de varias creaciones, decidida por todos ellos (Historia de los mexicanos por sus pinturas: 228 a 231). Siguen después cuatro eras que inician con el ascenso de un dios a la posición del sol y culminan con la caída de aquél y una catástrofe cósmica. Una de estas eras o *cahuil* tiene por sol al dios del viento *Quetzalcoatl* y se llama *sol de viento*. La última de estas cuatro eras termina en un diluvio, por causa del cual se derrumba también el cielo. Tezcatlipoca y Quetzalcoatl erigen de nueva cuenta al firmamento, para lo cual se crean cuatro humanos que les asisten en ello y los dioses se autoconvierten en árboles de sostén. Tras el éxito de esta empresa son nombrados por su padre Tonacatecutli amos del cielo y toman su sede sobre el camino que aparece en el cielo, es decir, la vía láctea (Historia de los mexicanos por sus pinturas: 234). Dado que la misma fuente indica poco antes de modo muy breve que la osa mayor es Tezcatlipoca, puede suponerse

la identificación de Quetzalcoatl con una constelación o estrella de importancia semejante.

Es este mismo dios el que es enviado por la asamblea de dioses al bajo mundo para buscar allí el hueso de piedra preciosa, la osamenta de humanos de eras pasadas, para la creación del humano de la quinta era, la actual (Leyenda de los soles: 330 s). El dios del viento participa al lado de otros dioses también en este hecho de creación (Leyenda de los soles: 337). Finalmente, es él el actor principal en el mito del descubrimiento de las plantas nutritivas principales (Leyenda de los soles: 338 a 340).

En la mitología de la creación de los mixtecos juega el dios del viento un papel parecido, igualmente importante. Según se describe en el Códice Vindobonensis, en un día *nueve viento* nace de un cuchillo de piedra, al cual está ligado mediante cordón umbilical (Códice Vindobonensis: 49 anv.). Este mismo *Quetzalcoatl nueve viento* aparece después en diferentes disfraces, visita a la pareja primitiva de dioses en el cielo y desciende del mismo, cargado de importantes objetos sagrados, mediante una escalera de cuerdas. Con estos objetos religiosos aparentemente se funda el o un culto religioso sobre la tierra (Códice Vindobonensis: 48 anv.) Tras ello acontece la erección del firmamento de los cielos por *Nueve viento* (Códice Vindobonensis: 47 anv.).

Más allá de la importancia aquí destacada en el mito, tenía el dios muy estrechas relaciones con los dioses de lluvia, pues para ellos barría los caminos (en el cielo) de las tormentas (Sahagún, 1956: I, 45; I,5,1). Según otro manuscrito de la misma fuente era él el *líder y barrendero de los dioses de la lluvia* (Sahagún 1950 et seq.: I, e; cap. V). La misma fuente determina también que el viento se llamaba Quetzalcoatl y el viento del oeste llevaba según su fecha de nacimiento nombre calendárico de *Uno viento* (Sahagún 1950 et seq.: VII, 14; cap. IV). Muñoz Camargo afirma de este patrono de la comunidad cholulteca, que ellos (los cholultecas) le habían solicitado que matara a sus enemigos, consumiéndolos con rayos y fuego del cielo y ahogándolos con agua (Muñoz: 208; II, 5). La cara de Quetzalcoatl es descrita por Durán como la de un pájaro (Durán: I, 62; Rit,6,5). Parece adecuado comentar aquí la característica del pájaro trueno de las religiones de varias de las naciones de los indígenas de las praderas norteamericanas. El ídolo habría así traído una mitra de papel, de la cual pendían tiras de papel de colores hacia atrás (Durán: 1, 62; Rit. 6, 6). Esta característica pudo haber provocado asociaciones simplonas para designar la persona de Quet-

zalcoatl como obispo o alguna figura semejante. En los ídolos de piedra tales mitras habrían servido para escanciar vino, es decir pulque, en las festividades de los dioses (Roman y Zamora: 1, 52). En la mano derecha sostenía el ídolo un hacha semejante a una hoz y en la izquierda un escudo (Durán: I, 61; Rit. 6,7).

Por lo demás este dios despierta sensación de temor más que de ternura. Ni aún sus méritos en las diferentes creaciones logran evitar este sentimiento. Los dioses que podían dar al humano lo más valioso, es decir los de la lluvia, eran también los que exigían de sus adoradores las dádivas más costosas, un número máximo de sacrificios humanos. Este dios, según la ideología reinante, podía ofrecer mucho a los humanos. De los templos redondos, generalmente atribuidos a Quetzalcoatl, se dice que tenían iluminación perpetua. El templo redondo de México Tenochtitlan, se dice, habría tenido entrada constituida por las fauces de una escultura de boca de serpiente, que presentaba dientes gigantescos (Motolinia 1967: 29; I, 23). Una descripción reproducida por el cronista de la corona española, Herrera, es más extensiva. Después de detallar la entrada, que causó temor en todos, especialmente los cristianos, por la gran obscuridad del interior, continúa con la mención del apestoso olor de la sangre de los sacrificios (Herrera II/VI/17; p. 197). No hay que buscar mucho para encontrar una interpretación a tal arquitectura de la entrada del templo. Un manuscrito postcortesino muestra la serpiente emplumada que devora seres humanos; la porción caudal de un cuerpo humano con las extremidades inferiores aún se asoma fuera de sus fauces (Códice Vaticanus A: 31 anv.). En la página precedente, dedicada a Xipe como señor del periodo de trece días que inicia con el día *Uno perro*, dice en italiano: "Es ésta la figura de su acompañante Quetzalcoatl; así lo dibujan por haber sido una fiesta de gran temor; por ello representan a aquella serpiente que devora a humanos vivientes" (Códice Vaticanus A: 30 rev.). El Códice Le Tellier contiene la misma inscripción con ocasión del mismo motivo, en español (Códice Telleriano: 18 anv.). Esta última fuente informa además que Quetzalcoatl había nacido de una virgen en el cielo. Se había podido salvar en el diluvio y había nacido en Zicanavitzcatl, donde vivía. El era el creador del mundo y se le llamaba señor del viento, pues aquél *Tonacatecotli*, cuando le plugo, había soplado y así engendrado a Quetzalcoatl. A él le serían dedicadas las iglesias redondas (es decir, templos sin esquina alguna). También se decía que él era el creador del primer humano, el señor de los trece días mostrados en relación a ello (Códice Telleriano: 8 rev.). Además, la estrella Venus era el Quetzalcoatl

(Códice Telleriano: 14 rev.). Esta múltiple caracterización de una deidad no debe sorprendernos. En la tradición de los Cora y Huicholes, casi al margen de Mesoamérica, la estrella de la mañana es identificada con el venado, el maíz y el cactus del peyote.

Quetzalcoatl tenía también influencia sobre el devenir de la guerra, pues las mujeres de los guerreros salidos al combate invocaban al dios en sus domicilios (Alvarado 539). La serpiente emplumada misma era un animal mítico muy importante, pues los mexicas exigían de cada lugar sometido un tributo de plumajes "que debe tener el color de la gran serpiente que existe en aquellas montañas y a la orilla del mar se llama Quetzalcoatl" (Alvarado: 374). Aún con las ánimas de los muertos habría estado este dios en contacto. En la última lucha defensiva bajo Cuauhtemoc en 1521 los mexicas imploran a Cortés que de una vez los matara, "pues eres hijo del sol, ... sácanos de tanto y tan largo penar, que dessemos la muerte por yr a descansar con Quetzalcoatl, que nos está esperando." (Gómara: 211 anv.). Este pasaje no sólo muestra que Quetzalcoatl esperaba a los listos para morir, al menos guerreros, sino que los mexicas bajo ningún concepto consideraban a Cortés como Quetzalcoatl pues éste les esperaba en otra parte, es decir, en el más allá.

Quetzalcoatl era asimismo el dios de los comerciantes, especialmente de la gran ciudad mercantil de Cholula, y en esta calidad recibía igualmente sacrificios humanos. Después de algún comentario general (Durán: I, 61; Rit. 6,3) describe Durán su fiesta del día siguiente de la festividad de la candelaria, el tres de Febrero. Los comerciantes habían dispuesto un prisionero inmaculado desde 40 días antes de la fiesta para ser sacrificado; todos esos días el candidato deambulaba como Quetzalcoatl. Esta representación o *ixiptla* había sido de igual valor que la de Tezcatlipoca, representado durante 365 días por quien habría de ser sacrificado en la fiesta de aquel dios. Nueve días antes de la fecha verdadera se le debía de anunciar su muerte. Si mostraba tristeza, se le daba a beber un brebaje que contenía sangre del cuchillo ceremonial. El prisionero era sacrificado a la medianoche y su corazón se presentaba en primer lugar a la luna, para después ya ofrecerse al ídolo. Este dios era venerado sobre todo por los traficantes de esclavos, los comerciantes más respetados de todo el país. En Cholula se le había dedicado una pirámide, encima de la cual se localizaba un templete con techo de paja. Este techo era tan bajo que había que agacharse al entrar; la entrada misma tenía también aspecto de entrada de

un horno (Durán: I, 63 s.; Rit. 6, 9 a 17). Esta misma información nos la proporciona también el Códice Ramírez (Tovar: 108 s.) y Acosta (276). Como patrono de Cholula la divinidad era implorada por sus habitantes pidiendo *buen tiempo* (es decir, lluvia), salud y paz en la comunidad (Gabriel Rojas). Era en el día *uno viento* cuando el dios recibía la mayor cantidad de sacrificios (Durán: I, 170; Rit. 19,4). En el sitio de México de 1519 por las tropas de Cortés cayeron en una ocasión 40 españoles prisioneros de los aztecas. Fueron sacrificados y el *aire*, es decir, el dios del viento, había sido "rociado" con su sangre (Gómara: 205 anv.). También en la festividad de Hueytecuilhuil se habían ofrecido sacrificios a Quetzalcoatl (Durán: I, 265; Cal. 11,3).

El sitio de la muerte del *inixiptla citlalin*, el representante de la estrella de la mañana, se llamaba Ilhuicatitlan. Esta víctima era sacrificada cada año el primer día que la estrella se mostrara. Muchos prisioneros habrían sido sacrificados en esa misma fecha. En esa noche del día *nueve viento* (el nombre corresponde a la ya mencionada tradición mixteca) habrían sido sacrificados muchos *tlatlaltiti* (víctimas bañadas) en un lugar llamado Chililico (Sahagún 1950 et seq.: II, 172 s.; App.). Y cuando Gómara de manera tranquilizante nos asegura que en la fiesta de Quetzalcoatl sólo se mataban pocas personas en Cholula, ello, sin necesidad de desmentir tal aseveración, nos corrobora evidentemente la práctica de sacrificios humanos a este dios (Gómara: 335 rev.). La misma indicación se halla también en Las Casas (II, 198). *Topilcin Quetzalcoatl* había nacido el día *siete caña* y ese día se habría realizado una gran fiesta en Cholula, a la cual llegó gente de todo el país para traer grandes regalos a los señores sacerdotes. Lo mismo habría sucedido el día de su muerte *uno caña*.

Estas fiestas se celebraban cada 52 años (Códex Telleriano: 10 anv.). Tal indicación nos sugiere la probabilidad de que estas fiestas se combinaran con las festividades anuarias cuando dichos días concordaban con el primer día de un año.

Quetzalcoatl otorgaba según una fuente confiable de contenido pagano visiones sobre guerra y conquista. Esto corresponde claramente a la tradición mesoamericana. El líder de los toltecas Couenan tuvo durante una ceremonia de culto cerca del Tlachihualtepetl (quiere decir montaña artificial o pirámide) de Cholula una visión. Estaba él disfrazado de explorador, probablemente de peregrino, cuando vio la muchedumbre escapando de

Cholula con el dúo de regentes Aquiach y Tlalquiach a la cabeza. Rezó entonces a *Ipalnemoani* (ésto es: aquél, por quien vivimos). Le respondió el dios Quetzalcoatl, según este testimonio también portador de este sobrenombre que en opinión de algunos intérpretes corresponde a un título de divinidad única. Es probable que se aplicase tal predicado a cada uno de los dioses que cooperaron en la creación. Es la misma fuente la que nos proporciona también el dato adicional de la fórmula completa del nombre del dios. Dice así: Quetzalcoatl Nacxilt Tepeuhqui (Historia Tolteca-Chichimeca 25/párr. 83 a 90). En ello no se tomó en consideración el breve título de Ecatl, es decir viento.

Este dios de los comerciantes era, también al igual que su homólogo griego Hermes, el dios de los ladrones. Los magos dedicados al hurto o los ladrones dedicados a la magia traían en sus incursiones una imagen del *Uno viento* o Quetzalcoatl (Sahagún 1956: I, 358; IV, 31, 6).

Hay testimonios fidedignos respecto de la diseminación del culto de este dios sobre Mesoamérica. A excepción de los huastecos quienes como *barbaros y paganos* (sic) que eran, no se sometían a la ley y se consideraban como algo equivalente a los cananitas entre los israelitas, excepto ellos pues, todos los demás pueblos centromexicanos se contentaban en la festividad de Quetzalcoatl, el tres de febrero, con *pan ácimo*. El autor explica entonces el alimento permitido: todo el pan, es decir, tortillas, eran preparados ese día sin cal. Tal festividad se llamaba entre las naciones nahuaparlantes *atamalli*, que probablemente signifique *atamalqualiztli* o comida de tortillas preparadas sólo con agua y maíz (Durán: I, 66 s.; Rit. 6, 26s.). Ello es bien conocido de otras fuentes.

Respecto del carácter exclusivamente pagano de este dios existe otra referencia excelente, no bien depurada, referente a la conducta del responsable de la leyenda del retorno, el mismo Hernán Cortés. Este había castigado a Tepeaca en Puebla, el Tepeyacac de aquel entonces, ya mencionado, por sus sacrificios humanos. El primer ídolo tumbado escalera abajo de su pirámide era el de Quetzalcoatl (Alvarado: 622). No podemos suponer motivo para información falsa por parte del autor Alvarado Tezozomoc respecto de este episodio. Es seguro que Cortés no identificaba a tal deidad con el líder, por él mismo inventado, de hombres blancos antiguos en México central. Es por tanto evidente que el amalgamamiento de estas dos figuras fuese de fecha

posterior. Hay veces que notablemente no se practicó. Así, el dios del viento no tiene nada que ver con el nombre de calendario *Ce Acatl* o una caña.

4. Las dos cartas de petición de un franciscano para la familia de Isabel Moctezuma de Cano

La mentira piadosa y propagandística de Cortés existió sola por breve tiempo. La primera, y por tanto sumamente importante, crónica redactada en nahuatl (azteca) escrita con letras europeas, los Anales de Tlaltelolco o Unos Anales de la nación mexicana, justo los manuscritos No. 22 y 22 bis del Fonds mexicains de la Bibliothèque Nationale de Paris, fechada en 1528, no comenta en absoluto nada de los sucesos y aspectos jurídicos mencionados por Cortés. El silencio de esta fuente, al igual que todo silencio de cualquier fuente, no comprueba nada en especial, pero llama nuestra atención respecto del ulterior desarrollo del grupo de escritos.

En 1532, un franciscano desconocido redactó una *Relación de genealogía y linaje de los Señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España*. Según su narración, la Nueva España ya tenía 765 años de haber sido colonizada, inicialmente por cazadores y recolectores organizados bajo grupos familiares. Según esta exposición, que anticipa concisamente los conceptos del evolucionismo cultural, ya las primeras tribus chichimecas habrían tenido la fé en un solo dios. Como comprobación se cita la confesión de un viejo descendiente de chichimecas de Coyohuacan. A esta edificante narrativa debe responderse desde el punto de vista de la crítica sistemática, que parece ser obvia la conformidad con el decir de los nuevos amos españoles. Después de sólo diez y siete años de colonización, estos Culhua *monoteístas* escogieron a un soberano de nombre *Toteheb*. Este habría sido asesinado tras 56 años por un cuñado, dejando un hijo de nombre *Topilci*. Este hijo habría construido un templo a su padre asesinado, en el cual se enterraron los huesos, una vez recolectados de aquél. Ello despertó tanto la ira del asesino *Atepanecate* o *Atepanecatl* como del mismo autor desconocido, quien dice que aquí verdaderamente inició el diablo su engaño de los Culhua. *Topilci* hizo precipitar al asesino enojado por las mismas gradas del templo por él construido. Asegura el autor haber visto una figura del ultimado homicida *Atepanecatl* en Colhuacan, encementada en una iglesia de aquel lugar. Después de ello *Topilci* se convirtió en soberano. Tras diez y seis años emprendió con su pueblo una migración en la cual muchos perecieron. Finalmente, una parte de ellos habría llegado acá (al altiplano

de México), habiendo entre ellos representantes de todos los oficios (conocidos). El camino mismo les había llevado diez años. Primeramente pasaron diez años en Tulancingo. Después se asentaron en Tula, siendo ello el primer centro social y aún político de aquella región. Los sacrificios no eran entonces, dice, de humanos, sino palomas, víboras, mariposas y seres semejantes. Dado que los dioses aparentemente se comunicaban con *Topilci*, el señor de los Culhua, este soberano fue aconsejado por algunas personas de ofrecer sacrificios humanos para apaciguar a precisamente estos dioses. Como no se prestase a ello, habría sido desterrado, viajando a Tlapala, llevándose la gente Culhua y todos los artesanos, pues todos le amaban. Diez años tras su llegada a Tula se habrían marchado. Tras otros dos años había fallecido en Tlapallan. Habría muchos indicios de él y su historia era bien conocida, tanto en la ciudad de México como en amplios alrededores. Se decía que sus ropajes habrían sido como los de un español. Por 97 años quedó Tula sin rey después de la partida de *Topilci*, hasta que *Huemac*, del mismo linaje, se convirtió en su sucesor. Una alta en demasía, disforme y muy horrible aparición lo hizo emigrar a Chapultepec, donde se ahorcó de pena. Aquellos quedados en Tula habrían entonces nombrado a *Nahuinci* su rey, quien trasladó la sede del reino a Culhuacan. La continuación de la historia lleva a *Acamapichtli* y la dinastía mexicana. La fuente termina señalando que los descendientes de *Moteuhzoma* jamás sucedieron a éste. Fue compuesta en realidad para uno de ellos. Hace énfasis además, en que *Moteuhzoma* fue muerto por los mexicas, pues había recibido a los españoles en paz. Sigue después una enumeración de lugares que pertenecían personalmente a *Moteuhzoma* y que seguramente apetecían a sus descendientes, con el comentario final del autor de que se proveyese para los hijos de *Moteuhzoma*. En especial se refiere a sus dos hijas, *Leonor* e *Isabel*, casadas con españoles y quienes movían a sus súbditos a la fe cristiana (*Relación de genealogía y linaje*: 263 a 281).

Esta narración no ofrece una historia general de México central, sino sólo la de una dinastía, la de Tula, cuyas descendencias posteriores gobernaban primero Colhuacan y después también México-Tenochtitlan. La referencia a antepasados *monoteístas* corresponde a una doctrina de revelación primitiva, muy de boga en aquel entonces, que lógicamente fuera acariciada por una familia indígena noble, que se las daba de muy española y muy católica. *Topilci* es aquí un héroe, un hombre arriba de lo común. Los antepasados de su padre *Toteheb* (más correctamente *Totepeuh*) no son mencionados. Según fuentes de origen posterior y que aún discutiremos, *Totepeuh* pertenecía a un pueblo de dioses, cosa caritativamente omitida en

un documento que pretende mostrar una historia artificiosamente cristiana. Ya mostraremos a base de citas paralelas que la historia aquí reproducida de modo fragmentario y cristianizado, es un relato de la especial génesis de una estirpe real proveniente de los dioses.

La temática del asesinato de Totepeuh y la venganza subsecuente de su hijo Topiltzin también es observada en varias fuentes. El gobierno de Topiltzin lleva a la emigración de su pueblo, respecto de cuyo origen nada se nos dice, y a las conquistas por él emprendidas. ¡Se le recuerda pues primeramente como un monarca guerrero! El elemento cristiano del relato es su negativa de introducir sacrificios humanos y el subsecuente destierro. No es posible hacer compaginar ésto con el tema original, relatado por varias fuentes, de la venganza por la muerte de su padre; otras fuentes incluso presentan esta muerte como un sacrificio humano. Debe por tanto considerarse su negativa como modificación poscortesiana. Cualquier monarca mesoamericano tenía como primera obligación, siendo líder político y religioso de una comunidad, la de fomentar el culto y con ello también los sacrificios. Igualmente debe considerarse como maquillaje posterior la descripción de los ropajes de aspecto español que usaba Topiltzin.

Huemac, sucesor de Topiltzin, es más bien una figura mítica, cuyo sucesor Nauhyotzin, aquí llamado Nahuinci, es ya un monarca histórico, de existencia corroborada en varias fuentes, de Colhuacan. Se enumeran luego sus sucesores históricos, explicando la derivación de la dinastía de los Tenochca como rama lateral de aquella de los Colhua. Todo ello constituye una versión purgada, es decir, con omisión de su descendencia mítica de los dioses, de la línea de monarcas que sucesivamente gobernaban Tula, Colhuacan y Tenochtitlan, y cuyos descendientes al tiempo posconquista tenían gran interés de estar de buenos términos con los españoles, destacar su importancia y la de su linaje, y lograr la retención de sus bienes feudales.

Esta última afirmación, un poco dura, debe reforzarse con una cita paralela a la última obra mencionada, el *Origen de los mexicanos*. El autor desconocido, seguramente idéntico, escribe al inicio que sus superiores religiosos (perlados) y el rey habrían pedido informes respecto de los aborígenes y su conversión. Gustosos cumplieron los monjes los deseos del conquistador Juan Cano, casado con Doña Isabel, la mayor de las hijas legítimas de Moteuhzoma. Se trata pues de un historiador comprometido con un propósito específico: la legitimización adicional de la familia Cano Montezuma! (*Origen de los mexicanos*: 282). También en esta versión inicia

el relato, por no hacer referencia a la descendencia divina de la dinastía, elemento suprimido por pagano, con la descripción de unos Chichimecas que según ello vivían en condiciones muy acordes al estado de gracia. Debe hacerse mención de que estos Chichimecas eran seguramente un pueblo de dioses de los cuales la ideología pagana conocía varios más. También aquí hay argumentos opuestos al monoteísmo primitivo, que al igual que en la versión anterior, no han sido suprimidos mutatis mutandis por el autor. Por ejemplo, el padre de *Topilce*, *Totepev*, también aquí es asesinado por su cuñado *Atepanecatlh* y vengado por Topiltzin. El hijo entierra la osamenta "que no debiera," y rodea esta inhumación de grandes pompas. Construye además un templo como los de los dioses de hoy día (1532) en regiones donde los españoles aún no residían, y por tanto no habían podido destruir los lugares de culto. Topiltzin honra estos huesos "como otro hijo de Bel" y de modo constante son *engañados* por el demonio, esto es, el diablo, pues "ya antes habían tenido los dioses *Vecelopuchtli* y *Tezcatlipoca*" (*Origen de los mexicanos*: 287). El autor menciona adelante que el obispo electo, Fray Juan de Zumárraga, llevaría "esta" a España. Según una carta de la Real Audiencia a la emperatriz del 10 de julio de 1532, Zumárraga fue acompañado por un hijo y un sobrino de Moteuhzoma (*Epistolario de Nueva España*, No. 114).

El resto de esta fuente no ofrece diferencias importantes al documento paralelo antes comentado. La historia de los mexicas es tan sólo la de su dinastía. Lo que es propiamente la leyenda de la migración misma de los calpultin mexicanos ha sido dejado de lado por completo. Y aunque por ello la acción de Hutzilopochtli como líder de la emigración de los mexicas fuera suprimida, el autor, franciscano como ya se mencionó y probablemente también un sufrido misionero, volvió tal vez en una actitud de rebeldía a destacar el contenido pagano de la tradición a pesar de toda la autocensura hecha a esta fuente. La última cita deja esto fuera de duda. La palabra "antes" de este pasaje se refiere por tanto al culto de muertos ofrecido por Topiltzin a su padre Totepeuh, culto tenebroso y nefasto en el entendimiento del autor y por tanto calificado como producto del engaño diabólico. Este culto implica la erección de un templo, como ya no era posible encontrar más que en aquellas regiones alejadas, aún no bajo control permanente de los españoles. Topilce es por tanto sin discusión alguna partidario y representante de la religión mesoamericana antigua.

5. La historia de los mexicanos por sus pinturas

En algún momento de la cuarta década del siglo XVI se originó una obra llamada *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, conocida también como Códice Zumárraga. Ella presenta la versión más conocida de la creación del sol después de la enumeración de las eras cósmicas, para enseguida relatar la historia del dios Camaxtli, primero en crear cuatro hombres y una mujer, quienes se retiran al cielo. Después, el mismo dios crea los primeros 400 chichimecas u otomíes. Por medio de un rito que implica extracción de sangre, logra este dios que los primeros cinco creados bajen del cielo, matando a los otros 400 que servirían de alimento al sol. Sólo tres chichimecas escapan a la masacre: Ximbel (correctamente Xiuhnel), Mimich y el mismo Camaxtli, quien se había hecho pasar por uno de ellos. Los dos primeros son protagonistas de un mito importante, ofrecido por la *Leyenda de los soles* en forma muy extensa, pero sin contexto. La fuente aquí citada nos ofrece casi exclusivamente el contexto allí faltante. Continúa enseguida con la historia del dios Camaxtli deambulando sobre la tierra; ha adquirido entretanto un "bulto sagrado". Con este bulto a la espalda emprende Camaxtli conquistas para los Cuitlahuacas. Pierde finalmente una guerra contra los chichimecas, pues había extraviado su bulto. La explicación dada respecto de la pérdida del bulto es que tuvo relaciones con una pariente de Tezcatlipoca rompiendo con ello aparentemente un tabú de castidad. De esta unión nace un hijo llamado *Ceacalt* (correcto Ce Acatl). Tras sus años mozos éste ayuna siete años "andando sólo por los cerros y sacándose sangre, porque los dioses le hiciesen grande guerrero". Después de ello, emprende la guerra y se convierte en el primer gobernante de Tula. Construye allí un gran templo y abandona el sitio junto con su pueblo por orden de Tezcatlipoca. Lo conduce a Tlapalla en Honduras, dejando algunos atrás en Cholula (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*: 236ss.). Tras ello, la fuente confluente el relato con prestaciones de la migración de los mexicas. En el curso de su caminar, ellos llegan también a Tula, habitada entonces por chichimecas. Y como de costumbre, también construyen allí un templo para su dios nacional Huitzilopochtli. El dios prorrumpe en llanto bajo la tierra, y a las preguntas de los habitantes de Tula, de por qué lloraba su dios, explicaron los mexicas que todos los originales del lugar iban a morir. Cuatro años más tarde, una vieja habitante de Tula entrega a sus concudadanos una bandera y les dice aprestarse para su próxima muerte. Los tulenses acuden todos a la piedra del sacrificio, se acuestan y son sacrificados por los mexicas. Dado que todos los habitantes de allí mueren, quedan los mexicas como

amos de la ciudad. Tras unos cuantos años, sin embargo, continúan su emigración (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*: 242).

Esta historia es un mito político de los mexicas. No se refiere a los ya emigrados toltecas de Ce Acatl, sino a los chichimecas que posteriormente vivieron allí, llamados otomíes. El motivo exacto de la historia no queda muy claro. Es posible que pretendiera animar a la confianza en Huitzilopochtli o tal vez meramente exponer la conquista incruenta de Tula, en aquél entonces reconocido centro intelectual. Los elementos del argumento aparecen en otros escritos también. Sin explicación alguna sobre el motivo, se trae a colación el mito de Ce Acatl, el monarca con el nombre calendárico *Uno caña*. La línea dinástica, que lleva de Tula a Colhuacan y de allí a Tenochtitlan, no se desglosa, ni siquiera se sugiere, a oposición de las dos fuentes anteriores. Es por ello que tras partida y muerte de Ce Acatl de inmediato se enlace el mito de origen y migración del pueblo mexicano.

La presentación que se hace de Ce Acatl es aún auténtica. El, cual típico mesoamericano, realiza la búsqueda de su espíritu guardián, practicando actos de culto y especialmente extrayéndose sangre, con el propósito de convertirse en un gran guerrero. La descripción corresponde obviamente (y sin mencionar la visión misma, que hubiera sido demasiado pagana) a la busca de visiones, cuya difusión en Mesoamérica está comprobada (Stenzel: 1967/68). La realización de estas acciones, pertenecientes a las nociones fundamentales de la religión mesoamericana, atestigua el carácter pagano de Ce Acatl. Aún la partida tolteca por orden del dios Tezcatlipoca no se presenta aquí como una catástrofe. En cambio, tal catástrofe acontece a los habitantes posteriores, chichimecas de Tula al momento de la estancia de los mexicanos en ese sitio.

6. La Histoyre du Mechique

De nueva cuenta nos topamos con el episodio de Camaxtli y Chimalma, quienes tienen muchos hijos, en la *Histoyre du Mechique*, documento probablemente redactado en 1543, que sólo existe ya en la traducción francesa del cosmógrafo André Thevet. Dado que sus hermanos mayores lo quieren matar, Quetzalcoatl es protegido por su padre Camaxtli. Los demás hijos asesinan entonces a Camaxtli, hecho vengado por Quetzalcoatl. Los vasallos de éste fabrican copas con los cráneos de los hermanos y acompañan a su señor a Tula. Sufre allí Quetzalcoatl tantas maldades a manos de

Tezcatlipoca que decide emigrar sobre Colhuacan, Quauhquechollan y Cholula hasta Cempoalla. Al perseguirlo Tezcatlipoca incluso hasta allí, se suicida y es incinerado por sus servidores. Del humo resultante nace la estrella de la mañana (Histoyre du Mechique: 34 a 38).

En esa versión aún no encontramos al Quetzalcoatl cristianizado. No lleva aquí nombre calendárico, sino del dios del viento, con el cuál no es identificado sin embargo. La excepción es la génesis de la estrella de la mañana, que según todo nuestro conocimiento seguro respecto de mitología mexicana antigua sucedió antes de la creación del sol. En cambio, la salida de Tula se ha dramatizado y su muerte se presenta correspondientemente como suicidio. Uno tiende a sugerir el momento de origen de esta fuente justo antes o durante el comienzo de la identificación del héroe de Tula con el dios del viento. Es posible concluir asimismo que el redactor español carecía de entendimiento pleno al respecto.

7. La obra de Fray Toribio de Benavente Motolinía, O.F.M.

Dado que el padre debe de haber redactado su obra histórica entre 1530 y 1546, su versión de la historia de Quetzalcoatl es cronológicamente correspondiente a la versión contenida en la Histoyre du Mechique. En los *Memoriales* hace Motolinía varias veces referencia a años apenas pasados hablándonos del final de la década de los treinta y también expone acontecimientos infaustos del año 1541. A lo largo de la narración de estas catástrofes se percibe en el autor cierta creencia en el destino que corresponde bien al quiliismo típico de los franciscanos. Este quiliismo no es tan destacado en los escritos de Motolinía, los *Memoriales* y la *Historia de los indios de la Nueva España*, como en la obra de su cohermano Mendieta, quien ha sido analizado de modo cuidadoso por John L. Phelan. El hacer un examen semejante de las propiedades ideológicas de Motolinía sería de gran importancia a la presente obra pues su quiliismo contribuyó aparentemente a la evolución de la leyenda postcortesiana del *Quetzalcoatl de Tula*.

En la introducción de sus *Memoriales* presenta Motolinía un breve resumen de los reyes de Tenochtitlan y su historia. Respecto de Moteuhzoma Xocoyotzin, constata que este monarca estaba bajo presagios de que su gloria, triunfo y majestad no habrían de durar muchos años, pues en su tiempo vendrían otras gentes a enseñorearse del país (Motolinía 1967: 8; Epístola proemial y Motolinía 1973: 5; Epístola proemial). Este comentario se en-

cuentra totalmente aislado de contexto y no hay seguridad respecto de si representa un producto del folklore indígena, en aquel momento de seguro en plena ebullición, meramente aceptado por el franciscano de pensar quiliástico, o si corresponde a una maquinación o desarrollo del padre mismo o de uno de sus confratres.

Inmediatamente a continuación del pasaje mencionado sigue la historia de la colonización del México central en forma de fábula. Se nombran aquí Iztacmixcoatl y sus hijos, los ancestros de las principales naciones mexicanas, a saber, Xelhua, Tenuch, Ulmecatlh, Xicalancatlh, Mixtecatlh y Otomitlh. Al final de esta *etnología* se menciona que Mixcoatl tuvo otro hijo, Quetzalcoatlh, con una mujer llamada Chimalmatlh. Este hombre "honesto y templado", dice "comenzó á hacer penitencias de ayuno y disciplinas y a predicar la ley natural". Así fue como se introdujo el ayuno en aquella tierra. Nunca tomó mujer y era puro y casto. Fue también él quien inició la costumbre de sangrar la lengua en sacrificio, más no por servir al demonio, sino como penitencia por los pecados de la lengua y del oído; fue el diablo quien posteriormente incluyó esta práctica en su propio culto. Un indio llamado Chichimecatlh fijó después una banda alrededor de su brazo, siendo llamado por ello Aculhua según la palabra aculli, es decir, hombro. De este se derivarían los culhua, precursores de Moteuhzoma y los señores de México (Motolinía 1967: 9 a 13; Epístola proemial y Motolinía 1973: 5 a 8; Epístola proemial).

Se ha debilitado aquí, mencionada sólo en una frase, la función de Quetzalcoatl como fundador de la línea dinástica, pero aún así se confirma. Esto es todo lo que quedó del gran conquistador pagano Ce Acatl, al cual se debe toda la escena política de México central. La pelea mitológica con los hermanos y la venganza por la muerte de su padre han sido suprimidas del todo. Ello se hubiera llevado mal con la conversión de Ce Acatl Quetzalcoatl en un penitenciario al estilo monje. La nueva versión del carácter del héroe cobró sin embargo, como se verá, vida propia. De acuerdo a ello, el rito de búsqueda de visión se ha transformado en un sacrificio agradable a Dios, y su incorporación al culto del demonio va bien de acuerdo a la opinión de los occidentales de la época en el sentido de la doctrina de la revelación primitiva. El episodio del origen de la palabra aculhua, gentilicio de los habitantes de la región de Texcoco en el este del altiplano de México, está totalmente fuera de lugar y además confunde el término Aculhuacan con Culhuacan, sitio de origen de la dinastía tenochca.

En un capítulo posterior menciona Motolinía las relaciones entre el dios Quetzalcoatl y el planeta Venus: "estos naturales engañados pensaban y creían que uno de los principales dioses, llamado Topiltzin (Topiltzin) o por otro nombre Quetzalcohuatl, cuando murió y de este mundo partió, se tornó en aquella resplandeciente estrella" (Motolinía 1967: 56; I, 16). La importancia de este pasaje radica en que no hay mención de los acontecimientos de Tula y que no se refiere la figura de Ce Acatl. Esta porción del texto habla pues con toda objetividad de un acontecimiento de la teogonía al cual Venus debe su existencia. Se confirma Topiltzin como sobrenombre muy importante del dios del viento Quetzalcoatl. El héroe que lleva el nombre calendárico *Ce Acatl* o *Uno caña* tiene por tanto un sobrenombre divino. De seguro éste era uno de los motivos de la confusión e indentificación del héroe y del dios del viento. Hay otras constancias de que sobrenombres divinos se aplicaran a personajes históricos. Así por ejemplo, los dos últimos reyes de Texcoco antes de la conquista, Nezahualcoyotl y Nezahualpilli, tenían los nombres adicionales de Acolmiztli y Acamapichtli. Acolmiztli es el nombre de una deidad (Sahagún 1950 et seq.: II, 190; App.) y Nezahualpilli es un sobrenombre del dios Tezcatlipoca, divinidad principal de Texcoco (Sahagún 1956: I, 278; III, 2,5).

Motolinía menciona también que un solo dios era bajo diferentes denominaciones deidad principal de varios señoríos de la región de los hoy día estados de Puebla y Tlaxcala: en Tlaxcala y Huexotzingo era Camaxtli, en Cholula Quetzalcoatl, y en la mayoría de las demás regiones generalmente Mixcoatl (Motolinía 1967: 67; I, 23). Pues bien, tenemos asegurada la identificación de Camaxtli con Mixcoatl; la mayoría de las fuentes llaman a Quetzalcoatl o Topiltzin de Tula expresamente hijo de Mixcoatl-Camaxtli. Esta última aseveración de Motolinía nos atestigua por tanto la confusión que en 1540 ya imperaba al respecto de la antigua religión.

Tras algunos comentarios sobre los templos redondos escribe Motolinía su pasaje principal (en lo que se refiere a la formación de la leyenda postconquista). "Este Quetzalcoatl decían los indios que fue natural de un pueblo que se dice Tulla, y salió a edificar las provincias de Tlaxcalla, Huexucingo, Chololla, etc., y después fué hácia la costa de Covazacualco a dó desapareció, y siempre le esperaban que había de volver; y cuando parecieron las naves de don Hernando Cortés, y de los españoles que esta tierra conquistaron viendolos venir a la vela, decían que ya venia Quetzalcoatl y que traía templos por la mar teucuales; pero cuando desembarcaron, decían que eran muchos dioses; en su lengua dice quiteteuh" (Motolinía

1967: 84; I, 30; texto muy semejante en Motolinía 1973: 51; Tratado I, cap. 12).

Es este el pasaje más antiguo que habla de la confusión de los españoles que arribaban con un Quetzalcoatl supuestamente esperado. Es también el pasaje más antiguo que menciona que los indios llamaban dioses a los españoles. La expectativa del retorno corresponde al ya mencionado modo de pensar quiliástico de los franciscanos, que contempla el desarrollo histórico en sacudidas, anunciadas por presagios amenazantes. Se han amalgamado aquí por completo los tres personajes del dios del viento Quetzalcoatl Ecatl, del Topiltzin Ce Acatl y del Huemac de Tula (del cual se harán comentarios más adelante), así como la falsa información de Cortés. El hecho de que Motolinía contradiga aquí otras partes de su misma obra, por ejemplo la presentación del dios del viento, era irrelevante para el espíritu de la época. Debe quedar aquí sin conclusión, al menos por el momento, hasta donde las modificaciones folklóricas indígenas hubiesen cooperado en la confusión de los tres personajes.

Es imposible no revisar los puntos de vista y las fuentes de Motolinía. Hay una referencia, en la presentación del viejo calendario, al año 6-casa = 1550 como fecha de la última revisión de su obra (Motolinía 1967: 51; 16-Inserto). Llama mucho la atención de que defiende los intereses de Doña Isabel, hija de Moteuhzoma II. En su carta introductoria acepta Motolinía datos de la *Relación de genealogía y linaje* y del *Origen de los mexicanos* del 1532 al afirmar que a Moteuhzoma I sucedió una hija, cuyos sucesores eran sus hijos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl (Motolinía 1967: 8; Epístola proemial). Al igual que el desconocido autor de las cartas de petición, que bien pudiese haber sido el mismo Motolinía, no da nombre alguno de esa mujer. No lo encontramos tampoco en ninguna otra fuente, pues es obviamente una invención de la familia Cano-Montezuma o su escritor franciscano. El padre de los tres soberanos sucesores del primer Moteuhzoma Ilhuicamina en el trono de Tenochtitlan, Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, era Huehue Tezozomocli, un hijo de Itzcoatl (según todas las fuentes confiables siendo la mejor mención la de la *Crónica Mexicayotl* 114; párr. 203 a 206). La paralela que se traza entre las dos hijas de respectivamente los dos Moteuhzoma es el principal móvil del autor desconocido de las cartas de petición de 1532. Esta historia, que pretende mediante el relato de la inventada hija de Moteuhzoma I demostrar algo del todo inconcebible, la sucesión femenina entre los mexicas, fue incorporada por Motolinía, aunque no incluyó expresamente la petición oficial del autor de las cartas al rey español,

de conceder a Doña Isabel y a Juan Cano bienes feudales. Hay otros aspectos muy voluntariosos en la descripción que de los mexica hace Motolinía, no sólo en los relatos de la dinastía. Al igual que los españoles inmigraron ellos también a esa tierra, trayéndose todo con ellos. Antes que ellos sólo salvajes vivían allí (Motolinía 1967: 149; I, 53). Esta afirmación solo concuerda con la narración de Cortés, de la cuál aparentemente se influenció, pero no es posible hacerla compatible con el cúmulo de la historiografía del siglo diez y seis, que describe a los aztecas como arribadores tardíos y bárbaros, ni con la arqueología moderna que acepta una civilización en el altiplano de México a partir de los últimos siglos antes de la era cristiana. La descripción tampoco concuerda con el florecimiento de la cultura tolteca en el altiplano, bajo *Quetzalcoatl de Tula*.

Motolinía nos deja entrever muchos y excelentes aspectos de su filosofía a través de su obra histórica. Lo que a continuación esbozamos no reclama ser un análisis sistemático, pues es excesivamente compacto y breve. Sin embargo, para la investigación mexicanística del origen de la leyenda del retorno del dios blanco debe bastar. En su primer capítulo explica Motolinía, "ahora que nuestro Dios descubrió a este otro mundo, a nosotros nuevo", los franciscanos predicar en él, pues Dios desde el principio tenía en mente "al apostólico Francisco como alférez y capitán de esta conquista espiritual" (Motolinía 1967: 16/I, 1). Ya San Anselmo habría escrito que en las grandes regiones del oeste existiría una isla, mayor que Europa y Africa, a donde Dios habría mandado a Jafet cumpliendo con ello la profecía de Noe "dilatet Deus Japhet." Y como los españoles eran descendientes de Jafet, Dios los habría diseminado en los tres continentes (Motolinía 1967: 17; I, 1).

Para mayor reafirmación de esta teoría añade Motolinía un segundo capítulo intitulado: "Como esta tierra fue herida de diez plagas, más crueles que las de Egipto" (Motolinía 1967: 17; I, 2). Ya en la primera oración se nos indica la razón de ello: Los habitantes habrían tenido cautivas a las hijas de Sión, sus propias almas, bajo el yugo del faraón, es decir, de la idolatría. La descripción que a ello sigue, compara una a una las plagas de México con aquellas de Egipto, viéndose algo de artificio en la descripción de ciertas plagas mexicanas. Al final añade tres diferencias entre los grupos de plagas, responsabilizando de ello de nueva cuenta a los pecados. La catástrofe que en 1541 azotó al más antiguo asentamiento de la Ciudad de Guatemala, la Antigua, la explica como castigo divino. En el capítulo 66 opina que un árbol importante en Guatemala se le había antojado podrido para al final del mismo capítulo mencionar que sin pretender ser profeta, había predicho la

destrucción de la ciudad (Motolinía 1967: 216; I, 66). De acuerdo a esto la añadidura del capítulo 69 fue posterior, como él mismo menciona. Hasta qué punto las catástrofes llamaban la atención de este autor franciscano y por tanto quiliástico, se evidencia en el capítulo 70, último de la otra. Está dedicado a los acontecimientos de los años 1521, 1531 y 1541, que declara años aciagos por excelencia. Con los intervalos de diez años destaca también la regularidad del infortunio.

Desde este trasfondo intelectual hay que revisar ahora la versión Motoliniana de la conquista de México. Primeramente destaca que se tenía por inconquistable hasta antes de la llegada de Cortés: Dios mismo empero, la habría entregado merced a sus muchos y muy grandes pecados, alabando al mismo tiempo al celo de Cortés (Motolinía 1967: 152; I, 54). Sigue a continuación el capítulo 55, que tiene por título *De las señales prenósticos que el señor de México y los naturales tuvieron antes de la destrucción de México*. La argumentación inicia aclarando que en base a la experiencia y a la Sagrada Escritura estaba constatado que Dios anticipaba señales a sus pruebas, tales como epidemias, cometas etc. Uno de los prisioneros a punto de ser sacrificados en Tlatelolco habría sido confortado por un ángel: que no temiese nada, pues el Señor lo tendría en el cielo. Unos años antes de la conquista habría habido una gran claridad en el este, a dos horas antes de la aurora. Moteuhzoma habría solicitado oráculos e interpretaciones y se le habría participado la declinación de su dinastía. Aún el señor de Coyoacán habría respondido a la aseveración de que México tenía cercado a todo el país con hierro, que: "mi señor, un hierro con otro se quebranta y vence". Lo que más nos llama aquí la atención es el anacronismo que supone que el hierro hubiese sido conocido en México antes de la conquista. Esta afirmación procede de una fuente dudosa. Cuando Cortés residía en Coyoacán tras los primeros años de la conquista, los habitantes de aquel lugar se habrían acordado de tal predicción (Motolinía 1967: 153 s.; I, 55). La consolación de la víctima del sacrificio es una retroproyección muy clara. No encontramos nada al respecto de la claridad en el cielo del este en las fuentes más antiguas, especialmente los *Anales de Tlatelolco*.

Las mejores de las fuentes posteriores, en su mayoría en forma de anales, tampoco no reportan nada sobre eso. Tales predicciones tienen la misma importancia que las referencias del Antiguo Testamento, de que en un muro del palacio de Babel se hubiese visto en letras flamantes "mene, tekel, upharsin", para los israelitas. La predicción del soberano de Coyoacán tiene su contraparte en la predicción del último señor de Tzompan respecto de Cuitlahuac al final de los *Anales de Quauhtitlan* y en la confesión de un viejo

chichimeca de Coyoacán, quien explica la fé de sus antepasados en un solo Dios, tal y como se refiere en la *Relación de genealogía y linaje* (265). En cierto modo, el interés de Motolinía en tal folklore indígena del primer tiempo después de la conquista tiene motivaciones 'geopolíticas'. Afirma que *esta tierra fué otro Egipto en idolatría é tinieblas de pecados é despues floreció en gran santidad...* La fé y el cristianismo "venían de Asia, que está al este, para avanzar hasta España, en los fines de Europa; de allí se diseminaron a estas tierras occidentales. El mar no habría constituido obstáculo alguno pues la fé y la gracia de Dios allegaran a do llegan las naos y aún más allá" (Motolinía 1967: 161; I, 56). Aunque no con tanta claridad que en la obra de Mendieta, se expresa aquí la predeterminación de la conquista espiritual de América por los monjes españoles, y se les adapta a la doctrina de *ex oriente lux*, la luz (de la fé) proviene del este y se transmite al oeste.

Una pequeña parte del folklore de los pueblos vencidos del centro de la República mexicana es reproducida pues por Motolinía ya en gruesas alteraciones, que sirven a sus intereses historiográficos. La figura más destacada es en ello el Topiltzin Ce Acatl hecho amalgama con Quetzalcoatl Ecatl. Poca relevancia tiene ésto respecto de la conquista, pues ésta sucedió según el punto de vista del autor debido a los pecados de México bajo el juicio divino y su sentencia, siendo ejecutor o herramienta de todo ello Cortés. La figura importante, dinástica, que es el Ce Acatl en la *Relación de genealogía y linaje* y en *Origen de los mexicanos*, aquí se ha convertido en un apéndice del quiliismo y su doctrina del ciclo de catástrofes. Aparte de ello, se le confluó con el dios del viento Quetzalcoatl Ecatl, sin poder descartar que tal noción no fuese en realidad producto del autor sino posiblemente resultado del folklore de los indígenas vencidos que nosotros podemos tan sólo sospechar.

8. El escrito pictórico Historia Tolteca-chichimeca:

A mediados del siglo diez y seis aún era posible palpar la vieja cultura mesoamericana, a pesar de todas las mezcolanzas, producto sobretudo del contacto de los nobles con los españoles. La *Historia Tolteca-chichimeca*, escrita por la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XVI, que está dedicada a las conquistas de los toltecas y chichimecas en el área de los actuales estados de Puebla y Tlaxcala, conoce a Quetzalcoatl sólo como dios del viento. Respecto del desdoblamiento de Tula no sabe referirnos otra cosa que la historia de Vemac, conocida ya como Huemac en la *Relación de*

genealogía y linaje y en el *Origen de los Mexicanos*. Esta fuente menciona como asentamientos (altepetl) de los toltecas en el *veycan tollan* (ésto es, la Gran Tula) sitios que según el comentarista se localizan en la costa del golfo entre Pánuco y Tabasco (*Historia Tolteca-chichimeca* 12 s.; párr.11). Vemac, hallado, criado y convertido en rey por los toltecas, irritó a los "nonovalcas" que convivían con los primeros al exigir mujeres engordadas y rechazar a aquellas que se le traían. Los "nonovalcas" se sublevaron llenos de enojo e inician choques con los toltecas, hasta que los líderes de las dos etnias llevan a cabo una conferencia. No confiando en tal reconciliación, Vemac emprende la huída y es localizado en la cueva Cincalco, ésto es, casa de maíz, por los "nonovalcas", siendo muerto en forma ritual mediante flechazos. Acto seguido los nonovalcas realizan una asamblea y deciden su retiro de Tula. El siguiente párrafo dice al respecto: "Ya en la noche enviaron toda la posesión de Quetzalcoatl a la cara del sol (es decir, al oriente) y se fueron llevando paulatinamente todas las cosas" (*Historia Tolteca-chichimeca* 16 s.; párr. 132). Son notablemente aquí los nonohualcas y no los toltecas, quienes poseen y resguardan las posesiones de Quetzalcoatl (yn itlatquin quetzalcovatl), entendiéndose por ello sus obras de arte y manualidades. En la *Historia Tolteca-chichimeca* pues, aquel infeliz bajo quien se desbandó Tula, no tiene nada que ver con el dios del viento Quetzalcoatl; incluso no es necesario pintarlo como pervertido por *demonios*, pues la razón de la catástrofe política queda comprendida.

Esta fuente nos muestra pues, que un indio poseedor de la vieja tradición en los años cuarenta del siglo diez y seis jamás hubiera podido amalgamar las tres figuras del dios del viento, del héroe Topiltzin Ce Acatl y del rey Huemac. Si es que hubo indios involucrados en esta mezcolanza, seguramente ya no eran firmes en las viejas tradiciones y por tanto con toda probabilidad nobles cristianizados, como los del círculo alrededor de Sahagún, pues se comentará más adelante.

9. La historia del capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara

La historia de Gómara esta dedicada a destacar el papel de Cortés en la conquista de la Nueva España. Es él el primero que repite la versión de Cortés, de que los mexicanos aceptaron a los españoles como sus soberanos que retornaban. Inmediatamente después del baño de sangre de Cholula habría según ésto cavilado Moteuhzoma sobre cómo debía de recibir a Cortés. Textualmente dijo en esa ocasión que "Esta es la gente que nuestro

Dios me dixo que auia de venir, señorear esta tierra". A continuación se habría encerrado Moteuhzoma en un templo y realizado muchos sacrificios humanos. El diablo le infundió entonces el valor de recibir a los españoles (Gómara: 97 anv.). De modo muy notable no se habla aquí del retorno de un solo dios blanco. Por tanto, encontramos en Gómara separación entre la tradición del Topiltzin Ce Acatl de Tula y el alegado retorno de los soberanos blancos inventado por Cortés, aún preservada. Y como sacerdote seglar es probable que le interesasen poco los presagios de la declinación del poder mexica, que tanto ocupaban a los franciscanos quiliásticos.

La alocución de Moteuhzoma a los españoles, que contiene en detalle la esperanza del retorno de los soberanos blancos, llena en Gómara todo un capítulo. Según esto, Moteuhzoma había explicado su retraso en aprobar el permiso de entrada de los españoles a la Ciudad de México porque el pueblo les temía. Pero ahora había reconocido que ellos no causaban daño, que eran mortales y aún parientes. Su padre mismo le había dicho que sus antepasados fueron inmigrantes que habían arribado con un gran señor, asentándose por allí. En un retorno posterior el líder ya no había podido convencer a sus súbditos de regresar a la tierra patria, por lo que, muy insatisfecho, se había retirado diciendo que les mandaría a sus hijos para que los dominasen, conservándolos en paz y justicia según la antigua ley y la vieja religión de sus padres. Siempre habrían ansiado los mexicanos tal retorno, y ahora él había reconocido a los españoles como los tales dichos, en especial debido a su gran emperador. Había observado con gran atención el viaje de Cortés y algunos de sus vasallos (es decir, reyes que le pagaban tributo) se habían convertido entretanto en sus enemigos (Gómara: 101 rev.s.).

De modo independiente de todo esto informa Gómara de un *Quetzalcoatl*. Este habría construido y reconstruido a Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, vivido castamente y bajo constante penitencia. Predicaba siempre según la *ley natural*, es decir, aquello que en la edad media se entendía bajo ello. Sería también el iniciador del ayuno y la extracción de sangre en penitencia. Había luego desaparecido en Coatzacoalcos y era el dios del viento. Un tal Aculhuatl le había puesto una banda alrededor del brazo por todo el tiempo que caminara entre los hombres. Aculhuatl habría entonces fundado las dinastías de los texcocas y los mexicas. Sus primeros dos reyes habrían sido Totepeuh y Topiltzin en Tula. El autor reproduce aquí sus nombres como Totepeuch y Topil. Tula se habría quedado sin señor por 110 años después de la muerte de Topil. Después vinieron dos, *Vemac* y *Nauionci*, quienes capitaneaban sendos grupos entre los chichimecas. Ambos habrían abandonado Tula con sus seguidores, siguiendo rumbos diferentes (Gómara: 299

anv. a 301 rev.). Con la excepción del dato del nombre de la madre de los primeros dos hijos de Iztacmixcoatl, Ilancueitl, no hay ninguna información en Gómara que no encontráramos también en Motolinía, respecto del episodio de Tula. Quetzalcoatl queda en la descripción de los acontecimientos de la conquista como mero dios pagano. Gómara informa que después de la matanza de Cholula los consejeros de Moteuhzoma habrían tratado de explicar el éxito de los españoles (de escapar a una trampa muy peligrosa) diciendo que "Quetzalcoatl, dios de Cholula, estaba enojado porque le sacrificaran pocos y mal y no fue contra los españoles" (Gómara: 97 rev.).

Si consideramos ahora que Gómara redactó las referencias al *Quetzalcoatl de Tula* según los datos previos de Motolinía, lo que parece muy razonable suponer, dejó sin embargo a un lado el interrelacionarlas con el reporte de Cortés respecto del esperado regreso de los gobernantes blancos. Aún el ansiado retorno de Quetzalcoatl, expresado ya en la obra de Motolinía, no se habría incluido por Gómara. Si es que no dispuso de una fuente paralela a Motolinía, hoy día perdida, entonces simplemente el sacerdote seglar Gómara tomó las noticias dadas por su patrón Cortés en mayor consideración que aquellas obtenidas del franciscano Motolinía.

10. La Apologética Historia del obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas, O.P.

El infatigable luchador por los derechos humanos de los indígenas, Fray Bartolomé de las Casas, tuvo encuentros con Motolinía durante su estadío en América. Posteriormente hubo diferencias entre ellos respecto de las políticas a aplicarse a los indios. Es sin embargo indudable que utilizó la obra de aquél para sus libros, especialmente para la *Apologética Historia*, que redactó alrededor de 1555/56. Había abandonado el Nuevo Mundo en 1547.

Según él, Quetzalcoatl de Cholula fue el más grande de los dioses del México antiguo, pues fue quien introdujo el oficio de la platería, orgullo especial de aquella ciudad. Lo había traído desde Yucatán. En segundo lugar no había admitido los sacrificios y en tercero, que había prohibido excursiones de guerra y pillaje. Se le habría llamado simplemente *nuestro señor*.

Había estado, dice, veinte años en Cholula, regresando posteriormente a Coatzacoalcos, llevando consigo cuatro ejemplares jóvenes de Cholula. De allí los había enviado de regreso, con el aviso de que habrían de llegar hombres blancos. Por ello, los españoles recién llegados habían sido considerados como gente de Quetzalcoatl, pero tal opinión pronto fue cambiada, porque *eran demasiados dioses* (Las Casas: I, 644). Este pasaje sin lugar a duda se debe a Motolinía. Pero aparte de ello, menciona las Casas una ceremonia de fuego nuevo en la fiesta mensual de Quetzalcoatl, en la que se sacrificaban destacados prisioneros (Las Casas: II, 196).

Seguramente era Las Casas el gran propagador de la versión del retorno de un *dios blanco*. Es él uno de los autores más citados de aquel tiempo. Sus motivos parecen ser muy transparentes. Informa al lector de que los indios habían superado a los griegos y romanos en cuanto no habían convertido en dioses a hombres viciosos y criminales, sino personas de *virtud*, evidente en varios de ellos, virtud en la extensión en que podía tal cosa encontrarse entre los que no conocían al *verdadero Dios*. Ejemplos de ello se hallaban en las figuras de Uchilobos, es decir Huitzilopochtli, y en sus hijos y hermanos, y un tal llamado Quetzalcoatl, quien había ordenado el regimiento y gobernación en los cuatro principados de la ciudad de Cholula, sin querer oír ni de asuntos de guerra, ni de sacrificios humanos, ni de otras cosas que dañaran al bien común (Las Casas: I, 665).

En esta única y admirable ocasión vemos pues que un prominente autor cristiano describe como ejemplar a Huitzilopochtli, y virtualmente canoniza al pájaro de trueno, al receptor de sacrificios humanos, dios del viento. Las Casas, infatigable en su lucha por los derechos humanos de los indios, políticamente poco hábil, quien se enemistaba lo mismo con amigos que con adversos, necesitaba una demostración de la superior calidad moral de los antiguos mexicanos a comparación con las culturas 2000 o 1500 años más viejas de los griegos y romanos, cuya imagen más o menos acertada dominaba el pensamiento de la época. Lo trágico es en ello, que con un *Quetzalcoatl* de tal manera compuesto por elementos diversos, quien habría predicho la llegada de los blancos, abriría la puerta a una gran parte de la literatura posterior al respecto de este tema. No cita Las Casas la segunda Carta de Relación de Cortés en este contexto, pero es probable que dispusiera de ella, pues la utiliza en diversas otras ocasiones.

11. El códice poscortesiano Telleriano-Remensis

La tradición guardada en el Códice Telleriano-Remensis data de la mitad del siglo diez y seis. Es aún posible observar la división entre el *Quetzalcoatl de Tula* y el *primer Quetzalcoatl*, el dios del viento. Respecto de la semana Ce-Xochitl, éste es, uno flor, afirma la fuente que "aquí ayunavan (los mexicas) los 4 días posteriores al Quecalcoatli de Tula; que es el que tomó su nombre del primer Quecalcoatli; y ahora le llaman *una Caña*, qué es, la estrella Venus, de la cual se dicen las fábulas que estos tienen..." (Códice Telleriano: 10 anv.). Un poco más adelante, en un pasaje sobre Tlavizcalpantecutli, el dios de la estrella de la mañana, dice que ésta es la primera *claridad*, queriendo decir seguramente *fuentes de luz*, que había sido creada antes del diluvio; había sido creada antes del sol y era el Quetzalcoatl (Códice Telleriano: 14 rev.). También aquí Quetzalcoatl es presentado por lo demás sólo como dios del viento. En otro párrafo dice al respecto que Quetzalcoatl habría sido parido en el cielo por *la virgen*, cuyo nombre se omite. *Quezalcoatle* se había salvado del diluvio, diciendo de él que había creado al mundo, pues se refiere que cuando le plujo a Tonacatecotli, sopló y así engendró a Quetzalcoatl. A éste se le construían templos redondos (Códice Telleriano: 8 rev.).

Cuando cayó entonces el diluvio, se comenzaron los sacrificios.. *Topilcín Quezalcoatle* habría nacido el día *siete-caña*, día de una gran fiesta en Cholula, a la que venía gente de todo el país. Lo mismo aconteció el día que se fue, *uno-caña*. Estas fiestas se realizaban cada 52 años (Códice Telleriano: 10 anv.). Dado que el día *uno-caña* inicia el año cada 52 años, y ese año se nombra según él, parece razonable considerar a este día como idéntico con el primero del año.

Otra referencia importante de esta fuente trata de un presagio, que habría anunciado la llegada de los españoles. En el año 4-Calli, éste es *cuatro-casa*, se había observado durante 40 noches una gran claridad en la Nueva España, que en el este se elevaba grande y brillante sobre la tierra. Al mismo tiempo, en Zozola, a seis leguas de Oaxaca, hubo una insurrección que los mexicanos controlaron en forma sangrienta. "Esta fue una de las maravillas que ellos vieron antes que viniesen los cristianos, y pensaban que era Quezalcoatle, a quien esperavan" (Códex Telleriano: 42 anv.).

El Códice Le Tellier presenta pues un estadio aun temprano de la confluencia de las dos figuras del dios del viento y del Topiltzin Ce Acatl, en el pasaje

sobre las fiestas de Cholula. Al referir los presagios de la llegada de Quetzalcoatl no ofrece ninguna caracterización de la persona de éste. Es notable en esta fuente el relato muy detallado de acontecimientos, terremotos, apariciones en el cielo, etc. referentes al período tanto antes como después de la conquista. Varios de éstos corresponden a los tiempos de la conquista. En 1529, Nuño de Guzman, presidente de la primera Real Audiencia de la Nueva España, fue a Jalisco y los indios "fingen que sale la culevra del cielo, diziendo que los venian trabajos á los naturales yendo los cristianos allá". En 1530 hubo un terremoto y en 1534 un eclipse solar, ambos mencionados sin comentarios. En 1533 hubo un terremoto, y ellos "fingen que humeava la estrella que ellos llamaban *Sittalcholoha*". Muy correctamente identifica la fuente a tal estrella con Venus. La misma cosa habría sucedido en 1534 y 1535 así como en 1537 en la planeada sublevación de los negros en la Ciudad de México. También en la epidemia de viruela en 1539 se habría podido ver tal humo (Codex Telleriano: 44 anv.). Este pasaje demuestra que mientras los españoles no observaban nada raro en el cielo, los indígenas creían percibir un reflejo celestial de los acontecimientos terrenales. El rechazo implícito de los españoles a estas ideas indígenas se deduce de la palabra "fingen", que ya antes habíamos destacado.

Nos da qué pensar el hecho de que los indígenas creían ver tales fenómenos durante el choque cultural provocado por la aculturación debida a la conquista. No hay otras fuentes de aquel tiempo que nos confirmen sucesos extraordinarios respecto de Venus. En cambio, sabemos del concepto mexicano antiguo de que diferentes fases de Venus representaban peligro para diferentes grupos de población. Por tanto, el humear de la estrella está perfectamente anclado en la tradición antigua, tal como se halla expresada al principio de los Anales de *Quauhtitlan*. También nos mueve a reflexión el rechazo al cuento de las catástrofes por parte del autor, pues probablemente era franciscano. Al comentar sobre la antigua fiesta azteca Pachtontli, hace observación de que en el mismo mes caía la fiesta del glorioso San Francisco (Código Telleriano: 3 rev.). El referirse a San Francisco como glorioso es casi un estereotipo de los autores franciscanos. Ello puede también explicar diferencias respecto del Código Vaticanus A, cuyo comentador era el padre dominico Fray Pedro de los Ríos (Código Vaticanus A: 4 rev.). Ello nos hace suponer que ese comentador fuese franciscano. Es en ello inegable que ambos códigos son fuentes de la más estrecha cercanía.

12. El código poscortesiano Vaticanus A o Ríos

El Código Vaticanus A inicia con la descripción de las diferentes regiones del cielo y del bajo mundo según las creencias de los antiguos mexicanos. Sigue a continuación una descripción de las eras cósmicas, que aquí se suponen notablemente largas. La primera era se contempla aquí como de 4008, la segunda de 4010 y la tercera de 4804 años (Código Vaticanus A: 5 anv., 6 anv. y 7 anv.). Después de sucumbir el primer mundo, el superviviente Xelhua se había según esto asentado en Cholula, haciéndose construir una torre de prevención de nuevas inundaciones. Había caído entonces un rayo del cielo, matando a muchos. Por temor a que esto se repitiera se iniciaron ayunos, que duraron hasta el final de la segunda era, sobreviviendo sólo unos cuantos. Estos habrían también profetizado la destrucción de Tula (Código Vaticanus A: 5 rev.).

Esta narración está patentemente enredada. Se le incluyó el motivo de la construcción de la torre de Babel, y por desgracia no podemos precisar al autor de tal modificación. Muy notable es la duración de las eras cósmicas de las cuales cada una era casi tan larga como toda la historia del mundo bajo al punto de vista cristiano de aquel entonces. En cambio, las duraciones más cortas de las eras en otras fuentes parecen representar un intento de conformar la suma al punto de vista cristiano.

En todo caso, la historia de Tula se adaptó a esta versión de la historia del mundo antiguo. Se dice que la provincia (significa en este caso, el señorío) de Tula comenzó en la cuarta era. Por razón de los vicios allí imperantes se vió afligida por hambrunas hasta su destrucción. Estas hambrunas se presentaron hace 5042 años. También había llovido sangre y muchos fallecieron de miedo. No todos, pero una gran parte de los habitantes de Tula se murieron. "Aquí estos miserables fingen ciertos sueños de su ceguera" al decir que un dios Citlallantonac, que es lo mismo que la Vía Lactea, habría mandado un mensajero a la virgen Chimalman a Tula. Las dos hermanas de ésta fallecieron de susto a la llegada del mensajero celestial. A ella misma aquél le explicó que el dios quería que concebiese un hijo, a cuales palabras ella se puso a barrer. Al terminar de barrer ya se sentía preñada de un hijo, de nombre Quetzalcoatl, que era el dios del viento y cuyos templos eran redondos. El era quien causaba los huracanes; había destruido al mundo mediante el viento. Desde su nacimiento mismo había tenido pleno uso de razón. Este hijo de la virgen, de nombre Topiltzin-Quetzalcoatl, sabía que

sobre las fiestas de Cholula. Al referir los presagios de la llegada de Quetzalcoatl no ofrece ninguna caracterización de la persona de éste. Es notable en esta fuente el relato muy detallado de acontecimientos, terremotos, apariciones en el cielo, etc. referentes al período tanto antes como después de la conquista. Varios de éstos corresponden a los tiempos de la conquista. En 1529, Nuño de Guzman, presidente de la primera Real Audiencia de la Nueva España, fue a Jalisco y los indios "fingen que sale la culevra del cielo, diziendo que los venian trabajos á los naturales yendo los cristianos allá". En 1530 hubo un terremoto y en 1534 un eclipse solar, ambos mencionados sin comentarios. En 1533 hubo un terremoto, y ellos "fingen que humeava la estrella que ellos llamaban *Sittalcholoha*". Muy correctamente identifica la fuente a tal estrella con Venus. La misma cosa habría sucedido en 1534 y 1535 así como en 1537 en la planeada sublevación de los negros en la Ciudad de México. También en la epidemia de viruela en 1539 se habría podido ver tal humo (Codex Telleriano: 44 anv.). Este pasaje demuestra que mientras los españoles no observaban nada raro en el cielo, los indígenas creían percibir un reflejo celestial de los acontecimientos terrenales. El rechazo implícito de los españoles a estas ideas indígenas se deduce de la palabra "fingen", que ya antes habíamos destacado.

Nos da qué pensar el hecho de que los indígenas creían ver tales fenómenos durante el choque cultural provocado por la aculturación debida a la conquista. No hay otras fuentes de aquel tiempo que nos confirmen sucesos extraordinarios respecto de Venus. En cambio, sabemos del concepto mexicano antiguo de que diferentes fases de Venus representaban peligro para diferentes grupos de población. Por tanto, el humear de la estrella está perfectamente anclado en la tradición antigua, tal como se halla expresada al principio de los Anales de *Quauhtitlan*. También nos mueve a reflexión el rechazo al cuento de las catástrofes por parte del autor, pues probablemente era franciscano. Al comentar sobre la antigua fiesta azteca Pachtontli, hace observación de que en el mismo mes caía la fiesta del glorioso San Francisco (Código Telleriano: 3 rev.). El referirse a San Francisco como glorioso es casi un estereotipo de los autores franciscanos. Ello puede también explicar diferencias respecto del Código Vaticanus A, cuyo comentador era el padre dominico Fray Pedro de los Ríos (Código Vaticanus A: 4 rev.). Ello nos hace suponer que ese comentador fuese franciscano. Es en ello inegable que ambos códigos son fuentes de la más estrecha cercanía.

12. El código poscortesiano Vaticanus A o Ríos

El Código Vaticanus A inicia con la descripción de las diferentes regiones del cielo y del bajo mundo según las creencias de los antiguos mexicanos. Sigue a continuación una descripción de las eras cósmicas, que aquí se suponen notablemente largas. La primera era se contempla aquí como de 4008, la segunda de 4010 y la tercera de 4804 años (Código Vaticanus A: 5 anv., 6 anv. y 7 anv.). Después de sucumbir el primer mundo, el superviviente Xelhua se había según esto asentado en Cholula, haciéndose construir una torre de prevención de nuevas inundaciones. Había caído entonces un rayo del cielo, matando a muchos. Por temor a que esto se repitiera se iniciaron ayunos, que duraron hasta el final de la segunda era, sobreviviendo sólo unos cuantos. Estos habrían también profetizado la destrucción de Tula (Código Vaticanus A: 5 rev.).

Esta narración está patentemente enredada. Se le incluyó el motivo de la construcción de la torre de Babel, y por desgracia no podemos precisar al autor de tal modificación. Muy notable es la duración de las eras cósmicas de las cuales cada una era casi tan larga como toda la historia del mundo bajo al punto de vista cristiano de aquel entonces. En cambio, las duraciones más cortas de las eras en otras fuentes parecen representar un intento de conformar la suma al punto de vista cristiano.

En todo caso, la historia de Tula se adaptó a esta versión de la historia del mundo antiguo. Se dice que la provincia (significa en este caso, el señorío) de Tula comenzó en la cuarta era. Por razón de los vicios allí imperantes se vió afligida por hambrunas hasta su destrucción. Estas hambrunas se presentaron hace 5042 años. También había llovido sangre y muchos fallecieron de miedo. No todos, pero una gran parte de los habitantes de Tula se murieron. "Aquí estos miserables fingen ciertos sueños de su ceguera" al decir que un dios Citlallantonac, que es lo mismo que la Vía Lactea, habría mandado un mensajero a la virgen Chimalman a Tula. Las dos hermanas de ésta fallecieron de susto a la llegada del mensajero celestial. A ella misma aquél le explicó que el dios quería que concebiese un hijo, a cuales palabras ella se puso a barrer. Al terminar de barrer ya se sentía preñada de un hijo, de nombre Quetzalcoatl, que era el dios del viento y cuyos templos eran redondos. El era quien causaba los huracanes; había destruido al mundo mediante el viento. Desde su nacimiento mismo había tenido pleno uso de razón. Este hijo de la virgen, de nombre Topiltzin-Quetzalcoatl, sabía que

los pecados eran el origen del mal en este mundo. Pidió agua a Chalchiuhtlicue, pues ya eran cuatro los años secos, ofreciéndole sacrificios. "No dejaré de mencionar aquí la astucia de nuestro adversario (Satanás), quien hace ya largo tiempo sembró esta falsedad entre esta pobre gente, a fin de que una vez teniendo conocimiento del principio del misterio de nuestra fé,..." al enterarse de la anunciación bíblica,... lo atribuyesen al padre de la falsa mentira en la persona de "este falso dios Citlallantonac, de su mensajero y de aquella virgen" (Códex Vaticanus A: 7 anv.).

De manera declarada toma así el glosista posición en contra de este plagio, que considera muy indebido, hecho al Nuevo Testamento. Es posible que el parto sobrenatural de Huitzilopochtli haya sido un elemento que influenciara sobre esta leyenda. Lo que más apoya tal noción es el hecho de que el hijo de la virgen, al igual de Huitzilopochtli, tuvo pleno uso de razón inmediatamente después de su nacimiento. Topiltzin Ce Acatl es aquí un añadido al dios del viento, como lo muestra la referencia a los templos redondos y a los huracanes. El enlace entre Quetzalcoatl y los huracanes no lleva intención de fondo y es por tanto de máxima importancia y validez. La introducción de sacrificios es aquí una desinformación suave, pues al respecto de ello disponemos de versiones comprobatorias tales como el robo de los alimentos por los dioses de la lluvia según la *Leyenda de los soles* y los sacrificios a la tierra a consecuencia de su creación mediante el desmembramiento de un monstruo arcaico según *Histoyre du Mechique*. De plano, la impresión general que da el pasaje aquí comentado, es el de una versión muy deformada del antiguo mito mexicano de la creación, en el cual la historia de Tula da la sensación de ser tan solo una intercalación.

En la siguiente página continúa una larguísima descripción de los sacrificios y autosacrificios introducidos por Quetzalcoatl. Era él el primero en hacer penitencia, para que los dioses perdonaran a su pueblo. Junto a su sangre en espinas habría sacrificado también oro, piedras preciosas e incienso, lanzando estos últimos tres al fuego. Pues tenía él la impresión de que los sufrimientos de su pueblo se debían a que amén de no ofrecer los humanos veneración y dádivas preciosas a los dioses, se entregaban por completo al placer y a la diversión. Los dioses le concedieron, tras haberlos apaciguado de tal manera, grandiosas cosechas, prediciéndole tal acontecer mediante la aparición de una lagartija. Al observar los hombres el beneficio que obtenían por medio de Quetzalcoatl, comenzaron a imitar su conducta. Además, Quetzalcoatl les inventó las pirámides y los templos y cuatro

lugares especiales, de los cuales uno era para los nobles, el segundo para la plebe, el tercero era lugar del miedo o de la serpiente, y el cuarto la casa del pecado, pues allí se mandaban todos los pecadores (Códice Vaticanus A: 7 rev.). Para comentar estos agregados injustificables, al glosista sólo se le ocurre un pasaje del Libro de los Reyes del Antiguo Testamento. La página siguiente abunda en aseveraciones aún más grotescas. Según ésto, Totec, o sea el dios Xipe, fue uno de los primeros en seguir a Quetzalcoatl, pues había sido un gran pecador que se había convertido. El habría llamado al pueblo a la penitencia, parado en la cima del Zatzitepetl y vistiendo la piel de un desollado, costumbre que se mantuvo hasta la llegada de los españoles (Códice Vaticanus A: 8 anv.). En la página siguiente se relata el episodio del cadáver estorboso, que es arrastrado por los toltecas, de los cuales muchos mueren al desbarrancarse. (Códice Vaticanus A: 8 rev.).

Todo el pasaje es una versión tierna de la cultura mesoamericana. Hay que cuestionar si ello se explica por la mera decadencia de la tradición o si existe algún interés activo por parte de los indios cristianizados y educados de reinterpretar su antigua religión. El fraile redactor protestó contra tal fenómeno sólo cuando se trataba de la traslación del contenido de la anunciación cristiana a la supuesta antigua tradición, y aún allí sólo protestó de modo débil. Faltaba asimismo cualquier nexo con el párrafo precedente del mismo códice. El concepto de la penitencia, extraño a los mesoamericanos, vino a sustituir al de *merecer* (tlamacehua), o sea, ganarse méritos de los dioses, que sí es originalmente mesoamericano. El involucrar aquí al dios Xipe Totec, quien recibía los mas horrendos sacrificios humanos y según otra versión era quien había expulsado a Quetzalcoatl de Tula, carece totalmente de sentido y nos muestra el nivel de decadencia que la tradición ya había alcanzado. Más aún, se le puede valorar como un fuerte indicio de la conversión de los viejos mitos a historias cristianas edificantes. Existía aún, en aquel entonces, una corriente de tradición básicamente intacta de modo colateral a las *tradiciones de aculturación*, cosa que veremos en la siguiente de las fuentes por comentar. El atribuir el inicio de los sacrificios para la fertilidad de la tierra a la actividad de Quetzalcoatl contradice claramente a la vieja tradición, según la cual los más importantes de estos sacrificios inician con la desaparición de los dioses de la tierra, dejando atrás su Tlaquimilolli, o sea, su bulto sagrado (Stenzel, 1970). En realidad se expone aquí a Quetzalcoatl como figura central del deseo de atribuir a la antigua tradición una revelación primitiva hecha por parte de una figura semejante a un profeta o apostol. Es muy poco probable que

Quetzalcoatl de Tula, en realidad *Topiltzin Ce Acatl*, haya introducido las casas de ayuno. Habría que pensar en cambio en que el dios Quetzalcoatl actuara sobre la tierra en el contexto de un mito azteca ya perdido, pues las casas de ayuno no se relacionan de modo exclusivo con la dinastía de Tula, Colhuacan y Tenochtitlan y su temprano exponente *Ce Acatl*.

El Códice Vindobonensis reproduce un tal mito del dios de viento mixteco *Quetzalcoatl Nueve Viento*. Según ello, el dios baja del cielo por medio de una escalera de cuerdas, tras haber visitado una pareja de dioses vieja, trayendo consigo los objetos sagrados más importantes de los mixtecos. Se observan en la pintura, amén de vestidos ornamentales y el Quetzalcoatl semidesnudo sentado entre otros dos dioses en el cielo, las imágenes de cuatro templos, que vuelven a aparecer al extremo inferior de la escalera de cuerdas. Ello puede interpretarse como su transporte por el dios. Acto seguido apuntala de nueva cuenta el cielo caído, cosa interpretable como el inicio de un nuevo ciclo cósmico (Códice Vindobonensis: 48 anv. y 47 anv.). Hacemos esta observación dado que los nahuas y mixtecos tienen gran parte de su tradición en común y porque en el códice en cuestión aún se ve documentado el cambio de los cultos del cielo a la tierra por el dios del viento de la máscara hemifacial. Aquella tradición azteca de la cual disponemos, que habla de la reedificación del cielo después del diluvio por parte de los dioses Quetzalcoatl y Tezcatlipoca, no menciona nada al respecto (Historia de los mexicanos por sus pinturas: 235). Al hacer confluír los personajes del dios del viento y del héroe dinástico *Ce Acatl*, se aceptó la introducción del culto por parte del primero de ellos y por ello se colocó a Tula en el mundo previo a la última catástrofe, el cuarto ciclo cósmico. Dado que el mito azteca correspondiente, como ya mencionamos se ha perdido, no será posible determinar cuál era el papel original del dios Xipe.

Sin embargo, puesto que Xipe aparece ahora en la leyenda cristianizada, tiene por fuerza que emprender la marcha junto a Quetzalcoatl, de Tula. Estos dos habrían así emigrado con los sobrevivientes de Tula, los niños y los *inocentes*, para poblar, llevándose a otros pueblos que encontraban en el camino. Una cordillera que no podían franquear, la habían perforado y así pasaron. Otras fuentes (es decir, fuentes del compilador del códice) decían que allí se quedaron encerrados y convertidos en piedras, ofreciéndonos algunos otros detalles semejantes (Códice Vaticanus A: 9 anv.). Tras su arribo al *mar rojo*, llamado por los indios *tlapalla*, Quetzalcoatl se habría introducido dentro de éste, y ya no fue jamás visto de nuevo. Decían sin embargo, que a su abordaje había explicado que esperaran su regreso "el

cual sería a su debido tiempo, y así lo esperaban aun. Cuando los españoles vinieron a este país creyeron que era él y ahora después del año 1550, que fue cuando se sublevaron los zapotecas, dieron por causa de tal levantamiento el que ya había venido aquel su dios que había de redimirlos". Quetzalcoatl había nacido un día *uno-caña* y por ello creían que los españoles eran su dios, pues estaba dicho que habría de llegar un pueblo barbado para someterlos. El autor aprovecha la ocasión para en seguida responsabilizar al demonio de tal preconocimiento (Códice Vaticanus A: 9 rev.).

Llama la atención en esta narrativa la mención extraña a los mesoamericanos, de *gente inocente*. Ello muestra las influencias cristianas, al igual que la traducción de *tlapallan* como el mar rojo. Elementos de mitología pagana los tenemos en cambio en el episodio de la montaña perforada (nos recuerda la subida mítica de los indios pueblos desde su patria original Sipapu), y de la petrificación, que nos recuerda sin embargo también la destrucción de Sodoma. La mención más importante es sin duda aquella de que los mexicanos del altiplano, a la mitad del siglo diez y seis, esperaban a Quetzalcoatl en su retorno. Resulta en ello sumamente justificada la referencia a la insurrección armada de los zapotecas en 1550. Se vale suponer inducido por los ejemplos de la sublevación del Mixton de 1541 y otras que también esta revolución zapoteca tuvo su origen en una visión político-religiosa. Esto concordaría bien con los movimientos político-religiosos de los indígenas norteamericanos en la lucha agónica contra los colonizadores blancos del siglo diez y nueve. Por desgracia, no se nos describe en mayor detalle la persona del redentor esperado por los zapotecas. Las palabras *aquel su dios* no deben tomarse como una identificación positiva, sino meramente como prueba de que el dios parece correlacionable con el dios azteca Quetzalcoatl.

Después de la leyenda de Tula sigue una página en el códice que está dedicada a Xelua y la construcción de la torre de Cholula, por él impulsada. Esta edificación fue emprendida porque temían el regreso de la inundación que había destruído al mundo (Códex Vaticanus A: 10 rev.). Esto confirma la traslación de los acontecimientos de Tula a una era cósmica previa.

En la sección relativa a las trecenas hay una exposición más larga de la génesis de Quetzalcoatl, sin acto sexual, originándose de Tonacatecutli-Citlalatónac. El autor lamenta al respecto la ceguera de la *gente*, pues Dios mandó a su hijo al mundo, para salvarla mediante penitencia y cruz, y no a aquel *miserable Quetzalcoatl*, a quien se le atribuía todo ésto. Este habría

también predicho la destrucción del mundo en un día *cuatro-movimiento* (olin), pues ese día había desaparecido en el *mar rojo* motivo de grandes festividades en su honor en esa fecha (Códice Vaticanus A: 27 rev.). Este pasaje demuestra la confusión entre el ansiado Quetzalcoatl y el dios del sol, del cual indudablemente el día *4-Olin* era fecha de nacimiento y por esto sagrada y en la que recibía los sacrificios más grandes. Es posible que ese día se esperaba el retorno del dios sol, cosa bien compatible con la cosmología mesoamericana. Al colapsarse el viejo culto, es probable que diversos dioses cuyo culto estuviese amenazado de extinción, fuesen esperados retornar en forma sucesiva. El nativismo, es decir, la esperanza en la renovación de una cultura que se va perdiendo, seguramente era en aquel entonces muy prominente aún. Podría haber provocado tales pensamientos. El Códice Vaticanus A ofrece testimonios muy importantes al respecto, aunque en la cuenca de México no llevarán a ninguna acción militar.

Debido a la insuficiente evidencia de que disponemos, quedará al menos de momento sin aclarar si tal esperanza del retorno, como fue participada al redactor del Códice Vaticanus A, era compartida por el grueso de la población o si las imágenes del códice eran representativas tan sólo para los indígenas más eruditos. Y no se entiende con facilidad el por qué fuera precisamente Quetzalcoatl el esperado.

Tenemos en cambio información suficiente respecto de la identidad de aquel dios, la esperanza de cuyo retorno provocó el levantamiento zapoteca de 1550. Fray Andrés Cavo informa en su obra: "la provincia de los zapotecas, no lejos de Oaxaca, sacudió el yugo de los españoles. La rebelión fue general y la causa es digna de notarse. Aquella nación en su antigüedad tuvo un jefe llamado Quetzalcoatl. Este dice su historia que se había desaparecido y que en siglos venideros había de parecer y libertar a su nación de sus enemigos. Acaso alguna vexación del corregidor motivó aquellos viejos a exhortar a la juventud a tomar las armas, diciéndoles 'que ya había llegado su caudillo que los sacara de la esclavitud de los españoles'" (Cavo: 43).

Dado que el líder Quetzalcoatl era según el Códice Vaticanus A en forma evidente un dios, la afirmación de que en los *orígenes* había tenido esa función no se refiere a un acontecimiento histórico, sino al deambular del dios sobre la tierra, en tiempo míticos. Ello concuerda además con un pasaje, aún por comentar, de Las Casas respecto de la aparición de ese dios en el mundo según el entendimiento de los yucatecos (Las Casas: I, 649).

También los cholultecas habían indicado a los tlaxcaltecas, aliados de Cortés, antes de la matanza que sufrieron en 1519, "que fuesen, que como locos i desvanecidos verían el castigo tan merecido que sobre ellos hacía su Dios Quetzalcoatl, porque en ellos emplearía su Omnipotencia" (Herrera II/IV/18: 166-1519). En ese momento se hallaba Cortés con sus aliados en Cholula, y la amenaza se refería obviamente a que como último recurso, este dios iba a actuar contra el enemigo infiltrado en la ciudad-estado. Esperaban asimismo los cholultecas que los españoles fuesen destruídos por rayos del cielo, y que de los templos iban a brotar enormes ríos que ahogaran a los españoles y tlaxcaltecas, cosa que asustaba mucho a estos últimos (Muñoz Camargo 208; II,5).

Este era probablemente el ánimo de los zapotecas durante el sublevamiento de 1550. El poderoso dios del viento era la figura central en la esperanza de la redención. Pero no tan sólo en México central, por ejemplo Cholula o con los zapotecas, se le consideraba salvador de la comunidad en extrema necesidad, especialmente contra los invasores blancos. Aún en la región más al oeste de Mesoamérica, en los estados mexicanos de Nayarit, Jalisco y Zacatecas, se le atribuían tales propiedades. La sublevación de Huainamota Nayarit, que llevó a la guerra del Mixton de 1541, inició según la Crónica de Michoacán del padre Beaumont con un baile religioso allí realizado. Se bailó alrededor de una calabaza, moviéndola con los pies en el compás. De repente, los danzantes creían percibir que un fuerte viento durante el baile se llevaba la calabaza. Asustados habían interrogado a las ancianas dirigentes del culto, mencionadas como hechiceras. "La respuesta que dieron las ancianas fue que convenía destruir á los españoles y alzarse de una vez, porque si el viento había levantado del suelo y desaparecido aquel calabazo con tanta facilidad, así con el mismo ímpetu echaría de la tierra a todos los españoles..." (Tello: 376, nota de comentario). Ello nos permite redondear el concepto del terrible dios del viento, esperado por las comunidades mesoamericanas como auxiliar en los máximos apuros político-militares.

La amplitud de los levantamientos de los zapotecas, caxcanes, zacatecas y otros mesoamericanos del oeste nos permite concluir ahora respecto de la pregunta sobre la diseminación de la creencia revitalizadora del retorno de Quetzalcoatl: se trataba de un concepto compartido por las masas, y por tanto llevó a movimientos de masas. Ello permite excluir naturalmente el que los motivos de Cortés o los intereses de la familia Cano-Moctezuma fueran los orígenes de tal fenómeno.

13. Los Anales de Quauhtitlán

Estos anales constituyen una de las fuentes principales de la vieja tradición. Su fechado, dado por el autor con 1544/1545 (Anales de Quauhtitlán 248; párr. 1056), comprueba que sobre la mitad del siglo diez y seis existía la auténtica, la consistente, la aún no falseada tradición mexicana antigua, al lado de varias combinaciones y fantasías más o menos marcadas éstas por la aculturación y por el nativismo.

La narrativa inicia abruptamente (pues de seguro se perdió el inicio original con la historia de la creación), con la llegada de los chichimecas liderados por 400 serpientes de nube. En las estepas del altiplano, estas 400 serpientes son devoradas por la diosa Itzpapalotl, salvo Mixcoatl (quiere decir precisamente *serpiente de nube*). Al perseguir la diosa incluso a ese último, pide auxilio a los dioses, haciéndola apresar y quemar por aquellos. De las cenizas de la diosa muerta se fabrica un bulto sagrado, un Tlaquimilolli. Erase por entonces que había comenzado la cuenta de los años y se verificó la salida de los chichimecas de Chicomoztoc. A continuación, ofrece la fuente la historia de los cuatro soles o eras, comprimida en unos cuantos decenios. La misma historia se repite de nuevo en otra versión (Anales de Quauhtitlán: 49 a 63, párr. 1 a 37).

Al año siguiente de la creación del sol actual, cosa acontecida en el año 13-caña = 751, habría fallecido el rey Macuexhuacan, por 65 años soberano de Quauhtitlán. La brevedad de las eras anteriormente comentada queda así evidenciada como injerto. Al año siguiente escogieron rey los toltecas, a Mixcoamazatzin, con quien inició la dinastía tolteca. Ni una palabra de un imperio, tan sólo sucesivos reinados. A Mixcoamazatzin sigue Huetzin, regente de 818 a 834. En ese último año falleció también Totepeu, padre de Quetzalcoatl. El trono de Tula fue ocupado a continuación por Ihuitimal, quien gobernó de 836 a 842. En el año 1-caña = 843 nació *Topiltzin tlamacazqui ce acatl quetzalcoatl* (párr. 54). Su madre Chimalman, ésto significa Escudo que descansa, quedó preñada por haber deglutido una piedra preciosa de Chalchihuitl. Esta génesis de Quetzalcoatl recuerda de nueva cuenta, tal como en la versión del Códice Vaticanus A, la génesis de Huitzilopochtli según el decir de los informantes de Sahagún (Sahagún 1956: I, 271; III, 1/párr. 1). Y puesto que en otras versiones, en parte más antiguas, se relata la importancia del celo de los hermanos contra Topiltzin, celo

motivado respecto de su padre, es legítimo suponer un intercalado posterior de este parto virginal. Si tal argumento no se deriva del mito de Huitzilopochtli, cuyo carácter precolombino no es cien por ciento seguro, pudiera tal vez provenir de un episodio respecto de la teogonía del dios del viento.

Según ésto, Quetzalcoatl, a sus nueve años de edad, habría por primera vez inquirido respecto de su padre, hallado la osamenta de aquél, sepultándola en el templo de la diosa Quilaztli. Esta mención es todo lo que queda en esta fuente respecto de la venganza de Topiltzin, que veremos en su presentación completa en la *Leyenda de los soles*. En el año 870 habría llegado Quetzalcoatl a Tullantzinco, construyendo allí sus casas de ayuno. En 873 falleció Ihuitimal, y los toltecas escogieron como su soberano a Quetzalcoatl, posteriormente también su sacerdote (párr. 62). En el año 2-Caña = 883 falleció Quetzalcoatl según la tradición de Texcoco (párr. 65). Si seguimos otra tradición, en ese mismo año habría construido sus cuatro casas de ayuno en Tula (párr. 66). Con este párrafo inicia un injerto de texto que llega hasta párr. 157. Lo más sobresaliente en este intercalado es su escasez de referencias calendáricas, precisamente la característica más notable de los anales en estudio.

Este injerto nos refiere que Quetzalcoatl Topiltzin de Tollan (Tula) fue el primero en erigir casas de ayuno. Para sus prácticas de culto nocturnas había utilizado los materiales más preciosos y sólo sacrificaba serpientes, pájaros y mariposas (párr. 69). Se enlistan a continuación un número de parejas de dioses que habitaban en Omeyocan, y que fuesen invocadas por él. Introdujo oficios y plantas útiles, habiendo vivido por lo demás de manera muy reclusa, bajo la vigilancia de sus guardias. Los demonios siempre habían querido pervertirlo a los sacrificios humanos, sin jamás tener éxito en tal empresa. Por ello, terminaron expulsándolo. Había muerto en el año 1-Caña = 895 (párr. 81). A continuación sigue una descripción larga sobre su salida a Tlillan Tlapallan, el país de lo negro y de lo rojo. Lleno de malicia, Tezcatlipoca le había puesto delante un espejo, haciéndole ver su propio rostro y cuerpo, motivo por lo cual Coyotlinahual, dios de los artesanos de plumas, tuvo que fabricarle un disfraz de plumas. Acto seguido los demonios (es decir, los dioses paganos) le dieron a beber pulque. Había entonces exigido que su hermana Quetzalpetlatl lo acompañara en la juerga, interrumpiendo sus propios ejercicios ascéticos. A la mañana siguiente, al despertar Quetzalcoatl en el estado que se denomina popularmente de cruda, le resultaba obvio el que tuviera que emigrar. La razón implícita es

la de su culpa. El año 1-Caña = 895 había arribado a la orilla del mar, entregándose al fuego. Del fuego surgieron pájaros preciosos y su corazón se convirtió en la estrella de la mañana (párr. 151). Después de él, Matlaxochitl había asumido el trono de Tula (párr. 158). Con ello termina el intercalado.

El autor, quien evidentemente rechaza la sobria tradición de Texcoco, es por tanto partidario de las historias relatadas en el intercalado y de su héroe *Quetzalcoatl de Tula*, a quien hallamos ya compuesto de elementos muy diversos. Ello está bien claro en la representación de las diferentes fases de Venus desde el punto de vista mesoamericano, que sigue al supuesto origen de Venus del corazón del héroe de Tula (párr. 153 a 156).

Una prueba contundente de la enajenación de la concepción virginal, que debe haber sido tomada del mito de Huitzilopochtli, está en uno de los cantos que Quetzalcoatl cual *pecador contrito* debió proferir aún en el esplendor de su arrepentimiento alcohólico. "Ella me llevó en su vientre, ella mi madre, aquella del vestido de serpiente, la diosa". (párr. 134). Aquella del vestido de serpiente, *coacueye*, es la diosa Coatlicue, madre del dios Huitzilopochtli. El resto del intercalado está obviamente compuesto de tales fragmentos de mitos y los cantos correspondientes. Un tal fragmento parece ser el del episodio pecaminoso con su hermana, donde tal vez se omitió una referencia a incesto in usum delphini a fin de favorecer al *penitente Quetzalcoatl*. Por desgracia no es posible, por regla general, definir con precisión el origen de tales fragmentos de mito. La exposición misma está aún así evidentemente desfigurada. El localizar el origen del planeta Venus en el noveno siglo de nuestra era debe de haber sido un atrevimiento para un católico de aquel entonces, al igual que hoy se consideraría una tontería. Tales contemplaciones sobre las consecuencias de su actuar no parecían importunar mucho al autor. El quería, como muchos otros cronistas de su tiempo, contar su historia y asentar su propósito, sin retocar mutatis mutandis los otros detalles. Abandonó durante el intercalado la historiografía dinástica, en la cual estaba escribiendo y a la cual regresó tan pronto terminó de intercalar.

Después del ya mencionado Matlaxochitzin siguió según la tradición texcocana en el año 10-conejo = 930 un tal Nauhoytzin, conocido ya de las fuentes más antiguas. La opinión del autor se encuentra también en la anotación marginal a párr. 171. Dice allí que "4 calli xitin tollan tezcoco tlatolli, no vale". Esta mezcla de nahuatl y español significa según el

comentador: "En el año 4-Casa decayó Tula, tradición de Texcoco; no válida" (Anales de Quauhtitlán: 96, nota de comentario). Y vemos que según la tradición de Texcoco y de acuerdo a un párrafo ya citado, Quetzalcoatl falleció en el mismo año en que este intercalado lo hace iniciar su marcha. El modo de presentación permite sin duda considerar la emigración de Quetzalcoatl como injerto a la historiografía dinástica, puesto que con su muerte, que significaría fin del reino, se fechó apenas la emigración.

Es más tarde cuando continúa la historia de Huemac. Fue bajo el reinado de éste cuando finalmente los *demonios* pudieron introducir los sacrificios humanos. Fue él quien realizó una segunda salida de los toltecas de Tula, que a la postre llevó a la colonización de grandes extensiones de México central, especialmente de la costa veracruzana. En el año 7-Conejo = 1070 se ahorcó Huemac en la cueva de Cincalco cerca de Chapultepec (párr. 223 a 225). En el párrafo siguiente se notifica asimismo la muerte del rey Nauhoytzin de Colhuacan (párr. 226). El resto de esta fuente puede considerarse de contenido estrictamente histórico, pues está dedicado de manera exclusiva a la descripción histórica dinástica.

El inicio de los *Anales de Quauhtitlán* seguramente se halla compuesto de varias fuentes y es obviamente fragmentario. Según la Historia de los mexicanos por sus pinturas, el episodio de las serpientes de nubes o chichimecas es consecutivo a la creación del sol, y su creación se relacionaba lógicamente con la alimentación de ese nuevo sol con los muertos de ese grupo. En los *Anales de Quauhtitlán* sigue al episodio de la primera guerra y las serpientes de nubes o chichimecas en forma muy irrazonable la representación de los cuatro soles o eras pasadas. No se menciona que Iztacmixcoatl, justamente una serpiente de nubes, era el padre del Quetzalcoatl Topiltzin. Como resto fragmentario de esta porción importante de la tradición auténtica sólo se conserva, como ya mencionamos, la referencia de la recolección de sus huesos por su hijo. En lugar de progresar ahora, de acuerdo al modo tradicional, de la descripción mítica de los inicios de la dinastía hacia la historiografía dinástica propiamente dicha, el autor intercala el largo segmento sobre *Quetzalcoatl de Tula*. El autor parece estar bien informado respecto de las diversas antiguas tradiciones (pues rechaza la texcocana por preferir la que está de moda), así como respecto de la cristiana, que obviamente determina su escala de valores. Es su deseo poner de acuerdo la tradición pagana con la cristiana, cosa que se observa más fácilmente en las repetidas afirmaciones que bajo Quetzalcoatl aún no había la práctica de los sacrificios humanos.

Justo al final de esta fuente se encuentra otro intercalado que consideramos digno de toda admiración. Dice que en el año 12-Casa = 1517, el monarca de Tzompan fue muerto junto con sus hijos a instigación de Moteuhzoma, por sus propios súbditos (Anales de Quauhtitlán: 290 s.; párr. 1291 a 1297). A ello debe la posteridad la historia que sigue a continuación, de la dinastía de los reyes de Tzompan de Cuitlahuac, hoy día Tlahuac, D.F., desde su especial creación hasta su eliminación dos años antes de la llegada de Cortés. El autor tiene especial interés en esa familia, cosa que no entendemos por qué, pero de seguro tenía sus motivos muy específicos. Afirma en todo caso que Tzompanteuctli había sido destruido por afirmar en presencia de Moteuhzoma, que encima de Huitzilopochtli se hallaba un Dios superior (Anales de Quauhtitlán: 219; párr. 1295). Se presenta así discretamente al monarca de Tzompan como precursor del cristianismo. Ello nos subraya la importancia que un *Quetzalcoatl de Tula* cristianizado, combinado de varios elementos, tenía para el pensar de los indígenas cristianos, nobles, de la mitad del siglo diez y seis.

14. La Leyenda de los soles

Esta fuente está contenida en el mismo manuscrito de los *Anales de Quauhtitlán* y aparentemente se escribió alrededor de 1558. Lleva su nombre *Leyenda de los soles* debido a la presentación introductoria de las eras, llamadas también soles o *cahuil*. Sigue a éstas el diluvio, que contiene la primera producción del fuego según la tradición mexicana antigua. Después de ello se relatan los acontecimientos de la creación del ser humano, el hallazgo del maíz y finalmente el inicio de la quinta era, la actual, por medio de la creación del sol correspondiente. Como último párrafo de este enunciado se ha intercalado la tosca reproducción de una sección, una parte de una página de un códice. El contenido de éste aparece poco más adelante en el texto mismo. Bajo la silueta de una montaña, identificada por texto explicatorio como Xicococ, aparecen las figuras de Chimalma, Mixcoatl y Topiltzin. Bajo este último, de nuevo dibujado abajo, y acompañado del jeroglifo Tollan y de una anotación europea de la misma definición geográfica, se observan cuatro jeroglifos toscos que representan *calli*, es decir *casa*, designados con los nombres de *cohuacalli*, *chalchiuhcalli*, *xiuhcalli* y *teocuitlacalli*. Estos nombres significan casa de serpiente, casa de obsidiana, casa de turquesa y casa de metal precioso y designan seguramente

las cuatro casas de ayuno de Topiltzin en el área de Tollan (*Leyenda de los soles*: 348 s.; párr 1492).

En los párrafos siguientes se menciona a Mixcoatl como su esposa Chimalman. El habría vivido 39 años hasta el nacimiento de su hijo; Topiltzin habría según esto vivido 56 años. Nació el año 1-Caña y se marchó de Tula en el siguiente año del mismo nombre. Cuatro años más tarde falleció en un año 4-Conejo en Tlapallan. Con ello termina el intercalado (*Leyenda de los soles*: 351 s.; párr. 1492 a 1495). Dado que según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* de inmediato se procede a narrar la creación de los chichimecas o serpientes de nubes, para que el sol pueda ser alimentado con la sangre de éstos, mientras que en la *Leyenda de los soles* la historia de las 400 serpientes de nubes no se toca hasta después del intercalado, también este segmento está identificado como injerto. Permite reafirmar tal concepto la siguiente descripción de la proveniencia de Ce Acatl de las 400 serpientes de nubes.

Estas 400 serpientes de nubes nacieron de Iztac Chalchiuhtlicue, la diosa blanca del agua. Después de ello, dió a luz a cinco otros niños, que también eran serpientes de nubes. El dios del sol entregó a los 400 primeros una flecha, en nahuatl *mitl*, ordenándoles darle de comer y bener con ella; las serpientes perezosas no lo hicieron. Entregó entonces el dios la *flecha de la planta de puas* y el *escudo de polvo* a los últimos cinco, con la orden de destruir a los 400. Dotados de poderes superiores, ya que habían sido amamantados por la diosa de la tierra Mecitli bajo el agua, vencen a los 400 y dan de comer y beber por primera vez al dios del sol, esto es, sacrifican muchos de los 400. Las serpientes de nubes sobrevivientes piden clemencia y son desterradas a Chicomoztoc. Sigue inmediatamente la ya conocida historia de Xiuhnel y Mimich, quienes se toparon con dos mujeres que habían caído del cielo como ciervos de doble cabeza. Uno de los hermanos fue devorado por una de las mujeres, con la que había tenido relaciones, y el otro se escapó a los elementos, entre otros el fuego pidiendo el auxilio de la diosa del fuego. Esta consume a la agresora y de sus cenizas brotan varios cuchillos de piedra de diversos colores. De éstos se seleccionó el blanco y se forró. Así se generó un Tlaquimilolli o bulto sagrado. Este fue aceptado como dios por otra serpiente de nubes de nombre Mixcoatl, quien lo llevaba sobre su espalda (*Leyenda de los soles*: 352 s.; párr. 1496 a 1539).

Esta versión es la mejor de todas las que relatan ese mito; no tiene rasgos de aculturación a excepción del intercalado ya mencionado. Interpreta la fuente más antigua *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que es mucho más resumida, y concuerda con ella en todos los datos esenciales. Se dispone aún de otra fuente del todo independiente de lo aquí comentado: un mural en Mitla, examinado y correctamente interpretado por Eduard Seler, corresponde al mito aquí referido (Seler: IV, 90 y V, 194).

Mixcoatl emprendió como su homólogo Camaxtli de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* varias conquistas llevándose su tlaquimimilolli, que le confería éxito especial. En ello se encontró con Chimalman, teniendo con ella un hijo, Ce Acatl. Ella fallece en el parto y el muchacho acompaña prontamente al padre, haciendo numerosos prisioneros. Notablemente no hay aquí mención de las prácticas culturales para tener suerte en la guerra, tal y como lo describen fuentes más antiguas; se pueden empero suponer en caso de un adolescente. Este idilio mesoamericano de padre e hijo, que juntos conquistaban, dura hasta que los tíos de Ce Acatl matan al padre de éste, pues lo odiaban, y lo entierran. Con la ayuda de animales encuentra Ce Acatl la osamenta, la desentierra y le da nueva sepultura en el templo de Mixcoatepetl, la montaña de la serpiente de nubes. Existe por tanto a partir de la matanza de las 400 serpientes de nubes, un culto mesoamericano antes de Ce Acatl. Estos tíos son igualmente designados como las 400 serpientes de nubes, a las cuales pertenecía también el padre de Ce Acatl. El hecho de que este grupo, aun diezmado por la mencionada matanza, no cambiara de nombre no debe de sorprendernos. La cifra 400 es un número redondo en el sistema vigesimal de numeración de aquella cultura y representa un pueblo de dioses o de héroes aún de modo abstracto. Con la ayuda de sus amigos animales logra Ce Acatl atraer a los tres asesinos de su padre a una emboscada en el templo, sacrificándolos allí mismo. A continuación emprende grandes conquistas y, pasando por la tierra zapoteca y Acallan (Tabasco), llega hasta Tlapallan. Allí enferma y muere tras cinco días. Su cadáver es cremado, de acuerdo a la costumbre del altiplano centromexicano. De nueva cuenta se menciona el año 1-Caña como el año de su salida de Tulla y el año 4-Conejo como el de su muerte (Leyenda de los soles: 362 a 372; párr. 1540 a 1578a).

Hasta aquí no detectamos influencia cristiana alguna en este relato. Sin embargo, las correrías de Ce Acatl rebasan lo que sabíamos de ello según la *Historia Tolteca-Chichimeca*. Sólo fuentes adicionales pueden explicar esta

discrepancia. Si obviamos este detalle, la fuente se ha salvado de la influencia de la aculturación. Después de la cosmogonía, las eras hasta la creación del actual sol, sigue como consecuencia de ésta la creación de las mimixcoa, las serpientes de nubes, llamadas en otras fuentes simplemente chichimecas. Podemos considerar las 400 serpientes de nubes como uno de los pueblos de dioses típicos de Mesoamérica y el suroeste de los Estados Unidos. Tienen un rango algo inferior al de los dioses que participaron en la creación y se representan a partir de cierto momento, precisamente las conquistas de Ce Acatl, con rasgos humanos. De este pueblo de semidioses provenía también Ce Acatl, aquí descrito con rasgos típicamente paganos. Aunque no se menciona la búsqueda de visión del héroe, como ya dijimos, sí se refiere su resultado, las conquistas. Es importante aquí la repetida puesta en escena de las serpientes de nubes, llamadas aquí tíos, es decir, parientes de su padre, si es que no miembros del clan paterno de Ce Acatl. De igual importancia es la aquí referida colonización de Chicomoztoc por las serpientes de nubes. Es ello una demostración adicional de su identidad con los chichimecas, tal como lo refiere especialmente la *Historia Tolteca-Chichimeca*. Es éste el único sitio donde se menciona la colonización de Chicomoztoc. Fuera de ello, el paraje es mencionado tan sólo como punto de salida de migraciones y patria primitiva de los pueblos. Es Mendieta quien relata que los otros hijos de la diosa madre Citlalicue tiraron a la tierra un cuchillo de piedra parido por aquella, que cayó en Chicomoztoc, el lugar de las siete cuevas. A continuación salieron 1600 dioses de ese cuchillo, pidiendo auxilio a Citlalicue y la autorización de crear humanos para su servicio (Mendieta: 77 s.; II, 1). El buscar empero el lugar Chicomoztoc en el mapa equivale en ingenuidad a la búsqueda del paraíso bíblico. En esta primera mitad de la fuente, por cierto, no encontramos injertada la salida de Ce Acatl de Tula, quedándose en duda por tanto si forma realmente parte de la tradición precristiana.

Tras haberse marchado Ce Acatl de Tula, según dice la fuente, aquella ciudad no volvió a conocer la paz. Tuvo aún cuatro reyes, siendo uno de ellos Huemac. Un terrible presagio habría anunciado la destrucción de la ciudad. Un joven antropófago fue muerto por los habitantes; el olor de su cuerpo en descomposición mató a otros toltecas, y aún aquellos que lo querían arrastrar con sogas fueron arrebatados al emprender el cuerpo un súbito vuelo. Después, Huemac jugó a la pelota con los Tlaloques, dioses de la lluvia. Tras ganarles, despreció sin embargo los dones de aquellos, los frutos del campo. Los dioses se retiran con sus frutas y Tula sufre por cuatro años una

espantosa hambruna. Por ello, los toltecas, desesperados, realizan numerosos sacrificios de prisioneros de guerra y de niños. No hay empero, ninguna mención de la introducción del sacrificio humano. Muchos toltecas se entregan voluntariamente al sacrificio. Quien acudía con una ancianita, que vivía en la roca de Chapultepec, a comprar una bandera de sacrificio, iba con esta a la piedra del sacrificio para ser muerto. Transcurridos los cuatro años, e implícitamente a consecuencia de los sacrificios, vuelven a aparecer los dioses de la lluvia con sus frutos en el manantial de Chapultepec. Un sacerdote del dios de la lluvia, igualmente salido del agua de la fuente, realiza al respecto una profecía. Los dioses reclamaban a una hija de los mexitin (nombre antiguo de los mexicas) por sacrificio, pues los toltecas iban a sucumbir pronto y en lugar suyo los mexicas iban a vivir en el país. Huemac se entristeció al escuchar tal profecía, pero no obstante envió por la hija del príncipe mexicano Tozuecuex, quien fue hundida por los mexicas tras cuatro días de ayuno en el remolino de Pantitlán en la laguna de Texcoco. Aún tuvieron los toltecas una cosecha extraordinaria, para extinguirse al año siguiente (Leyenda de los soles: 373 s.; párr. 1588 a 1643). Los últimos párrafos de la fuente son luego ocupados en la narración, muy abreviada por cierto, de la historia de los tenochcas hasta Axayacatl.

La segunda parte de la *Leyenda de los soles* representa de tal modo la transición entre el relato del dominio tolteca a partir de un pueblo de dioses hacia el inicio de la historiografía política. El tenor del contenido es la supuesta predicción del imperio de los mexicas en la cuenca de México. El período tolteca es presentado como etapa previa, la más excelsa y deseada por los Dioses. Es ésta la única predicción en esta fuente, ex post, la de que los mexicas iban a dominar en el altiplano, escrita en un momento en que ya lo habían logrado y vuelto a perder. Era esa la historia que movía a los aztecas en la víspera de la llegada de los conquistadores, no el retorno de un dios blanco, expectación a la que nada apunta. La predestinación de los mexicas al imperio era de seguro un elemento en la indoctrinación histórico-política de los mismos. Habla en favor de ello el gran número de profecías de Huitzilpochtli, que van en el mismo sentido. Aún el autor de esta fuente se pronuncia tras casi una generación de dominio español, pues a la ya mencionada historia del amantamiento de las últimas cinco serpientes de nubes siguen las orgullosas palabras: "Y por eso, nosotros, los mexicas de hoy día, no somos en realidad mexicas, sino mas bien Mecitin" (Leyenda de los soles: 353; párr. 1500).

Presenta pues esta fuente algo así como una versión resumida de la historia del mundo, vista por los mexicas, que probablemente era destinada para educación e indoctrinación de los jóvenes. Es por tal razón que se modificó la historia, o bien se utilizó como sustrato una versión que no contenía el tan conocido mito de la migración de los mexicas. Ello es visible en la escena del ahogamiento de la muchacha en el lago, tal y como si ya estuviesen asentados en él o en una isla del mismo. En la conclusión de la historia de los tenochcas, sin embargo, se relata una llegada más tardía de ese pueblo, más correspondiente al mito de la migración. Lo único que importaba a los portadores de la tradición y a los autores del tiempo de la conquista, era el contar su historia, con menosprecio manifiesto de puntos de contradicción, modificaciones, supresiones o incorporaciones, únicamente con el propósito del autor en la mira. Hasta donde ahora algunos de los datos presentados realmente fueran precortesinos o no, es difícil de definir pues manqueamos de material comparativo.

Otros pasajes sobre la destrucción de Tula en favor de los mexicanos son muy inespecíficos y escuetos. La referencia más importante es la contenida en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que ya comentamos respecto de ello. Las otras fuentes son más o menos interpretables siguiendo la *Leyenda de los soles*. Ello es especialmente cierto respecto del increíble pasaje en los códices gemelos Telleriano-Remensis y Vaticanus A sobre la hambruna en Tula y el culto pseudocristiano, supuestamente originado en *Quetzalcoatl de Tula*, provocado por aquella. Las bases auténticas de esta torcida historia tan sólo es posible encontrarlas en la exposición de la *Leyenda de los soles* cuando habla de la hambruna en Tula. Pero aquí toda la narración es de contenido pagano.

Podemos enjuiciar aún algunos otros elementos. La aparición y profecía del sacerdote del dios de la lluvia, quien procede como los Tlaloques de la fuente de Chapultepec, recuerda fuertemente los detalles del mito de la fundación de la Ciudad de México. En la búsqueda de un sitio apropiado para asentarse desapareció Axolohua en un agujero en el agua, regresando al día siguiente con la noticia de que había visitado a Tlálóc. Tlálóc le había llamado y ordenado la fundación en precisamente ese lugar (Códice Aubin 1576: 50 s.). La emersión y las profecías del sacerdote del dios de la lluvia representan así probablemente un fragmento de una visión equivalente con la aparición de Tlálóc después de haberse hundido en el agua. Se conocen otras visiones de otras fuentes, y las consideramos típicas de Mesoamérica. La mención de

los chichimecas como primeros sacrificios para el dios del sol y acto seguido sacrificios de los toltecas, habitantes precursores en el área geográfica de los mexicas, con utilización de los nombres de Chapultepec y Pantitlan, ahora comprendidos por la Ciudad de México, D.F., pueden interpretarse como autorización mítica de dominio sobre los pueblos chichimecas u otomí, estereotipos étnicos que reforzarán la arrogancia de soberanía por parte de los tenochcas, señalando a aquellos como víctimas preferidas.

La *Leyenda de los soles* constituye así una isla arcaica en el agua de las fuentes muy influenciadas por los cambios culturales. Deben interpretarse de acuerdo a ella todas las demás fuentes, y hay pasajes (especialmente de los códices Telleriano y Vaticano A) que no son inteligibles sin correlacionarlos con esta fuente y tener en mente las influencias de la aculturación. Y dado que es seguro que el principio del documento está perdido, debe usarse la versión mucho más condensada de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* para reconstruir el contexto.

15. La obra de Fray Bernardino de Sahagún, O.F.M. y sus informantes

Por regla general, las dos fuentes últimas citadas, los *Anales de Quauhtitlán* y la *Leyenda de los soles*, son consideradas producto del círculo que se formó alrededor del franciscano Bernardino de Sahagún. Existe cierta discrepancia entre las obras de ese círculo. Mientras que la *Leyenda de los soles* es la que se muestra menos influenciada por la aculturación, los libros de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* muestran influencia masiva. Los *Anales de Quauhtitlán* ofrecen al lado de grandes pasajes que provienen de la tradición antigua el producto de la conformación de la historiografía mexicana a las condiciones poscortesinas. Ello es aplicable también a los intereses de la familia Cano-Moctezuma, hechos propios por los franciscanos. La obra monumental de Sahagún y de sus informantes externa textos que son muy apropiados para análisis etnográfico profundo de la vida de los antiguos mexicas, pero también una visión retroproyectiva de los acontecimientos, que debe considerarse producto de los deseos del círculo de Sahagún, en el Colegio de Santa Cruz en Tlatelolco. Se trata aquí de una apreciación de la vieja cultura e historia bajo criterios del humanismo tal y como florecía en aquél entonces en la España a principios del siglo diez y seis. Esta tradición fue participada por los franciscanos a los hijos de la

nobleza indígena, en Tlatelolco. Y como mostraremos posteriormente los grandes pensadores indígenas pertenecientes al colegio observaron a sus antepasados y la cultura de éstos del todo bajo los puntos de vista allí aprendidos sobre el mundo y la historia. Los informantes de Sahagún, no nos sorprende, eran defensores de un *dios virtuoso*, Quetzalcoatl, probablemente no inventado por Motolinía, pero al cual si adornó y propagó.

El lector sin prejuicios no logra quitarse la sospecha de que la *confutación* (entiendase refutación en el español actual) que Sahagún colocó al final de su primer libro de la *Historia general*, no se dirigía contra algunos indios *engañados*, paganos, sino a sus propios colaboradores, los subautores de su obra, tan cristianos como fuesen aquellos. Esta refutación tiene toda la apariencia de una *anotación en un expediente oficial*. Se presta para concebirla como contrapeso al incómodo y probablemente no censurado relato sobre los dioses de los mexicas. Y aunque toda la refutación se dirige a *personas de débil entendimiento*, Sahagún inicia algunos párrafos con las palabras "por su información sabemos que sus antecesores... adoraban... a este o aquel dios", cosa que no podía dirigirse más que a sus cultos alumnos. Con la intención de evitar críticas de superiores sobre los pasajes casi no censurados, dirige pues Sahagún su *confutación* de modo formal a los paganos, pero de facto a sus alumnos e informantes. Aquella sección de la refutación que se enfrenta a Quetzalcoatl, muestra con exactitud que en realidad Sahagún contradice a los informantes, pues los enunciados de aquellos eran probablemente ininteligibles aún para los menos educados entre los propios mexicas, ni siquiera en el familiar nahuatl. El franciscano dice allí, que ellos, es decir los ancestros de los informantes, habían adorado a Quetzalcoatl como dios, siendo en realidad no mas que un hombre corruptible y mortal. Aunque hubiese tenido alguna apariencia de virtud, era en realidad un gran nigromántico, amigo de los diablos y digno de eterno tormento. "Erraron grandemente vuestros antepasados al adorar a un tal hombre, cosa claramente deducible de su historia. Lo que dijeron vuestros antepasados, que Quetzalcoatl fue a Tlapallan y que ha de volver, y lo esperéis, es mentira, que sabemos que murió, su cuerpo está hecho en tierra y a su ánima nuestro Señor Dios la echó en los infiernos; allá está en perpetuos tormentos" (Sahagún 1956: I, 90; App. I. B y Sahagún 1950 et seq.: I, 39).

De ese modo, arremete Sahagún contra estas suposiciones, que a él se le figuraban harto sospechosas, de la misma manera frontal con que se pronunciaba también contra las peregrinaciones paganas con disfraz cristiano, por

los chichimecas como primeros sacrificios para el dios del sol y acto seguido sacrificios de los toltecas, habitantes precursores en el área geográfica de los mexicas, con utilización de los nombres de Chapultepec y Pantitlan, ahora comprendidos por la Ciudad de México, D.F., pueden interpretarse como autorización mítica de dominio sobre los pueblos chichimecas u otomí, estereotipos étnicos que reforzarán la arrogancia de soberanía por parte de los tenochcas, señalando a aquellos como víctimas preferidas.

La *Leyenda de los soles* constituye así una isla arcaica en el agua de las fuentes muy influenciadas por los cambios culturales. Deben interpretarse de acuerdo a ella todas las demás fuentes, y hay pasajes (especialmente de los códices Telleriano y Vaticano A) que no son inteligibles sin correlacionarlos con esta fuente y tener en mente las influencias de la aculturación. Y dado que es seguro que el principio del documento está perdido, debe usarse la versión mucho más condensada de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* para reconstruir el contexto.

15. La obra de Fray Bernardino de Sahagún, O.F.M. y sus informantes

Por regla general, las dos fuentes últimas citadas, los *Anales de Quauhtitlán* y la *Leyenda de los soles*, son consideradas producto del círculo que se formó alrededor del franciscano Bernardino de Sahagún. Existe cierta discrepancia entre las obras de ese círculo. Mientras que la *Leyenda de los soles* es la que se muestra menos influenciada por la aculturación, los libros de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* muestran influencia masiva. Los *Anales de Quauhtitlán* ofrecen al lado de grandes pasajes que provienen de la tradición antigua el producto de la conformación de la historiografía mexicana a las condiciones poscortesinas. Ello es aplicable también a los intereses de la familia Cano-Moctezuma, hechos propios por los franciscanos. La obra monumental de Sahagún y de sus informantes externa textos que son muy apropiados para análisis etnográfico profundo de la vida de los antiguos mexicas, pero también una visión retroproyectiva de los acontecimientos, que debe considerarse producto de los deseos del círculo de Sahagún, en el Colegio de Santa Cruz en Tlatelolco. Se trata aquí de una apreciación de la vieja cultura e historia bajo criterios del humanismo tal y como florecía en aquél entonces en la España a principios del siglo diez y seis. Esta tradición fue participada por los franciscanos a los hijos de la

nobleza indígena, en Tlatelolco. Y como mostraremos posteriormente los grandes pensadores indígenas pertenecientes al colegio observaron a sus antepasados y la cultura de éstos del todo bajo los puntos de vista allí aprendidos sobre el mundo y la historia. Los informantes de Sahagún, no nos sorprende, eran defensores de un *dios virtuoso*, Quetzalcoatl, probablemente no inventado por Motolinía, pero al cual si adornó y propagó.

El lector sin prejuicios no logra quitarse la sospecha de que la *confutación* (entiendase refutación en el español actual) que Sahagún colocó al final de su primer libro de la *Historia general*, no se dirigía contra algunos indios *engañados*, paganos, sino a sus propios colaboradores, los subautores de su obra, tan cristianos como fuesen aquellos. Esta refutación tiene toda la apariencia de una *anotación en un expediente oficial*. Se presta para concebirla como contrapeso al incómodo y probablemente no censurado relato sobre los dioses de los mexicas. Y aunque toda la refutación se dirige a *personas de débil entendimiento*, Sahagún inicia algunos párrafos con las palabras "por su información sabemos que sus antecesores... adoraban... a este o aquel dios", cosa que no podía dirigirse más que a sus cultos alumnos. Con la intención de evitar críticas de superiores sobre los pasajes casi no censurados, dirige pues Sahagún su *confutación* de modo formal a los paganos, pero de facto a sus alumnos e informantes. Aquella sección de la refutación que se enfrenta a Quetzalcoatl, muestra con exactitud que en realidad Sahagún contradice a los informantes, pues los enunciados de aquellos eran probablemente ininteligibles aún para los menos educados entre los propios mexicas, ni siquiera en el familiar nahuatl. El franciscano dice allí, que ellos, es decir los ancestros de los informantes, habían adorado a Quetzalcoatl como dios, siendo en realidad no mas que un hombre corruptible y mortal. Aunque hubiese tenido alguna apariencia de virtud, era en realidad un gran nigromántico, amigo de los diablos y digno de eterno tormento. "Erraron grandemente vuestros antepasados al adorar a un tal hombre, cosa claramente deducible de su historia. Lo que dijeron vuestros antepasados, que Quetzalcoatl fue a Tlapallan y que ha de volver, y lo esperéis, es mentira, que sabemos que murió, su cuerpo está hecho en tierra y a su ánima nuestro Señor Dios la echó en los infiernos; allá está en perpetuos tormentos" (Sahagún 1956: I, 90; App. I. B y Sahagún 1950 et seq.: I, 39).

De ese modo, arremete Sahagún contra estas suposiciones, que a él se le figuraban harto sospechosas, de la misma manera frontal con que se pronunciaba también contra las peregrinaciones paganas con disfraz cristiano, por

ejemplo a la Virgen María o madre de los dioses, de Tepeyac, hoy día Guadalupe. No es posible entender el motivo de esta dureza más que consultando el testimonio del Códice Vaticanus A en su folio 9 rev., ese mismo que nos afirma que Quetzalcoatl era esperado aún alrededor de 1550 como redentor del dominio de los extranjeros. El enojo de Sahagún se dirige contra ideas contemporáneas, a las cuales combate, y la esperanza de la venida de Quetzalcoatl debe haberle parecido extremadamente peligrosa. Haremos referencia posterior a ello, al seguir elocubrando respecto de ese tema en el trabajo de Sahagún y su grupo de trabajo. Es el pasaje una buena prueba de que los mexicanos del centro esperaban el retorno de Quetzalcoatl alrededor de la mitad del siglo diez y seis. La corriente negativa de Sahagún corrobora el carácter peligroso de esa fé, que debe haber sido nativística-revitalizadora, tal y como fue típica de las culturas indígenas de la porción norte del continente americano al colapsarse estas culturas en los últimos cuatro siglos y medio. Las expectativas mesoamericanas respecto del retorno del dios del viento ya habían sido comentadas al considerar el Códice Vaticanus A anteriormente.

El título del tercer libro de la *Historia general* es injustificable. Tan sólo el primer capítulo refiere el nacimiento de Huitzilopochtli, a pesar de que el libro se llama *Del inicio de los dioses*. El segundo capítulo trata del culto de Tezcatlipoca y todos los demás son dedicados a *Quetzalcoatl de Tula*. Llama la atención de que ese libro, dedicado a la teogonía, no sabe referir nada respecto de ella excepto la historia de Huitzilopochtli. De por sí Sahagún sólo refiere la historia de la génesis del sol actual, que coloca en su libro séptimo que trata de los cuerpos celestes, y por increíble que parezca, en un capítulo sobre la luna. Por lo demás, es de suponer que ese tema de la teogonía era demasiado candente para Sahagún. La modificación de la dedicatoria del libro tercero podría así haber correspondido a los intereses de Sahagún o de sus informantes; resentimos en cambio, la pérdida de material irreplaceable de las teogonías o la teogonía, que ya no se nos ofrece. Los capítulos restantes (3 a 14) del tercer libro no relatan ya ni siquiera los sucesos completos de la historia de *Quetzalcoatl de Tula*, sino que se dedican muy ampulosamente a describir la partida de Tula del héroe. Todos los demás episodios importantes, tales como la juventud del héroe, la venganza por su padre, sus conquistas, y en especial toda la referencia genealógica, han sido suprimidos. A ese respecto, la descendencia de un pueblo de dioses era tan poco oportuna como la caracterización del héroe como gran monarca guerrero. Aún así nos preguntamos por qué ni siquiera detalles que

aparecen en los distorsionados Códices Telleriano-Remensis y Vaticanus A no se nos presentan más. ¿Acaso no correspondía esta caracterización del héroe a las expectativas nacionalísticas de los alumnos y colaboradores de Sahagún, o es que el padre era simplemente mucho más temeroso que los autores o glosistas de otras fuentes, de tenor más franco?

Según los informantes de Sahagún, Quetzalcoatl era venerado desde tiempos antiguos como dios en Tula. Disponía allí de una elevada y empinada pirámide y su estatua en el templo siempre estaba cubierta de un manto. Sigue luego la enumeración de las casas de ayuno y la mención de un heraldo que podía difundir las nuevas por sobre grandes distancias a viva voz. Se relata del exceso de riqueza que había en Tula, de que todo sobraba a sus habitantes. En ese idilio se nos presentan tres *nigrománticos*: Huitzilopochtli, Titlacahuan y Tlacahuepan. Es Titlacahuan quien traicioneramente da pulque en vez de medicina a Quetzalcoatl, embriagándolo. Al borracho Quetzalcoatl le dice que deberá partir a Tlillan-Tlapallan. Acto seguido, Titlacahuan se convierte en un toueyo, es decir, un huasteco, quien como tal deambula desnudo y enferma de amores a la hija del rey Huemac. Puesto que Quetzalcoatl no era más que líder religioso de los toltecas, Huemac habría sido su jefe político. Este hace aprehender al toueyo, casándolo con su hija. Los toltecas, enojados por ese mal matrimonio, en la siguiente excursión de guerra hacen caer al toueyo en una trampa, pero éste mata a numerosos enemigos y se le tiene que premiar. El siguiente infortunio llega a los toltecas al aparecer Titlacahuan como danzante. Este convoca a la danza en una montaña, cosa que provoca que muchos, al participar de su salvaje baile, se despeñan y se convierten en piedra. Por ésta y otras maldades semejantes de Titlacahuan pierde Tula muchas vidas; él les grita desde unas montañas lejanas que el *toltecatoytl*, (imperio o cultura tolteca) iba a sucumbir pronto. Hace después llover piedras sobre ellos, entre ellas una piedra de sacrificios. Una vieja india vende en Chapultepec banderillas de papel, como las que se usan en los sacrificios. Quien deseaba morir, iba con ella, compraba una banderilla y se presentaba a la piedra a ser sacrificado. Destaca la fuente que no hubo ni uno que dijera: "¿Qué es lo que nos pasa?" y todos estaban como trastornados. Después de otras hecatombes de toltecas decide Quetzalcoatl en serio emigrar a Tlillan-Tlapallan. Quema y entierra sus objetos preciosos, convierte sus árboles frutales en mezquites y manda a volar a sus pájaros preciosos. En el camino deja numerosos rastros, por ej. impresiones sobre las piedras, en las cuales se sentaba. En el camino montañoso entre los dos volcanes mueren congelados sus dos pajes, llegando

finalmente al mar. Se hace fabricar allí una balsa de serpientes, llamada *coatlapechtlí*, sobre la cuál se aleja. No se sabe como llegó realmente a Tlapallan (Sahagún 1956: I, 278 a 291; III, III a XIV).

Aparte de las imperfecciones de la versión, si se compara con fuentes más antiguas, más completas, hay aún algunas modificaciones muy curiosas. El héroe es ahora, como se señala en el Códice Vaticanus A, de modo simultáneo dios y líder espiritual, combinación poco plausible. Una separación paralela a la de líder religioso y líder político, a manera de la separación entre Iglesia y Estado, no sólo carece de pruebas de haberse dado alguna vez en Mesoamérica, sino que contradice de plano los valores fundamentales de su tradición. El rey del atepetl era responsable de ambos cargos, como lo demuestran los discursos de la ceremonia de su intronización según Sahagún. En la descripción europeizada de esta comunidad se convirtió ahora Huemac en contemporáneo de Ce Acatl, mientras que en todas las fuentes anteriores se menciona como su sucesor. Su historia está orgánicamente mal adaptada a los acontecimientos, pues se le conforma de plano con la única intención de los autores, el hundimiento de Tula. La motivación de fuentes más antiguas, de que los toltecas debían hacer lugar a los mexicas, se ha eliminado, conservándose tan sólo el elemento terrible de la masa de los que se apretujaban con banderillas alrededor de la piedra de sacrificios para ser muertos. Sahagún, muy cuidadoso siempre, no habría mostrado simpatía a una exposición de la predestinación histórica de los mexica. Quería él conservar su obra íntegra a la posteridad, cosa que imponía algo de autocensura a fin de evitar problemas. Ahora se ha convertido Titlacahuan-Tezcatlipoca en el gran enemigo de Quetzalcoatl, cuando esa historia no tenía originalmente nada que ver con tal deidad, como nos lo prueba la Leyenda de los soles. La Historia de los mexicanos por sus pinturas tan sólo nos afirma que Ce Acatl había partido a instigaciones suyas.

Las omisiones de esta fuente, si se le compara con las previas, son congruentes respecto de una cosa: la historia original de una dinastía se somete a una redacción que la convierte en historia de la partida y el regreso de un dios blanco. Han caído bajo la mesa los elementos (pertenecientes a una fase previa de la tradición) de la introducción de artes y oficios por el dios Quetzalcoatl. Ello no pareció oportuno a Sahagún. En cambio, la historia complicada de la partida y los acontecimientos que a ella llevaron son expuestos con todo lujo de detalles. Sorprende aquí encontrar hermosas concordancias entre la versión de Sahagún y la etnografía moderna. Un

relato de los mazatecas (en la unión de los Estados de Oaxaca, Puebla y Veracruz) narra de una huída semejante, en el curso de la cuál se formó la fisionomía de toda una región. Cuando Shonda-Vee, figura mítica, fue atrapada por su suegro, el dios Chicon Tokosho en pleno adulterio, tuvo que escapar de él. Un enorme número de acontecimientos de aquella huída es relacionado por los mazatecas con la existencia de rasgos destacados de la geografía, y aún mayor cantidad de nombres de poblaciones, valles y ríos (Incháustegui: 100 s.). Si ese ejemplo no fuese aceptable por ser demasiado reciente, entonces tómese por testimonio el relato de la creación del sol de los mixe. Según éste, los dos niños que habrían de ser sol y luna, matan a su abuelo y son consecuentemente perseguidos por la abuela. En su huída se esconden entre otros sitios en una montaña y ello determina situaciones geográficas válidas hasta el día de hoy (Miller: 79 ss.). Con ello queda demostrado que la historia de la huída de Tula contiene un elemento que debe reconocerse en varios de los mitos mesoamericanos más importantes. Lo chusco en todo ello es que Sahagún, al rechazar la vieja y sospechosa versión, acepta de sus informantes una nueva que está seguramente tomada del mito de un dios, tal vez del mismo dios del viento, respecto de su huída. Ello ya se asoma en redacción abreviada en el Códice Vaticanus A.

Ya el primer párrafo del capítulo 29 del décimo libro, el muy conocido capítulo etnográfico de la *Historia general*, está dedicado a los toltecas. Nuevamente da Sahagún oportunidad a sus informantes de relatar su leyenda. En el tercer párrafo se asoma un elemento antiguo: los toltecas se llamaban también chichimecas, denominación que nos lleva al hecho de que Topiltzin Ce Acatl descendiese del pueblo de dioses de los chichimecas, según fuentes más antiguas también llamados mimixcoa. En el párrafo siguiente se menciona el templo del sacerdote *Quetzalcoatl*, al cuál pertenecían también las cuatro casas de ayuno ya conocidas. El párrafo 20 habla de un dios Quetzalcoatl, que tenía a un sacerdote del mismo nombre. Este les habría predicado de que había un solo señor y dios, al cual sólo debían sacrificar serpientes y mariposas. Según el mismo párrafo 20 fue el mismo Quetzalcoatl quien los había llevado con muchos trabajos a Tlapallan.

En el capítulo etnográfico se repite el intento de separar al dios Quetzalcoatl del héroe-sacerdote. Esta versión es de nueva cuenta contradictoria, pues por una parte el héroe era sacerdote del dios del mismo nombre, y por otra parte predicaba la fé en un solo dios. De toda forma, en ningún momento se

sugiere que el dios Quetzalcoatl fuese el único dios, implícitamente el cristiano. Esta única posibilidad de resolver el enredo debe haberle parecido demasiado temeraria al autor.

El duodécimo libro es el que nos presenta ahora el amalgama total de la ya muy deformada tradición del Ce Acatl de Tula con el supuestamente ansiado retorno de los soberanos blancos: se dice aquí que los mexicas estaban esperando el regreso del dios Quetzalcoatl. Este libro de Sahagún, dedicado a la conquista española desde el punto de vista de los mexicas, inicia con una enumeración de los presagios que participaron a los mexicanos la inminente llegada de los españoles. Ninguno de estos se relaciona racionalmente de modo causal con la conquista; cada uno podría haber predicho cualquier otro tipo de tragedia. De dónde proceden las ideas de todo ello no es aquí posible de definir. Ya hablamos de la predilección de los antiguos mexicanos, interpretar *ex post* en diversos acontecimientos presagios de sucesos de mucha importancia que les fueron consecutivos. Tras la narración de los presagios sigue de inmediato la historia del primer contacto de funcionarios mexicanos con la expedición de Cortés. El informante de Sahagún detalla: "Y cuando estuvieron cerca de los españoles, al momento frente a ellos, iniciaron la ceremonia de tocar la tierra y los labios estando a la punta de su barca. Tuvieron la opinión de que era Nuestro Principe (ésto es Topiltzin) Quetzalcoatl, que había venido". Sahagún 1956: IV, 84: XII, 2, 8). Un nuevo grupo de emisarios de los mexicas llama a Moteuhzoma "lugarteniente tuyo" ante Cortés (Sahagún 1956: IV, 90: XII, 5, 13). Moteuhzoma habría estado aterrorizado tras la primera noticia, pero tras consultar a los adivinos esperó a los españoles lleno de resignación (Sahagún 1956: IV, 97: XII, 9, 12). Ello contradice también la versión de Gómara, según el cuál afirma Moteuhzoma a Cortés haber seguido muy de cerca su viaje. Además, las fuentes más antiguas no nos dan la impresión de que la política de la triple alianza haya sido de gran inactividad. Al contrario, se habla constantemente de embajadas, cosa no mencionada por Sahagún a excepción de esta primera. El informante de Sahagún hace aparecer a Moteuhzoma como paralizado. Este enérgico rey, que había llevado a cabo tantas conquistas, se ve aquí descrito como figura de lástima, como la cuál inmerecidamente entró a la historia.

La alocución de Moteuhzoma, al recibir a Cortés en su entrada a México, da la bienvenida al líder español en *su ciudad*. Los reinados de Itzcoatzin hasta Ahuiztotzin habrían sido tan sólo un breve interludio de gobiernos en

lugar del recién arribado, según dicha alocución. "Y tu has venido entre nubes, entre tiniebla"... El Cortés, así interpelado, tenía ahora que tomar posesión de su trono y de sus palacios (Sahagún 1956: IV, 108 s.; XII, 16, 7 a 10). De tal modo habría sido Cortés saludado como el dios Quetzalcoatl. Ya agotó el libro su última posibilidad de expresar su historiografía tendenciosa respecto al ansiado retorno del dios blanco. El resto de los acontecimientos fue tan crudo y evidente, que no había ni manera de intercalar tendencias a leyendas de ese tipo, y su relato es a partir de aquí muy objetivo.

Los informantes de Sahagún pusieron de tal modo acontecimientos claves de la conquista bajo la interpretación de la parálisis de Moteuhzoma. La motivación a ello puede en primer lugar suponerse una emoción análoga a la que después de la primera guerra mundial hizo originarse en Europa central la leyenda de la puñalada: se deseaba compensar la sensación de derrota, y ello llevó a un movimiento *nativístico* y *revitalístico* en el sentido de Linton (1943) y Wallace (1956). El segundo motivo es la creencia de que la conquista estaba predeterminada, pues conllevaba la misión que se reconocía la redentora, la cristiana. La predeterminación se encarnó en la figura de un Quetzalcoatl ya no sólo monoteísta, sino de plano cristianizado, el cual no tiene elemento común con el original Topiltzin Ce Acatl. El primero de los motivos mencionados es muy compatible con la afirmación del Códice Vaticanus A: 9 rev., de que los mexicanos a la mitad del siglo diez y seis esperaban el retorno de ese dios para que los redimiese.

Los informantes de Sahagún aparecen ahora como personas de pensar muy católico, excelentemente instruidos, que acomodan el complejo de pertenecer al pueblo vencido y al mismo tiempo al pueblo en proceso de reeducación, en su versión de la historia de un tal *Quetzalcoatl de Tula*. La *refutación* de Sahagún nos indica la probabilidad de que sus informantes, en realidad todo su círculo, se hallaban desgarrados entre las actividades revitalísticas y de resignación de esta sublimación. Debe haber sido típico en ellos una posición política en favor de la corona y en contra de los conquistadores. Esta actitud no tiene nada que ver con el *indigenismo* del México actual. Era una posición franca contra los españoles residentes en el país, más no contra la corona. Esto debe haber sido uno de los motivos del por qué la esperanza del retorno de un dios Quetzalcoatl, revitalística, no llevó en el altiplano a un movimiento político-militar, tal y como a partir de los años treinta ya casi no amenazaba. Por desgracia no tenemos ninguna fuente que nos ilustre respecto de su propagación entre la gente común. Las

fuentes nos lo muestran en esta forma como bien intelectual exclusivo de los indígenas nobles bajo educación europea. La comparación, hecha por el Códice Vaticanus A, con la sublevación militar de los zapotecas en 1550, nos atestigua una amplia diseminación de objetivos revitalísticos, pero no nos detalla nada respecto de ellos. Y respecto de la versión que un tanto caprichosamente fuera formulada por los nobles cristianizados del círculo de Sahagún: esa fue la que decidió lamentablemente el concepto histórico de las generaciones siguientes y con ello el punto de vista científico hasta el mismo día de hoy. En las fuentes posteriores a Sahagún ya no detectamos deformaciones ulteriores grandiosas de la antigua tradición. Sin embargo, aún quedan por destacar en ellas algunas referencias de gran importancia respecto de relictos de la vieja tradición.

16. Las obras históricas de Fray Diego Durán, O.P.

Durán redactó sus obras en los años setenta del siglo diez y seis, tiempo en que Sahagún meramente se ocupaba ya de modificaciones menores y acabado de sus textos. Es muy obvio, además, que utiliza otras fuentes indígenas para sus obras, aprovechadas después de él por todo un grupo de otros autores de escritos: Tovar, el Códice Ramírez, Acosta, Alvarado Tezozomoc con su *Crónica mexicana* y los epigonios de éstos. Ya Walter Lehmann había hecho referencia a esta *escuela* en su introducción a los *Anales de Quauhtitlán* (24). La considera opuesta al punto de vista franciscano sobre la antigua cultura del México central. Fue más tarde Robert Barlow, quien refirió esta *formación de escuela*, según Lehmann auspiciado por el virrey Martín Enríquez, a una fuente original hipotética que él llamó *Cronica X* (Robert H. Barlow; presentación de la problemática en general por Lafaye en Tovar 13 s.).

Ofrece Durán información realmente extraordinaria. En su *Historia* observa que Nezahualpilli habría dicho al monarca tenochca Tizoc, al momento de su coronación: "Heredado has el estrado real, de muy ricas y hermosas plumas, y el aposento de piedras preciosas, que dejó el dios Quetzalcoatl y el gran Topiltzin y el maravilloso y admirable Huitzilopochtli..." (Durán: II, 302; 39, 37). La importancia del pasaje radica en que nombra expresamente a un Topiltzin, el cual originó el trono, al lado del dios Quetzalcoatl. Es probable que aquí simplemente se reprodujera la antigua y correcta tradición, sin miramientos a ideas o corrientes posteriores. De ese modo se

destaca de nueva cuenta la importancia de Topiltzin Ce Acatl respecto de la línea dinástica, que lleva de Tula, pasando por Colhuacan, hasta los monarcas tenochcas. Según los pasajes ya comentados de fuentes anteriores es él el verdadero fundador de la dinastía, el héroe, con quien terminan los días de los dioses en la tierra. Su padre Mixcoatl aún debe considerarse un dios, cuyo actuar sobre la tierra sucedió en los tiempos divinos. De seguro ese era uno de los motivos de la esperanza de su retorno en el tiempo posterior a la conquista, cuando se suprimían la cultura y en especial, la religión antiguas. Con ello nos parece más claro por qué era Topiltzin, el semimítico fundador del dominio de los mexicas, quien fuese tan ansiosamente esperado para renovar su poderío religioso y político. La gran importancia de ese fundador dinástico se debe deducir del hecho de que se le nombrara en un mismo aliento entre los dioses Huitzilopochtli y Quetzalcoatl, sin identificarlo con ese último. Debemos tener en mente, sin embargo, que el compartir la responsabilidad mítica de la creación del dominio tenochca, se prestase para posteriormente llegar a identificarlos.

La clara diferenciación entre el rey semimítico y el dios del viento es evidente aún en otra obra de Durán, el *Libro de los ritos y ceremonias de las fiestas de los dioses y celebración de ellas*. Ya el comentador Garibay destaca con énfasis esta separación, entre el primer capítulo, dedicado según él a *Topiltzin o Huemac* y el sexto, que explica el culto del dios del viento de Cholula (Durán: I, pág. XVIII). La presentación del Ecatl, en el sexto capítulo, es consecuentemente muy escueta y no nos agrega ningún elemento llamativo para estos nuestros comentarios. En cambio, el primer capítulo, sobretitulado "De quien se sospecha que fue un gran varón, que hubo en esta tierra, llamado Topiltzin y, por otro nombre, papa, a quien los mexicanos llamaron Hueymac. Residió en Tula", nos da una gran abundancia de datos. Dice Durán haber visto al Topiltzin en códices mexicanos, tal y como aparece en los dibujos anexos por él. Habría sido una persona añosa, de barba roja con trazos grises, muy grande, de cabello largo y muy modesto. Casi siempre habría estado recluso en una celda, abstinerente, entregado al ayuno y completamente casto. Era su tarea la de adornar altares, fijar cuadros en los muros, así como el besar la tierra con la boca y con las manos. A sus alumnos, los toltecas, cosa que quería decir artistas, les habría enseñado a rezar y a predicar. "Las hazañas y maravillas de Topiltzin y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y mentados, y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos, sino que en todo me sujeto a la corrección que de la Santa Iglesia

fuentes nos lo muestran en esta forma como bien intelectual exclusivo de los indígenas nobles bajo educación europea. La comparación, hecha por el Códice Vaticanus A, con la sublevación militar de los zapotecas en 1550, nos atestigua una amplia diseminación de objetivos revitalísticos, pero no nos detalla nada respecto de ellos. Y respecto de la versión que un tanto caprichosamente fuera formulada por los nobles cristianizados del círculo de Sahagún: esa fue la que decidió lamentablemente el concepto histórico de las generaciones siguientes y con ello el punto de vista científico hasta el mismo día de hoy. En las fuentes posteriores a Sahagún ya no detectamos deformaciones ulteriores grandiosas de la antigua tradición. Sin embargo, aún quedan por destacar en ellas algunas referencias de gran importancia respecto de relictos de la vieja tradición.

16. Las obras históricas de Fray Diego Durán, O.P.

Durán redactó sus obras en los años setenta del siglo diez y seis, tiempo en que Sahagún meramente se ocupaba ya de modificaciones menores y acabado de sus textos. Es muy obvio, además, que utiliza otras fuentes indígenas para sus obras, aprovechadas después de él por todo un grupo de otros autores de escritos: Tovar, el Códice Ramírez, Acosta, Alvarado Tezozomoc con su *Crónica mexicana* y los epigonios de éstos. Ya Walter Lehmann había hecho referencia a esta *escuela* en su introducción a los *Anales de Quauhtitlán* (24). La considera opuesta al punto de vista franciscano sobre la antigua cultura del México central. Fue más tarde Robert Barlow, quien refirió esta *formación de escuela*, según Lehmann auspiciado por el virrey Martín Enríquez, a una fuente original hipotética que él llamó *Cronica X* (Robert H. Barlow; presentación de la problemática en general por Lafaye en Tovar 13 s.).

Ofrece Durán información realmente extraordinaria. En su *Historia* observa que Nezahualpilli habría dicho al monarca tenochca Tizoc, al momento de su coronación: "Heredado has el estrado real, de muy ricas y hermosas plumas, y el aposento de piedras preciosas, que dejó el dios Quetzalcoatl y el gran Topiltzin y el maravilloso y admirable Huitzilopochtli..." (Durán: II, 302; 39, 37). La importancia del pasaje radica en que nombra expresamente a un Topiltzin, el cual originó el trono, al lado del dios Quetzalcoatl. Es probable que aquí simplemente se reprodujera la antigua y correcta tradición, sin miramientos a ideas o corrientes posteriores. De ese modo se

destaca de nueva cuenta la importancia de Topiltzin Ce Acatl respecto de la línea dinástica, que lleva de Tula, pasando por Colhuacan, hasta los monarcas tenochcas. Según los pasajes ya comentados de fuentes anteriores es él el verdadero fundador de la dinastía, el héroe, con quien terminan los días de los dioses en la tierra. Su padre Mixcoatl aún debe considerarse un dios, cuyo actuar sobre la tierra sucedió en los tiempos divinos. De seguro ese era uno de los motivos de la esperanza de su retorno en el tiempo posterior a la conquista, cuando se suprimían la cultura y en especial, la religión antiguas. Con ello nos parece más claro por qué era Topiltzin, el semimítico fundador del dominio de los mexicas, quien fuese tan ansiosamente esperado para renovar su poderío religioso y político. La gran importancia de ese fundador dinástico se debe deducir del hecho de que se le nombrara en un mismo aliento entre los dioses Huitzilopochtli y Quetzalcoatl, sin identificarlo con ese último. Debemos tener en mente, sin embargo, que el compartir la responsabilidad mítica de la creación del dominio tenochca, se prestase para posteriormente llegar a identificarlos.

La clara diferenciación entre el rey semimítico y el dios del viento es evidente aún en otra obra de Durán, el *Libro de los ritos y ceremonias de las fiestas de los dioses y celebración de ellas*. Ya el comentador Garibay destaca con énfasis esta separación, entre el primer capítulo, dedicado según él a *Topiltzin o Huemac* y el sexto, que explica el culto del dios del viento de Cholula (Durán: I, pág. XVIII). La presentación del Ecatl, en el sexto capítulo, es consecuentemente muy escueta y no nos agrega ningún elemento llamativo para estos nuestros comentarios. En cambio, el primer capítulo, sobretitulado "De quien se sospecha que fue un gran varón, que hubo en esta tierra, llamado Topiltzin y, por otro nombre, papa, a quien los mexicanos llamaron Hueymac. Residió en Tula", nos da una gran abundancia de datos. Dice Durán haber visto al Topiltzin en códices mexicanos, tal y como aparece en los dibujos anexos por él. Habría sido una persona añosa, de barba roja con trazos grises, muy grande, de cabello largo y muy modesto. Casi siempre habría estado recluso en una celda, abstinerente, entregado al ayuno y completamente casto. Era su tarea la de adornar altares, fijar cuadros en los muros, así como el besar la tierra con la boca y con las manos. A sus alumnos, los toltecas, cosa que quería decir artistas, les habría enseñado a rezar y a predicar. "Las hazañas y maravillas de Topiltzin y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y mentados, y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos, sino que en todo me sujeto a la corrección que de la Santa Iglesia

Católica" nos asegura convencido el autor. Y si bien, de acuerdo al Evangelista San Marcos, había Dios mandado a sus apóstoles por toda la tierra él, el autor, no se osaba a aseverar que ese hombre haya sido uno de los benditos apóstoles. Al contrario, opina, esta vida demuestra que dios no deja a estas creaturas racionales y capaces de la bienaventuranza sin predicador; de haber habido aquí uno de esos, habría sido precisamente Topiltzin. El era pedrero y habría confeccionado imágenes de piedra, cosa también referida a propósito de Santo Tomás. Topiltzin habría sido proveniente de tierras extrañas, sin poderse definir cuáles, y por tal motivo debía considerarse virtualmente un nativo de estos lares. El congregó alrededor suyo a alumnos, que predicaban con voces audibles sobre grandes distancias. Con sus manos heroicas habían estos toltecas realizado obras cuyas huellas hasta día de hoy eran visibles en el paisaje. Cuando el autor preguntaba por los descubridores de una cueva, constructores de un edificio, productores de algún detalle del paisaje, la respuesta estereotipada de los informantes era de que habrían sido los toltecas, los alumnos del *papa*. "Y así podemos probablemente tener que este varón fue algún apóstol de Dios", venido a esas tierras, y cuyos alumnos fueron los artistas y sabios. Trató él de convertir al país a las leyes del Evangelio, y lo había abandonado al ver la rudeza de los terrestres corazones de sus habitantes. Se inició una persecución contra Topiltzin y sus alumnos, inspirada por el empecinamiento de los habitantes del lugar, pues demasiados habían ya adoptado la ley del Topiltzin. El líder del partido de los persecutores habría sido Tezcatlipoca, quien había bajado del cielo, y quien con sus partidarios logró lanzar al grupo de Topiltzin hasta Tula, donde quedaron unos pocos años. Al iniciarse aún allí la persecución, habría realizado Topiltzin una reunión en Tula, delante de los habitantes del lugar, para despedirse de ello, agradecer su hospitalidad y aclarar que cedía a la fuerza; profetizaba entonces que habría de venir un pueblo extraño del este, de gente vestida de cabeza a pies, viniéndoles este castigo de parte de Dios por los malos tratos que aquí había experimentado. Esto fue asentado en códices pictóricos por los habitantes. Estos extraños habrían de venir dentro de cinco o seis generaciones. El personaje, antes de partir, habría dicho que "Estos han de ser vuestros señores y a estos habéis de servir y os han de maltratar y echar de vuestras tierras, como vosotros lo habéis hecho conmigo". En su marcha habría llegado al mar, habiéndose abierto una montaña a su orden, en la cuál entró. Otros dicen que había acostado su manto sobre el mar, hecho un gesto con la mano sobre él y así viajado por sobre el agua hasta desaparecer de la vista. No se le volvió a ver jamás.

Ya limitándose un poco, el mismo autor menciona que un viejo indio le había contestado a la pregunta sobre la partida del Topiltzin con el capítulo catorce del libro Exodo. Topiltzin habría llegado con una gran muchedumbre al mar, partiendo las aguas con su vara como otrora Moisés. Sobre sus persecutores se cerraron las olas, y de los fugitivos mismos no se volvió a saber nada más. Ante estas palabras perdió Durán las ganas de seguir inquiriendo. Tuvo Durán igualmente mala suerte al tratar de localizar códices o pinturas apropiadas para corroborar lo antedicho. El dueño de un tal documento, imposible de clasificar según lo que Durán nos informa, adjudica todos los cultos de los templos paganos a la imitación de las actividades del ya mencionado santo varón. Durán admite haber sentido la alegría de encontrar en un altar en Coatepec la figura del Topiltzin en una pintura donde los caracteres de escritura eran ilegibles. Podemos tener por seguro que con tal horrenda técnica de entrevista el informante *confesaba* al pelo lo que deseaba oír el *confesor*. Los alumnos del papa no se llamaban ahora tan sólo *toltecas*, sino también *hijos del sol*. Tenían su asiento principal en Cholula, aunque vivían diseminados por todo el país. Los príncipes del país habrían pedido a ese santo hombre Hueymac que se casara, cosa que él postergaba indefinidamente, esperando por presagio acontecimientos imposibles. Finalmente participa el informante de Durán, que el santo varón tuvo que abandonar el país debido a Quetzalcoatl y Tezcatlipoca, los magos, que podían tomar cualquier forma. La mayor dificultad que le habían puesto enfrente, había sido la *prostituta* Xochiquetzal, que le contrabandearon a su celda, con el propósito de desacreditarlo. Después de ésto, había decidido partir.

Los indios habrían conocido tal profecía desde hace largo tiempo, y siempre habían estado preparados al cumplimiento de la misma. Al tener por tanto Moteuhzoma noticia de la llegada de los hispanos a Veracruz, había hecho indagación en los libros, reconociendo a los españoles como hijos de Topiltzin. Como temía lo que habría de suceder, les hizo enviar regalos. Moteuhzoma habría dicho, a la noticia del arribo de los *hijos de Hueymac*: "Esos vienen por el tesoro que Hueymac dejó acá, el cual había recogido para hacer un templo. Llévenselo y no vengan acá." Esto dice Durán haber visto en un códice. Finalmente nos informa que el ídolo del dios Quetzalcoatl era el más importante de los mexicanos, quienes lo veneraban como dios de la guerra, que infundía valor a los corazones para luchar (Durán: I, 9 a 15; Ritos I).

Destaca mucho en la exposición de Durán la diferenciación entre el dios del viento Quetzalcoatl y el santo héroe compuesto de las figuras de Topiltzin y Huemac. El Topiltzin-Huemac no se presenta como dios. En todo caso, ya no lleva los rasgos de un héroe dinástico, sino que de plano se permutó en apóstol del Nuevo Mundo, sugiriéndose de manera decente, exenta de riesgos, su semejanza con Santo Tomás. Por si las dudas, ya había pedido Durán absolución general mediante su sumisión al juicio de la Iglesia, respecto de todos los males que se podrían derivar de su exposición. Tras ello presenta hinchado de valor el cuento de la revelación perdida, que atribuye a ese probable Apóstol, a quien se deben esquizofrénicamente todos los actos de culto de todos los templos precristianos. La predicción del dominio español, que en realidad podría justificar cualquier acto de brutalidad en contra de los sometidos, es tal vez una expresión del complejo de inferioridad de los vencidos, si es que esta versión realmente, tal y como afirma Durán, proviene de fuentes indígenas. Es traicionera tan solo de corta estancia del correteado Topiltzin en Tula, que se deriva de la conversión de la figura de Ce Acatl, desnudado de toda importancia dinástica.

Aquí se impone la pregunta, de hasta donde creían los indios mismos en tales detalles. La comparación de Topiltzin con Moisés permite deducir la popularidad de un Topiltzin muy desfigurado. La identificación con Moisés hace pensar en un no muy alto grado de educación y nos sugiere ser un elemento de fé popular del tiempo de la aculturación más intensa. Ello nos enriquece el concepto del fundador de la dinastía como ansiado nuevo redentor, tal y como se deduce del Codex Vaticanus A. El nombrar a los toltecas *hijos del sol* representa una reconciliación con el hecho de la presencia española en el país, pues tal nombre llevaban los blancos. En los párrafos siguientes se designa cada vez más a Topiltzin como Huemac, más aún, perseguido por los dioses paganos Quetzalcoatl y Tezcatlipoca. Ello nos prueba que la identificación con el dios del viento sólo era aceptada por un reducido número ya sea de informantes o de autores, no habiéndose impuesto del todo esta idea. El episodio con la *prostituta* Xochiquetzal nos recuerda a esa diosa, Xochiquetzal, como pervertidora de Yappan, quien fue transformado de *penitente* (probablemente un buscador de visiones) en un alacrán tras haber pecado (Ruiz de Alarcón: 177). Este episodio, que nos muestra la transformación de los dioses de antes en animales de hoy, es un integrante importante de la teogonía y permite entreadivinar las bases paganas del *involucionamiento* de Huemac. Además, aún el Huemac histórico de la "Historia Tolteca-Chichimeca" se nos relata como un hombre quien

por su desmesurado apetito de mujeres gordas llega a su perdición. Se observa aquí otra posible ancla para una desvirtuación de la tradición precristiana. Se trata pues en el relato de Durán sobre Topiltzin, de un producto final del desarrollo de la leyenda del retorno de un dios blanco, quedando notablemente bien establecida la separación entre el dios del viento y el héroe. Con ello, se nos convierte en una certeza del hecho de que la confluencia de ambos fue producto de la fantasía o los deseos subconscientes de indígenas educados en el cristianismo.

La palabra *papa* no tiene nada que ver con el Papa de Roma ni con el concepto de *padre*. Procede del nahuatl *papatli*, término que designa los largos cabellos de los alumnos de sacerdotes y estos mismos. La palabra *papaua* (Plural *papauaque*) significa *hombre de larga cabellera* (Molina: 79 rev.). La accidental similitud con el término occidental ha dado lugar ocasionalmente a especulaciones del todo infundadas.

Durán propone asimismo, como ya demostró Lafaye, a Cortés como instrumento de la Providencia, quien realiza en *las Indias*, es decir, en América, los propósitos de Dios; por ello dotado de gracias especiales, no requiere de legitimación de su poder político en la Nueva España por parte de la monarquía española (Tovar: 28). Sin entretenernos aquí con las importantes consecuencias de tal intención respecto de la historiografía, consideraremos aquí tan sólo su significado para la presentación del Topiltzin. Durán en ningún momento contradice las suposiciones de los indios, las cuales en parte pretexto él mismo. Cortés aparece legitimizado por la Providencia como sucesor de Santo Tomás. Es probable que aquí radique también el motivo de por qué no se identificó con el dios del viento; ello habría desmerecido la figura de Cortés, tan cuidada por el autor. Diría Lafaye después de Topiltzin: "Este personaje multiforme era el portador de una leyenda precristiana y sus representaciones gráficas dieron lugar a los frailes criollos para interpretaciones sincretistas" (Tovar: 29'). A continuación presenta Lafaye la preocupación de la corona española por tales movimientos criollos, cuya supresión más severa se halla en el proceso de inquisición contra el monje peruano Fray Francisco de la Cruz, por suponer éste que los indígenas de Perú representaban a las diez tribus perdidas de Israel. Destaca Lafaye el peligro inherente de la leyenda de Quetzalcoatl para la corona, al citar el pasaje ya mencionado de Durán de que Topiltzin fuese el predicador destinado por Dios a los indios de México, para que no careciesen de uno. Ello constituye desde su punto de vista una

prueba importante respecto de la gradual autocensura y censura en la transmisión del material de las fuentes de Durán, pasando por Tovar, hasta Acosta, quien era totalmente fiel a la corona. El peligro para la corona estriba en la predicción de la llegada de Cortés (Tovar: 31's.). Ello nos explica adicionalmente la obsesión de Durán, de buscar a la fuerza semejanzas en lo ritual entre el paganismo de los mexicanos antiguos y el judaísmo bíblico. No hay nada conclusivo respecto de si Durán mismo fuera o no judío (véanse los comentarios de Garibay en la introducción a: Durán: I, p.XIII s, especialmente el punto v).

17. Las obras de los autores comprendidos con Durán

El manuscrito del jesuita Juan de Tovar sólo hace referencia a *Quetzalcoatl de Tula* en relación a la llegada de Cortés. Al mencionar los presagios de la conquista que vieron Moteuhzoma y los mexicas, dice que el ídolo Quetzalcoatl, dios de los *chultecas*, habría predicho la acudida de extraños, que poseerían al país. Aún el rey de Tezcoco, quien tenía pacto con el diablo, habría visitado al ídolo una vez a deshora y éste le había transmitido el mensaje de los dioses, de que grandes trabajos y pérdidas se aparejaban para todo su reino. Muchos brujos habrían predicho lo mismo (Tovar: 69). Una glosa de Tovar sobre *Quetzalcoatl, el gran emperador*, muestra claramente el interés de este autor. Hubo en el país, en tiempos antiguos, un muy santo varon, del cuál muchos suponían por sus ayunos y penitencias, que habría predicado el Evangelio. Este se habría enfrentado al paganismo en todas sus formas, teniendo que abandonar el país tras predecir su retorno, por tales motivos. El esculpió muchas imágenes de *dioses* y aún un crucifijo, en vano buscado por los españoles. Igualmente fue vana la búsqueda de un libro semejante a un misal; no podría haberse tratado de otra cosa más que de una Biblia. Este hombre fue muy venerado pues había hecho numerosos milagros, y era el por Dios enviado señor y emperador del país. "Déste dicen que tomaron muchas ceremonias, que conforman con la ley evangélica que en esta tierra usavan y los altares en que ponían a los ydolos, que eran como los nuestros y por esto entienden muchos que era algún gran ministro del Sancto Evangelio...". Además, en un pueblo cerca de la costa se había encontrado un cuero que contenía dibujos de todos los misterios de la Fe en símbolos indianos, aunque con muchos errores. Después hace referencia Tovar a los alumnos del *santo hombre*, los *tultecas* (Tovar: 73). Los mensajeros de Moteuhzoma, que buscaron a Cortés junto a su nave, habrían

también dicho "que yvan a buscar a su *gran Señor Quetzalcoatl* y por otro nombre *Topiltzin*" (Tovar: 74). No hay, como es patente, ninguna corroboración de ésto en ningún documento previo que hablara sobre la conquista. Con ello, Tovar avanza mucho más que Durán. Si éste era aún muy cauteloso en sugerir la identificación entre Topiltzin y Santo Tomás, tal y como ya se había difundido entre los *criollos* y los indígenas cultos, el otro ya habla de ello con toda seguridad. Ya no hay ni huella de la tradición autóctona sobre Topiltzin Ce Acatl. Muy adecuadamente se omite la conexión dinástica que una vez existió entre un Mixcoatl padre y su gran linaje. El relato, ya de por sí desfigurado, del episodio de Tula ha retenido tan solo aquellos elementos que son interpretables bajo el punto de vista cristiano. Y, como es obvio, el redentor esperado de los indígenas ya no es identificable con "*San Quetzalcoatl*".

Acosta se apropia de esta exposición con el cuidado que le es peculiar y practica lo que Lafaye llama *expurgación* (Tovar: 34'). Al Quetzalcoatl lo presenta tan sólo como dios del mammon y de Cholula (Acosta: 232 y 276). Acepta e integra también los dos acontecimientos de la predicción de la llegada de los españoles por parte del dios Quetzalcoatl de Cholula así como lo acontecido en primer contacto de la delegación mexicana con Cortés, cuando se le identifica con Quetzalcoatl; no se puede dejar de ver, sin embargo, que desvirtúa estos datos (Acosta: 361 y 364). Debe suponerse 1586/87 como terminus ad quem para la formulación de la exposición de Tovar, mismo año de la redacción de su *Historia* para Acosta. Dado que Durán escribió sus tres obras entre 1570 y 1581, se puede suponer cierta radicalización de sus ideas en los años comprendidos entre estas fechas. Fue la *Historia*, además, el último manuscrito de Durán.

Al mismo grupo de fuentes pertenece también la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezocomoc. Por lo general, se supone como año de su génesis 1598. Aquí se acorta excesivamente la leyenda del retorno. Tras diversos presagios, envía Moteuhzoma magos a Huemac, a la cueva Cincalco, sitio donde habitan los difuntos. Jamás recibe las noticias que espera, y desea ya retirarse a la misma cueva pero se le convence de lo contrario. Se insinúa meramente un *cetectli*, a quien había traído consigo Quetzalcoatl, y se hace referencias breves a los soberanos Matlaxochitl, Ozomatli y Timal, "los más grandes nigromáticos de Tula, que murieron al ser llevados por Quetzalcoatl a Tlapalan" (Alvarado: 678 s.). Moteuhzoma recibe los regalos de Cortés, traídos por su embajada al retornar, diciendo que el dios Quetzalcoatl le

hacía un gran favor. Los alimentos que acompañan a estos regalos los hace enterrar según Alvarado en el antiguo templo de Quetzalcoatl en Tula (Alvarado: 691). Las menciones de ese *Quetzalcoatl de Tula* son así manifiestamente fragmentados de una historia que aquí no se reproduce, pero la cual se ocupa repetidas veces como marco de referencia. Es posible que la razón de esta presentación rudimentaria y seguramente muy cautelosa estribe en las controversias políticas, ya mencionadas anteriormente, que Lafaye tanto destacó.

18. La relación geográfica de Cholula:

Casi simultáneamente con la *Historia* de Durán, en 1581 se hizo una descripción de Cholula, en el marco de una acción por la cual Felipe II se hizo presentar su imperio universal. El autor de la *Relación* de Cholula y su comarca, el corregidor Gabriel Rojas, entre otras cosas informa del templo principal de la ciudad y menciona que éste se había erigido en honor de un individuo muy principal que había sido líder del pueblo de la ciudad en tiempos antiguos. Este individuo habría llegado con su pueblo del lejano oeste y se llamaba Quetzalcoatl. Después de su muerte se habría edificado el templo. (Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala II, 129s.)

Sigue así Rojas a la teoría usual, de que los dioses no eran otra cosa más que seres humanos importantes, quienes después de su muerte eran venerados a través del culto religioso. Más allá de la referencia sobre la fundación de la ciudad, el escrito no menciona en absoluto la partida de Quetzalcoatl, a quien según el resto de la relación debe concebirse sin duda como dios del viento. Falta concordantemente cualquier mención de la esperanza del retorno.

19. Los cantares mexicanos:

Un cantar que parece originarse de las últimas décadas del siglo diez y seis menciona la caída de Tula; pertenece a la colección de los *Cantares mexicanos*. Su primera parte está dedicada a la salida de Quetzalcoatl de Tula. Por allí se menciona incidentalmente que la marcha pasó de lado a Cholula y el Poyauhtecat hasta Acala (Acallan) y Tlapala (Tlapallan). Se mencionan los principales Ihuitimalli, Ihuiquecholli y Matlaxochitl, al igual

que los palacios que había dejado Nacxitl Topiltzin en *Tollan Nonohualco* (Garibay: III, 1s.). El contenido y los nombres nos hacen recordar la *Historia Tolteca-chichimeca*, especialmente por la referencia a los nonohualcas y a Tula. No es posible hacer ulteriores comparaciones con la última fuente mencionada porque se carece de su inicio. No es posible, por falta de material comprobatorio, aseverar que aquí se refiere a un evento histórico ligado a la figura de Nacxitl.

20. La historia de Tlaxcala de Diego Muñoz Camargo

Esta fuente, originada después de 1589, nos ofrece una versión adicional y muy importante de la historia de Quetzalcoatl, que aún conserva algunos rasgos previos al contacto cultural. Al igual que las *Relaciones* de Chimalpahin, que se comentarán más adelante, nos brinda material de gran valor que no fue aportado por fuentes más antiguas.

Ya el primer capítulo nos comprueba la importancia de la leyenda de Quetzalcoatl en ese entonces. En el inicio mismo (el texto arranca a media frase y por tanto debería llamarse fragmento) se habla del *linaje* de los tlaxcaltecas, haciéndose de inmediato referencia a la historia de Quetzalcoatl. En una versión algo maltratada (la hilación de las palabras carece de sentido) se determina que Tezcatlipoca Huemac perseguía a Quetzalcoatl, haciéndose temido entre los hombres, organizando matanzas y haciéndose venerar como dios, con el propósito de obscurecer la fama de Quetzalcoatl, quien había ido a Cholula, Quauhquechollan, Izúcar, Atlixco, Tepeyacac, Tecamachalco, Quecholac y Teohuacan a fin de reinar allí. Del mismo modo había sido adorado en Tlaxcala (Muñoz: 5s. /I, 1). Tras mencionar a diversos chalmecas, olmecas, xicalancas y aún chichimecas, se dispone al autor a comentar respecto de aquellos chichimecas que fundaron Tlaxcala. Estos habrían llegado a las siete cuevas en un año 5-Tochtli, tras atravesar un estrecho de mar. Ya Chavero, comentador y editor de estos datos, había utilizado este episodio para establecer que correspondía a escenas bíblicas. De allí se fueron los chichimecas a Mazatepec, donde habían dejado atrás a Itztolli y Xiuhnel (nombres conjeturados por Chavero a partir del texto desfigurado). Llegaron posteriormente a la provincia de Tepenene, donde Mimich, uno de ellos, mató a Itzpapalotl mediante flechazos. Habrían en seguida aventurado guerra en Comayan, hasta destruir ese lugar y apropiarse de él. A partir de allí habían colonizado Colhuacan, y poco

después Teotlacoachcalco y Teohuiznahua. Allí querían los chichimecas matar a una cazaca, pero Mixcoatl Camaxtli la tomó por mujer, teniendo de ella su hijo Quetzalcoatl. El pobre autor tiene ahora que mencionar que hay dos versiones que se contradicen francamente; según la primera todos los habitantes habrían llegado del norte, pasando el mar a la altura de Pánuco, y según la segunda todos los dioses importantes, por ejemplo Camaxtli, Quetzalcoatl y Texcatlipoca, habrían llegado del oeste. Muñoz se declara partidario de la segunda versión, y califica muy fácilmente a los venerados como dioses de nigrománticos, hechiceros e hijos de incubos. A partir de Quetzalcoatl se dirige Muñoz, pasando por tres generaciones, a la familia de Texcoco, desde Ixtlilxochitl a su hijo Nezahualcoyotl y su nieto Nezahualpilli (Muñoz: 39s.; I, 5).

Con esas pocas palabras (el texto original es apenas más extenso que este resumen) le correspondió a Muñoz alargar la línea dinástica hacia atrás hasta el terreno mítico. Si bien la historia de Xiuhnel y Mimich se presenta carente de elementos míticos, su relación al episodio del encuentro de los padres de Ce Acatl, llamado aquí Quetzalcoatl, es significativa y complementa de modo especial los relatos de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y la *Leyenda de los soles*. El atribuir la génesis de la casa real de Texcoco a Quetzalcoatl de Tula sorprende, pues no hay mención previa de tal cosa. Debe dejarse sin conclusión si en ello se trata de una tradición antigua o si se quiso responsabilizar a la creciente figura de *Quetzalcoatl de Tula* del origen de esta dinastía. Todas las referencias antiguas, lamentablemente muy pocas, que relatan el origen de esa dinastía, no son confiables (vease por ejemplo la *Histoire du Mexique*) pero se oponen a la versión aquí ofrecida, que pretende localizar a Quetzalcoatl tan sólo unas cuantas generaciones antes de Nezahualcoyotl. El tipo de error en que aquí se incurrió no es deducible de los textos conocidos.

El primer capítulo es un conglomerado de la historia de colonización de las regiones de Puebla y Tlaxcala por los chichimecas, tal y como lo presenta también la *Historia Tolteca-chichimeca*, con la figura del *Quetzalcoatl de Tula*, mezcla él mismo así como su contrincante *Tezcatlipoca Huemac*. Destacamos de nueva cuenta que en fuentes más antiguas Huemac es víctima de Tezcatlipoca. Aparentemente (pues el inicio del texto está perdido) los tlaxcaltecas son también referidos a Tula, y su dinastía, fragmentada en cuatro principados, a los heroicos reyes de aquella ciudad. Se vale preguntar si ello constituye parte de la historia original de la dinastía de los tlaxcaltecas,

posteriormente enajenada, o si el *Quetzalcoatl de Tula* fue intercalado en forma tardía. El contexto general de la situación sugiere que lo último es lo más probable. Vemos por otra parte la ligereza con la que se trataban en aquel entonces los asuntos dinásticos; por ejemplo hay una nota al calce, de José Fernando Ramírez, que señala la pretensión de Alva Ixtlilxochitl de que los señores de Tlaxcala se derivaban de los cuatro hijos del rey texcocano Quinatzin (Muñoz: 42, nota de comentario 5/I, 5). El resto del capítulo describe la ceremonia de intronización de los reyes en el México antiguo.

El capítulo siguiente, I, 6, está destinado a la historia de la colonización propiamente, de Tlaxcala. Hay una concordancia muy llamativa con la *Historia Tolteca-chichimeca*. Una parte de los chichimecas habría emigrado a Cholollan y entre sus líderes se menciona Ixcicohuatl y Quetzaltehueyac. Uno de esos príncipes chichimecas habría esperado al grupo principal de los chichimecas procedentes de Poyauhtlan, en un lugar llamado Amaquemecan. Se continúa después la historia dinástica así iniciada (Muñoz Camargo: 49; I, 6). Es aquí de importancia mencionar que el sexto capítulo del primer libro inicia de nueva cuenta con una ruptura del texto, puesto que se comienza con líneas dinásticas totalmente diferentes. La historia titulada *Quetzalcoatl de Tula* simplemente se amputa al final del quinto libro, dando con ésto un poco la apariencia de forzada e intercalada.

Inicia Muñoz su segundo libro con un capítulo dedicado casi por entero a los presagios de la conquista. Estas señales habrían sido enviadas por Dios, quien en su bondad las mandó a Moteuhzoma y a los mexicas, quienes se hallaban en un estado de engaño por parte del demonio. Los acontecimientos que se consideran aquí como presagios, ocho en total, recuerdan fuertemente a Sahagún y la explicación inicial también es asociable, de modo más vago, con Motolínia. Tlaxcala tuvo signos semejantes de la llegada de los españoles, especialmente la claridad en el cielo del este antes del amanecer, destacada también por Sahagún. Los indios habrían temido por ello que su mundo se iba a derrumbar, no tanto que fuesen a ser sometidos. Moteuhzoma había considerado a los españoles como dioses, mandando realizar ceremonias y sacrificios por su causa, pero ordenando que no abandonasen Cempoalla. Al enterarse de parte de Cortés, de que sólo se trataría de una visita, Moteuhzoma no causó dificultades adicionales a la salida de los españoles (Muñoz: 167 s.; II, 1). Es probable que en ello el autor refleje una opinión difundida en aquel entonces. No se toma en consideración el que Moteuhzoma no pudiese detener a Cortés en su marcha a causa de la

sobresaliente política de éste, aunque tal cosa resulta evidente en las Cartas de Relación de Cortés. Hay que recordar que Cortés y su familia, sus partidarios y los documentos que se refieren a él se habían suprimido por la corte desde el año de 1566, año de la sublevación en que su hijo Martín Cortés participó activamente. Ello nos explica esta laguna.

Muñoz Camargo muestra así, junto a material más antiguo, una versión de la historia de Quetzalcoatl típica de su tiempo. El dato más importante de información antigua es el de la presentación del fragmento de la historia de los chichimecas, en el cual se menciona Mixcoatl Camaxtli, padre de *Quetzalcoatl de Tula*. Aunque la inmigración a las siete cuevas es obviamente un agregado posterior, no deja de tener gran importancia la emigración subsecuente con sus conquistas y la mención de Xiuhnel y Mimich. La muerte de Itzapapalotl se relata aquí sin hacer mención al origen de un bulto sagrado; antecedieron sin embargo viajes cuya descripción se esboza en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, no se menciona en la *Leyenda de los soles* y pudiera haberse perdido con el inicio no conservado de los *Anales de Quauhtitlán*. Muñoz sugiere aquí, cuanto detalle se debe de haber perdido a la historiografía merced a un clima intelectual poco propicio. No ofrece detalles, pero nos muestra la relación que debe asumirse guardan entre sí los diferentes mitos que se refieren a la historia dinástica de Tula, Colhuacan y finalmente, Tenochitlan.

Presenta Muñoz, al inicio del segundo libro, los presagios de la conquista de un modo más creíble por parte de los mexicanos. La mención del temor de los indios, de que el mundo se acercaba de nueva cuenta a su fin, hace recordar el hecho de que en 1507 = 2-Acatl se realizó la ceremonia del fuego nuevo, marcándose así el inicio de un nuevo xiuhmolpilli o grupo de años. Como es bien conocido, los aztecas temían que el final de un grupo de años podría significar el fin del mundo, del período llamado cahuitl, conocido también como sol. Ello podría constituir un fundamento para después interpretarse como presagio de la conquista, y el autor merece aquí toda aceptación, pues lo refiere sin externar intereses personales ni de grupo. Son los intereses de Muñoz más bien la glorificación de aquellos chichimecas que fundaron Tlaxcala, y el hacer destacar tal región. Por lo demás, el autor refleja las opiniones de un indio culto de la Nueva España.

21. Las Relaciones de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin

Este autor, de considerable confiabilidad, nos relata en sus escritos, en forma de anales, el sucumbir de Tula y de Quetzalcoatl en el sentido de su filosofía histórica, como catástrofes necesarias y precedentes importantes a la conquista de los españoles. Aparte de ello, ofrece referencias importantes a las historias dinásticas de Tula y Colhuacan. En el *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Colhuacan*, anexo a su segunda *Relación*, se dedica sobretodo a la exposición del segundo tema. Dice que Hueyac, hijo del príncipe real Totepeuh, nació en el año 4-Acatl = 963 en Colhuacan. En 13-Calli = 993 se convirtió Totepeuh en el sexto rey de Colhuacan. En 4-Tochtli = 1002 nació Topiltzin Acxiti Quetzalcoatl en Tula. "En realidad, no nació de verdad: se presentó allí, y no se sabe con precisión de dónde lo trajeron, según dicen los ancianos". En el año 2-Tochtli = 1026 falleció Totepeuh y Nauhyotzin, el segundo, le sucedió en el trono de Colhuacan.

Acto seguido nos presenta el autor otra tradición, visiblemente diferente, la cuál inicia con una referencia a narraciones de los ancianos que parten de códices pictóricos. En el año 5-Calli = 1029 habría fallecido el rey de Tullan, Hueyac, siendo su sucesor Quetzalcoatl, quien ya vivía allí 28 años. En 12-Tecpatl = 1036 iniciaron los terribles presagios del hundimiento de Tollán. En el año 3-Tecpatl = 1040 se disolvió la ciudad, pues muchos emigraron. Así se fundó, por ej., Cholula por parte de los toltecas. Con la salida del Topiltzin Acxiti Quetzalcoatl en el año 1-Acatl = 1051 terminó por caer en abandono total la ciudad de Tollán. El protagonista fue al mar del este, donde se disolvió en humo y rubor. "Dijo que regresaría, que volvería a fundar de nuevo su reino de Tollán." Los nueve monarcas de México-Tenochitlan estaban convencidos de esa profecía, especialmente Moteuhzoma el joven. Al entrar Cortés tenían los mexicas dudas sobre si era o no Quetzalcoatl. Otros ancianos tenían otra tradición referente al mismo año 1-Acatl; según ésta el monarca Hueyac habría entrado a la cueva Cincalco en Chapultepec. Chimalpahin ofrece a continuación un dato de suma importancia: en 10-Calli = 1047 se trasladó el dominio de Tula a Cohuatlichan y de Otompan (Otumba) a Azcapotzalco; el dominio de Colhuacan no sufrió interrupción alguna (Chimalpahin: 1958: 7 a 14).

Al final del *Memorial breve* repite Chimalpahin de nueva cuenta los datos del hundimiento de Tula con el cometa humeante, y la veneración de los

nueve reyes tenochcas a tal tradición. Reproduce también aquí la esperanza del retorno (Chimalpahin 1958: 127 s.). Una vez más, presenta Chimalpahin la misma tradición al final de su segunda Relación. Sin embargo, agrega aquí datos de importancia. Llama la atención que haga iniciar la dinastía de Colhuacan con la coronación de Huehue Nauhyotzin en 717. Y sin conexión alguna, se refiere enseguida a la destrucción de Tula por el Señor Jesús Xpo. por causa de pecados y perversidad que allí imperaban. Al derrumbarse Tula se habría tratado de forzar a todos los habitantes de la Nueva España que se sometiesen a él. "De estos mismos tulanos salieron aquellos nueve que tuvieron el palacio, trono y gobierno de México Tenuchitlan, el último de los cuales fue el Moteuhzomatzin, segundo personaje de este nombre". El linaje de Quetzalcoatl estaba aún vivo y habría de regresar algún día, "a recobrar su poderío é imperio real" (Chimalpahin 1965: 61 s.; 2a. Rel.). Esta última aseveración se presenta como opinión válida para los tiempos de la redacción del escrito. Todo el pasaje expresa así la existencia de la esperanza de restauración del imperio tolteca al momento de la actividad de cronista alrededor de la última década del siglo diez y seis. La separación de las dos dinastías, la de Colhuacan y la de Tula, de las cuáles se deriva la de Tenochitlan, es única en todas las fuentes examinadas. Ofrece el autor al respecto una explicación contradictoria en la tercera Relación.

Al inicio de la tercera Relación se dedica el cronista a relatar los acontecimientos del año 1064. Los aztecas ya habrían iniciado su marcha, y 182 años antes había partido el pueblo de Topiltzin Acxiti Quetzalcoatl de Tula. Con ello, esta versión coloca tal acontecimiento en el año 882. No debe apesadumbrarnos esta cronología de Chimalpahin, pues aparentemente somete todos sus datos a la secuencia de eventos históricos que presenta en su cuarta Relación. El pueblo de Tula marchó así al mar, dejando la noticia de que regresaría. Al final de la anotación sobre 1064 se menciona también la señora Chimalma, que acompaña a los aztecas; es ella la que carga el bulto de Huitzilopochtli. En 1068 llegaron los aztecas a un árbol, que se rajó al acampar ellos al pie de su tronco. Por ello, Huitzilopochtli había ordenado la separación de las ocho naciones que marchaban junto con ellos. Un "brujo" chichimeca había comenzado a oficiar en agave y cactus grandes, haciendo recostar a unos penitenciaros sobre de ellos y sobre mezquites. Estos eran los mimixcoa de nombre Xiuhnel, Mimitl y una mujer de nombre desconocido. Huitzilopochtli había explicado a los aztecas: "con ello realmente nos han comprado... con eso han pagado y son ellos los primeros en haber trabajado y obrado". Tras ello, Huitzilopochtli cambió el nombre de

los aztecas a Mexitin, procurándoles vestimenta y armas (Chimalpahin 1965: 65 a 67; 3a. Rel.). Se presentan aquí los personajes más importantes del mito de Mixcoatl, pero de un modo muy diferente, en especial Chimalma, Xiuhnel y Mimich. Son ahora los mimixcoa los primeros que realizan autosacrificios en el monte. Se puede entreadivinar el contenido original de esta versión al relacionarla con aquellas más antiguas del mito de Mixcoatl o Camaxtli, pero de ningún modo reconstruirlo. Estos mimixcoa, a veces llamados chichimecas, eran sin duda un importante pueblo de dioses o héroes, que introdujo ritos significativos.

Al final de la tercera Relación, tras describir la *noche triste*, agrega Chimalpahin una sentencia sobre el derrumbamiento del imperio tenochca: "Después de la muerte de Tetépeuh y Tópil durante 100 años nadie reinó en Colhuacan. Durante 52 años el Tópil había tenido a su cuidado y encargo el gobierno real, y 700 años más tarde terminó este gobierno con la muerte del Moteuhzoma el Menor, Señor de Tenuchtitlan" (Chimalpahin 1965: 122; 3a. Rel.). No podemos hacer más que conjeturar respecto de lo que quiere decir que reinara en Colhuacan. Podría referirse a la dinastía de Colhuacan, que según otras fuentes sabemos procedía de Tula, o bien, con igual probabilidad, puede corresponder a la separación de las dos dinastías, como se comenta al principio del *Memorial breve*. Por lo general, la separación de la dinastía en dos ramas, como ya mencionamos, parece ser un dato novedoso en Chimalpahin, que posiblemente trate de lograr concordancia entre diferentes tradiciones con diverso grado de aculturación cada una. Estando como están estas fuentes, no es posible llegar a una conclusión definitiva al respecto. Dejemos aquí asentado tan solo que al *Quetzalcoatl de Tula* se le atribuye gran importancia en el origen del dominio tenochca, cosa descrita más bien como insignificante por parte de fuentes más antiguas.

22. La Historia eclesiástica indiana de Fray Gerónimo de Mendieta, O.F.M

En su obra, redactada alrededor de 1596, y después del primer capítulo del segundo libro, destinado a la génesis de los dioses y a los ritos, aún antes de describirnos la antigua religión, Mendieta nos ofrece un breve capítulo sobre Tezcatlipoca y Quetzalcoatl. Aquél logró expulsar a éste de Tula, después de haber bajado del cielo en el hilo de una telaraña y de haber jugado a la pelota contra él. Había adoptado en ello la figura de un jaguar, cosa que causó que muchos espectadores se precipitaran de la motaña llenos de

pavor. Pasando por Cholula, habría llegado entonces Quetzalcoatl al mar. Después de su muerte se había convertido en estrella. Era él el hijo del ídolo Camaxtli y la Chimalma. Según informantes fideidignos, corría también la versión de que Chimalma había encontrado una piedra preciosa al estar barriendo, y tras tragar ésta, había quedado preñada (Mendieta: 82s.; II,5).

En sus comentarios al respecto de los templos, le cabe a Mendieta asimismo hablar sobre los templos redondos, consagrados a Quetzalcoatl. Este dios principal de Cholula había poblado toda la región de Puebla y Tlaxcala. Tras ello, había ido a la costa, a Coatzacoalcos, donde había desaparecido. Siempre se había esperado su retorno, y al llegar las naves de Cortés se decía que había regresado Quetzalcoatl trayendo templos por el mar (Mendieta: 86; II,7). Es muy obvio que Mendieta copió este último dato de Motolinía. En sus comentarios sobre los dioses regionales importantes, Mendieta vuelve a tener trabajo pesado con las diferentes versiones de la genealogía de los dioses, dedicándose luego de nueva cuenta a *Quetzalcoatl de Tula*. Este vivía muy castamente, habiendo venido de Yucatán a Cholula. Por veinte años había introducido costumbres buenas, suprimiendo las malas. Partió a Coatzacoalcos con cuatro jóvenes discípulos, ordenándoles regresar con la profecía de que hombres blancos y barbados semejantes a él iban a venir y dominar al país. Siempre habían los indios esperado a estos hombres blancos, llamando al principio a los españoles hijos y hermanos de Quetzalcoatl (Mendieta: 92 s.; II,10). El padrino de esta versión de Mendieta no puede haber sido más que las Casas.

En una ocasión posterior vuelve a comentar Mendieta las genealogías de supuestos patriarcas de las naciones mexicanas, contando en ello a los hijos de Ixtacmixcoatl, tal y como vienen en el enlistado de Motolinía. Se menciona allí también que procreó a Quetzalcoatl con Chimalma. Fue éste quien introdujo las buenas costumbres, aparte de ser el dios del viento. A su vez, los texcocanos lo presentaban como descendiente de su líder Aculli (Mendieta: 146 s.; II, 34). Aquí, de nueva cuenta, se apoyó Mendieta fundamentalmente en su cohermano Motolinía. La importancia del trabajo de Mendieta estriba en realidad sólo en la transmisión de noticias más antiguas, y en la selección de la información que al final del siglo diez y seis todavía quedaba de la pluralidad de antes.

23. La Crónica mexicayotl

Esta fuente seguramente se halla compuesta de los trabajos de varios autores. Entre ellos contamos a Alvarado Tezcomoc, un tal Alonso Franco (por lo demás carente de importancia) y a Chimalpahin. La versión que nos ofrece la obra respecto del mito de la migración azteca corresponde a lo ya visto en Chimalpahin. Se nombra a Iztacmixcoatl y a Chimalma entre los cuatro *teomamaque*, portadores del bulto sagrado de Huitzilopochtli. Se menciona la fractura del árbol, bajo el cual se habían sentado los aztecas, atribuyendo al suceso la fecha 4-Tecpatl = 1068. Allí mismo era donde bajaron del cielo los *demonios*, esto es, los dioses paganos, llamados *mimixcoa*. Los únicos nombres de estas serpientes de nubes conservados, son, al igual que en la tercera Relación de Chimalpahin, Xiuhnel, Mimichtzin y Teoxahual. Huitzilopochtli ordenó a los aztecas capturar a estos caídos del cielo, pues debían ser los primeros en *rendir tributo*. Esta expresión significa probablemente que fueron sacrificados, tal y como se deduce también del Códice Boturini (Cr. mexicayotl: 19 a 22; párr. 26 a 29).

La presentación no es en realidad más que un resumen de lo que ya Chimalpahin había escrito en su tercera Relación. Hay sin embargo dos detalles nuevos de importancia: el que se enumere a Iztacmixcoatl entre los *teomamaque* de Huitzilopochtli, y el sacrificio de los *mimixcoa*. El primer detalle podría explicarse por la incorporación de una figura de importancia genealógica al mito nacional azteca, tras haberse derrumbado la correspondiente religión; también es posible que la figura formara parte original del mito. Es tan sólo que Iztacmixcoatl no aparece en ninguna otra versión en esta función y por tanto aparenta aquí ser un injerto. En cambio, el sacrificio de los ocho *mimixcoa* corresponde a la función original de estos *chichimeca-mimixcoa*, de servir como sacrificio a los dioses. Esto no cupo en suerte a Xiuhnel ni a Mimich, personas de actuar importante, quienes no aparecen en el mito hasta más tarde, cuando bajan del cielo dos venados hembras de dos cabezas, siendo una de ellas Itzpapalotl. El apoyo del Códice Boturini significa aquí que se trata de una versión independiente, que no concuerda con la tercera Relación en ese punto y es irreconciliable a la vez con otros pasajes correspondientes.

24. Las obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxochitl

Es muy típica de este autor la utilización paralela de diferentes versiones. Ni siquiera trata de reconciliarlas, cosa que no le merece una buena calificación en cuanto al dominio de su materia, pero que facilita enormemente el acceso del investigador posterior. Así nos dice que tras la muerte de los quinametzin o gigantes de Tula, provocada por los proceder de los ulmecas, había llegado un hombre bueno y santo, llamado Quetzalcoatl o Huemac, quien había introducido el ayuno. También fue él el primero en adorar la cruz. Puesto que no tuvo éxito entre los ulmecas, habíase ido al este para desaparecer en Coatzacoalcos. Había sin embargo prometido regresar el año Ce-Acatl. Inmediatamente tras ello, sucedió la tercera destrucción del mundo (Alva: I, 20 s.). Los toltecas son de importancia totalmente despreciable a esta versión.

Otra de las versiones de de Alva dice que el astrólogo Huemac había hecho emigrar a los tultecas por sus predicciones. De ello se originó una serie de migraciones (Alva: I, 23 ss.).

Una presentación ya más dinástica de de Alva afirma que el astrólogo Huemac fundó Tula bajo los chichimecas. Habríase casado en el año 562 = 7-Acatl con una princesa tolteca, fundando con ella una dinastía cuyos nombres integrantes fueron los siguientes: Huemac - Chalchiuhtlanetzin - Ixtlilcuechahuac - Huetzin - Totepeuh - Nacaxoc - Tlacomihua - Xiuhquentzin - Iztaccaltzin - Topiltzin. En esa secuencia, cada uno había sido hijo de su predecesor. Además, los períodos de gobierno habrían cada vez sido de 52 años (Alva: I, 30 a 35). Tenemos motivos de sobra para considerar estas afirmaciones como poco probables. El único interés que nos ofrece la descripción, es la localización del nombre de Totepeuh tan lejos antes de Topiltzin.

Pocas páginas después nos ofrece de Alva una versión bien diferente. El príncipe tulteca Tecpancaltzin había embarazado a una amiga, Xuchitl, haciéndola criar a su hijo sola en la cumbre de una montaña. Este hijo habría sido intronizado rey tras los 52 años del gobierno de su padre, aunque fuese hijo natural, bajo el nombre de Topiltzin. En él se cumplió todo lo que Huemac había predicho mediante códigos pictóricos. Todos los presagios negativos contra su gobierno fueron vistos. Hizo maldades y finalmente perdió una guerra contra tres reyes, cosa que le costó el trono. Al escapar

de Tula había hecho reunir a su familia, incluyendo sus hijos, herederos legítimos. Gran parte de esa familia sucumbió posteriormente. Una vez expulsado de Tula, tras rodeos varios llegó a Tlapallan, donde gobernó otros treinta años y donde fue incinerado tras su muerte. Dejó tras sí muchas leyes confirmadas por su descendiente Nezahualcoyotl. Algunos indios decían también que no había ido a Tlapallan, sino que aún vivía con otros reyes importantes en Xico, una cueva cerca de Tlalmanalco, de donde habría de retornar algún día, tal y como los portugueses creían que su rey Sebastián iba a regresar. Entre los otros reyes retirados a Xico se contaban Nezahualcoyotl, Nezahualpilli y el último rey de Tlatelolco, Moquihuixtzin (Alva: I, 44 a 56).

Debemos observar, el examen de esta importante versión, que el Topiltzin es esperado regresar aún a pesar de sus "pecados". También de Moquihuix de Tlatelolco se decían cosas negativas, de modo que su ansiado retorno representaba con toda probabilidad el núcleo de una esperanza política de liberación de los tlatelolca, pudiéndose asumir lo mismo para los otros dos reyes, texcocanos ellos, conocidos por su estilo de vida diametralmente opuesto. Los detalles derogativos respecto de Moquihuix son ciertamente referidos por cronistas partidarios de los tenochca, quienes bajo Axayacatl habían conquistado Tlatelolco. Si ahora de Alva refiere tal leyenda revitalística, comparable en Europa a la leyenda del retorno del emperador Federico Barbarroja, como muy fresca y reciente (pues dice en tiempo presente: los indios esperan), entonces este concepto era aún activo al inicio del siglo diez y siete, casi un siglo después de la conquista. Se nos ofrece aquí un marco de referencia, al cual también contribuye la mención de Sebastián de Portugal, de esta leyenda como fenómeno poscortesino; según el Códice Vaticanus A ya a la mitad del siglo diez y seis era núcleo importante de una tendencia nativística, siendo comparada por sus glosistas con ideas como las que provocaron la sublevación de los zapotecas en 1550. El testimonio de de Alva, a quien aquí no se le puede acusar de intereses particulares en el sentido de exaltación de su familia, nos corrobora pues que el movimiento revitalístico que giraba alrededor de un Topiltzin de Tula era un fenómeno de larga duración. Con seguridad tenemos aquí el fundamento de la supuesta esperanza de llegada de los españoles, concepto aceptado primero por los nobles indígenas con formación cristiana y después por los monjes. Destaca en esta versión algo que por elemento estorbo no se mencionaría en una variante de la leyenda del retorno de los dioses blancos, a saber, la existencia de hijos de Topiltzin. Si bien ocasionalmente se habla de sus descendientes

lejanos, jamás de sus hijos. Estos probablemente cayeron víctimas de la pretensión del varón santo y casto. Estos detalles, de gran significado, no es posible invalidar, si bien en esta versión se observan con frecuencia detalles inverosímiles, sumamente legendarios, como por ejemplo la mención de que los tres reyes hubieran diferido por diez años la batalla decisiva contra Topiltzin a petición de éste. De todos modos, la fuerza de los detalles antemencionados estriba en que de modo casi dirigido, en todo caso consistente y sin pretensión alguna, contradicen las versiones en boga.

En otros pasajes vuelve a aparecer Quetzalcoatl-Huemac como varón virgen, justo y santo, quien vino del este, enseñó la ley natural e inició el ayuno. Al darse cuenta de que sus enseñanzas eran inútiles, regresó al este y profetizó a su partida que sus hijos regresarían en un año *Ce-Acatl* posterior, a fin de poseer el país y diseminar sus enseñanzas. Pocos días después de su salida de Cholula se presentó el tercer fin del mundo según el entendimiento azteca y se derrumbó la torre de aquel lugar. En el siguiente ciclo cósmico, el cuarto, fue fundada Tula, floreció y se hundió a su vez bajo Topiltzin. No tenemos la menor información sobre el devenir de Topiltzin, ni nada sobre sus hijos a excepción de uno. Pocos años más tarde llevó Xolotl a sus chichimecas a la cuenca de México (Alva: I, 470 a 474).

En esta versión de la *Sumaria Relación de la historia general de esta Nueva España* de de Alva vemos pues a Quetzalcoatl de Cholula y a Topiltzin de Tula perfectamente separados. El primero de ellos era entonces Santo Tomás-Quetzalcoatl, analizado por Lafaye, y el otro era personaje principal de una leyenda política de revitalización. La presentación que hace de Alva, de una misma figura en dos estadios de evolución bien separados, se deriva de la descripción de las Casas, donde simplemente no se preocupa por conciliar ésta con las otras versiones. Ello motivó nuestro comentario inicial sobre este autor. Esta última versión es probable que consista de material modificado por el autor. Además, la vuelve a presentar de nueva cuenta en los primeros tres capítulos de su *Historia chichimeca*.

25. La Monarquía indiana de Fray Juan de Torquemada, O.F. M.

Es éste el último autor importante para el desarrollo del mito del retorno en México central. Su obra, realizada alrededor de 1623, es por encargo una crónica de la orden franciscana en la Nueva España, destinada a reemplazar

el trabajo políticamente inoportuno del cohermano Mendieta (inédito hasta fines del siglo XIX).

Dedica Torquemada su primer libro a la creación del mundo y las probables vías de población del nuevo mundo; habla sobre las eras cósmicas; los primeros habitantes eran gigantes. Sigue un capítulo de los toltecas y varios de la conquista del México central por los chichimecas bajo Xolotl. El segundo libro sigue con la dinastía de Xolotl, mencionando a la rama que originó la casa de Texcoco, y de paso la historia mexicana. Torquemada, igual que de Alva, considera Texcoco *centro del imperio chichimeca* y pasa lentamente a Tenochtitlan por su creciente importancia. Este es el reino clásico de la Nueva España, el *reino* tolteca así su precursor y Tula la primera fundación. Como capitales menciona los sitios de San Juan Teotihuacan, Tula y Cholula. Tuvieron siete *capitanes*, cosa que recuerda los líderes de los siete calpultin de la leyenda de migración azteca. La sucesión real es casi la misma que la dada por de Alva y con Topiltzin acaba el imperio. Tuvo dos hijos, Xolotzin y Pochotl, que escaparon de la destrucción y de quienes los reyes de Culhuacan decían descender. Tras la dispersión tolteca, toca brevemente los presagios del fin sin detallar y siguen conquistas de Xolotl (Torquemada: I, 36 ss.).

Tula figura aún como una de las estaciones de la migración de los aztecas, lugar donde Huitzilopochtli les dió una semejanza de lo que habría de ser la futura Ciudad de México, al hacerlos construir una represa en el río. Ello les permitió familiarizarse de antemano con la isla de México y los aztecas querían permanecer allí. Tal cosa evitó el dios, al hacer sacrificar a los amotinados (primera vez que se habla de arrancamiento de corazones) y ordenando que continuara la marcha. Este episodio es conocido de otras fuentes, pero aquí se le enlaza con Tula. Por completo ignoramos el motivo de tal situación (Torquemada: I, 81 s.). En la *Crónica mexicana* y en la *Crónica mexicayotl* el lugar se llama Coatepec cerca de Tula (Alvarado: 227 y Cr. mexicayotl: 30 s.; párr. 39 a 41). No podemos empero conferir a Tula importancia adicional merced a esta descripción de Torquemada. ®

Al comentar sobre los señoríos más importantes de la Nueva España Torquemada dedica un capítulo también a Tula. Inicia en ello con una lista de monarcas bastante compatible con el *Origen de los mexicanos* de 1532 y las informaciones de de Alva. Huemac fue quien sucedió a Topiltzin, pero pronto se le cambió por Nauhyotcin porque siempre se hallaba en campañas de conquistas. Curiosamente no hay mención de algún abandono de Tula

como consecuencia de alguna catástrofe. Los últimos nombres de la lista son sin duda alguna reyes de Colhuacan. Le cupo ahora a Torquemada inventar en esta secuencia todo un pueblo nuevo, que arribó vestido como los turcos. Viniendo de Pánuco, estos grandes artistas y artesanos habían sido aceptados en una Tula ya habitada. Torquemada se declara inseguro de su procedencia exacta, y sólo afirma que ellos se designaban como descendientes de romanos, cartagineses e irlandeses. Ya no se menciona, cosa curiosa, una descendencia isrealita... probablemente ya no era oportuno tocar tal tema en ese tiempo. Puesto que la región de Tula se hallaba sobrepoblada, estos recién llegados habían avanzado hasta Cholula bajo su líder Quetzalcoatl. De allí se dirigieron a Oaxaca, donde aún las construcciones de "Mixtlán", hoy día Mitla, recordaban su paso. Por su primer punto de residencia se llamaban toltecas, y aún la ciudad de Cholula habría llevado el nombre de Tula. El gran enemigo de Quetzalcoatl, Huemac, había logrado expulsar a éste mediante un gran ejército de Cholula, emigrando muchos toltecas hasta América central (Torquemada; I, 254 ss.). De nueva cuenta vemos aquí a un líder tolteca, Quetzalcoatl, quien por lo demás tiene poco que ver con Tula, colocado al lado de Topiltzin y su enemigo Huemac. Ello se debe probablemente a la gran precaución política, que Lafaye certifica a Torquemada. Según todo lo que aparente, alrededor del tiempo de ese autor ya no era oportuno mencionar el motivo del retorno del dios blanco (Lafaye: 232 ss.).

Tras relatar la llegada de los primeros españoles bajo Grijalva y Cortés, Torquemada no logra eludir el comentar sobre la esperanza del retorno de Quetzalcoatl. Aquél gran Mágico y Nigromántico, huído de Tula y Cholula, habría prometido regresar a fin de vengar a su pueblo. "Esta mentira" se había conservado y aún crecido, de modo que se llegaron a poner reyes como sus lugartenientes y vasallos. Por tal motivo, a la llegada de los españoles, los indios los supusieron ser Quetzalcoatl y sus acompañantes, porque el rey Quetzalcoatl había partido a Tlapala fingiendo que iba a entrevistarse con el sol. Torquemada compara estos relatos con las profecías de Balaan en el Antiguo Testamento, diciendo que el diablo quiso imitar el acto de Dios con las predicciones de Quetzalcoatl. Justo antes cita a Sahagún como fuente. Puede pensarse que ello motivó asimismo su designación de Quetzalcoatl como nigromántico y gran mago (Torquemada: I, 380 s.).

Tiene la misma baja opinión ese autor de las personas que habían sido consideradas divinas por los indios de la Nueva España. Fue por sus engaños, que Quetzalcoatl fuese considerado dios, y fue expulsado por el aún mayor

engañador Titlacahuan. Por otra parte cita Torquemada también la opinión de otros, que sostienen a Quetzalcoatl como persona de alto valor moral (Torquemada: II, 20). En la sección dedicada a los antiguos dioses mexicanos, el capítulo destinado al dios del viento Quetzalcoatl en realidad no es más que un resumen de los escritos de Sahagún sobre los toltecas y Quetzalcoatl. Muy brevemente al final menciona el autor algo sobre los templos redondos y la función del dios del viento como barredor del cielo para los dioses de la lluvia (Torquemada: II, 48 s.). Hay un sólo aspecto positivo, desde el punto de vista de Torquemada, en todo lo referente al Quetzalcoatl, (ya destacado por Lafaye (223)) y es la oración dedicada a ese dios, refiriéndose a él como creador de todo lo existente. Se pregunta en ello Torquemada, cómo es que los indios se pudieron apropiarse de un texto de San Pablo, mostrando un pasaje parecido de la Epístola a los Efesios (Torquemada: II, 222 s.). Lafaye menciona aquí (en la última cita hecha de él) esta nueva actitud de los franciscanos, de destacar lo útil tanto de las antigüedades de la Nueva España como otrora las de las antigüedades griegas.

De tal manera, Torquemada nos ofrece una mezcla de informaciones dispares procedentes de diferentes autores. Aquellas nociones tomadas de Sahagún y de de Alva son imposibles de hacer concordar, y en ocasiones Torquemada se refugia en una actitud de franca y honesta imparcialidad, dando la voz a varias versiones rivales. Su obra es importante porque fue impresa un siglo tras haber sido redactada y porque fue muy difundida. Se le puede concebir como un resumen no muy completo de las diversas corrientes y evoluciones que experimentó el desarrollo de la leyenda. Es probable que la formación misma de la leyenda ya hubiese concluido varias décadas antes. Pero no fue hasta transcurrido algún tiempo que tal leyenda se convirtiera en objeto favorito de las aspiraciones políticas de intelectuales mexicanos como Carlos de Singüenza y Góngora y Fray Servando Teresa de Mier. Estos y otros nacionalistas importantes de la era colonial identificaban al héroe precristiano con Santo Tomás, cosa inspirada por el afán de los criollos de recalcar igualdad intelectual con los españoles peninsulares. Este ulterior desarrollo ya fue analizado, lo hemos dicho, por Lafaye en *Quetzalcoatl et Guadalupe*. Aún en la actualidad hay autores, que insisten en interpretar al Quetzalcoatl de Tula como un personaje cristiano (por ejemplo, Padden: 26 s.). Ello es una exageración hasta al contemplar las fuentes prima facie, pues la mayoría de los autores del siglo diez y seis se oponen terminantemente a tal concepto. En la bibliografía encontramos una obra dedicada al *Psicoanálisis de Quetzalcoatl* (Díaz Infante y Ehrenwald

según Guerra: 275 s.). Este proceder nos demuestra el muy dudoso valor de la aplicación de métodos discutibles a fuentes utilizadas sin sentido crítico.

26. Una tradición de los mixes sobre un rey desaparecido

Hay numerosos motivos para la falsificación de la tradición histórica, ya en el marco del ámbito cultural de los indios. Las historias dinásticas eran por su naturaleza menos propicias a ser manipuladas, pues se destinaban a demostrar en forma de anales los derechos a títulos y tributos, litigados dentro de ese ámbito, pero siempre con un cierto dejo de realismo. Lo contrario sucedió con la transformación de las tradiciones, en forma que asemejan mitos. Burgoa describe un bello ejemplo de tal cosa procedente de otra parte de México. Informa Burgoa de los mixes de la región de Juquila. Estos suponen de su rey Conday, que en plena *edad perfecta*, (es decir, en la flor de la vida adulta) salió de una "cueva a gobernarlos y defenderlos y por autorizarle su soñada soberanía, no conceden que le mató el gran rey de Theozapotlan". Al contrario, ya cansado de la guerra, habríase regresado a su cueva, acompañado de sus soldados, cargados estos de grandes tesoros. Tras allí depositar estos tesoros, se habría ido con los suyos a provincias distintas (Burgoa: II, 209). En una versión contemporánea incluso se afirma que *Kondoy* se originó de un huevo de serpiente (Miller: 105 ss.).

27. La obra del obispo Fray Bartolomé de las Casas, O.P., sobre Yucatán

La figura de Quetzalcoatl, fuera del ámbito del México central, es también de importancia en la tierra maya. Es posible demostrarla como dios precolombino, más aún allí ha sido sometido a diversas deformaciones.

En su presentación de los dioses de Yucatán, obra escrita en los años cuarenta del siglo diez y seis, nos informa las Casas sobre una supuesta trinidad de los mayas allí radicados. Tras referirse a Izona, Bacab, Echuac y la siempre virgen Chiribias, habla de otros dioses. En tiempos antiguos habrían venido veinte hombres a esa tierra, que portaban barbas largas, ropajes largos y sandalias. El más importante de ellos se llamaba *Cocolcan* y era el dios de la fiebre. Otros dos eran dioses de la pesca, otros dos dioses de los enamoramientos o de las herencias (sic), otro más causaba el trueno,

etc. Estos varones ayunaban los días *viernes* pues en un día tal había fallecido Bacab; estos días se llamaban *himis*. Era ello cosa muy conocida entre los nobles de Yucatán, mientras que los indios comunes no daban adoración más que a los dioses de la *trinidad* allí venerados, así como a Chiribias y su madre de nombre *Hischen*, a la cuál compara las Casas con Sta. *Ana* (las Casas: I, 649).

Es obvio que esta información no puede ser interpretada más que como la deambulación de los dioses sobre la tierra, en tiempos aún míticos. El mismo autor nos los caracteriza por sus dominios. La sobresaliente figura de Kukulcan, nombre que significa *serpiente emplumada*, corresponde a la importancia del dios del viento centromexicano, con el cual no se identifica en forma explícita. Se conoce entre los nahuas a los seres que provocan enfermedad con el nombre de *Ecatotontin*, es decir, los pequeños vientos o aires. Con ello disponemos de una identificación funcional indirecta. Es probable que Kukulcan, meramente como dios de la fiebre, no habría llegado a liderar al grupo de los veinte dioses. La misma cifra veinte es a su vez un número sagrado y nos recuerda al pueblo de dioses de los mexicanos del centro, que contaba con 400 miembros. Poco se preocupa aquí el autor en detenerse en la interpretación calendárica del día *imix*, llamado aquí *himis*; el equiparlo simplonamente con el día *viernes* ignora rotundamente los ciclos de veinte días del calendario mesoamericano, a oposición del nuestro de siete. El hecho de que el dios del trueno formara parte del grupo identifica a ése como un conjunto de los dioses más importantes. El que *hayan venido a esta tierra* traduce probablemente una profanación del viejo mito por parte de los monjes, queriendo dar a los antiguos dioses carácter humano. No se deseaba decir que estos dioses "deambulaban por la tierra." Es muy sorprendente que el gran propagador de la leyenda del retorno sea tan objetivo al informar sobre Kukulcan y no sepa referir cosa alguna respecto de las esperanzas de su retorno en las tierras mayas.

28. La historia del obispo Fray Diego de Landa, O.F.M.®

Landa menciona a un *Cukulcan*, que gobernó con los Itzaes, quienes colonizaron Chichén Itzá. Es discutible si vino antes, simultáneamente o después de éstos. Venía del oeste y no tenía mujer ni hijos. Tras su retorno, se le tuvo en México por uno de los dioses y se le llamaba *cezalcuatí*. También en Yucatán se le tenía por dios debido a sus dotes de estadista. Fue fundador de una nueva ciudad y trató de ello con los señores de la región. Esta ciudad

se convirtió en un centro comercial de importancia; su templo mayor se llamaba igualmente Cuculcan. El nombre de la ciudad habría sido Mayapán. Se separó de allí en paz a fin de retornar a México. Después de ésto, inmigraron en Mayapán los Tutul Xiu. Destacamentos mexicanos de Tabasco y Xicalanco sometieron al país, pero fueron expulsados por los yucatecos bajo el liderazgo de los Tutul Xiu (Landa: 13ss.).

Landa inicia su exposición de las fiestas del mes de Xul con una referencia a la partida de Kukulcan. Muchos indios decían que Cuculcan había ido al cielo con los dioses, razón por la cual se le tenía por dios. Su fiesta habría sido celebrada en toda la tierra de Yucatán hasta la caída de Mayapán; después de ello tan sólo en la provincia de Maní, cuya capital del mismo nombre dista tan sólo un poco de Mayapán. Sin embargo, los otros lugares hacían acto de presencia en las festividades en Maní, donando cada año otra ciudad cinco muy galanas banderas de plumas. Las celebraciones duraban siempre los últimos cinco días del mes Xul, y en el postrer día según las imaginaciones de los indios el mismo dios *Cuculcan* bajaba del cielo y aceptaba los servicios, vigiliás y ofrendas (Landa: 98 s.).

De esta manera, el culto del dios es asociado al dominio *tolteca* en Yucatán. Esto no significa sin embargo, que el concepto de un dios correspondiente a Quetzalcoatl Ecatl haya sido ajeno a los yucatecos. El dios K de la lista de Schellhaas por regla general se identifica en la literatura con Kukulcan (Morley: 201). Esta figura está bien documentada en la epigráfica del período clásico de los mayas y por tanto sin lugar a dudas pretolteca. En todo caso, el dominio tolteca trajo consigo un reforzamiento de su culto.

29. Las Relaciones geográficas sobre Yucatán y las predicciones del Chilam Balam:

Al pedir la corte información sobre la América española, las Relaciones, redactadas en Yucatán en 1579, muestran un panorama semejante a lo que Landa presentaba en 1560. El análisis comparativo demuestra que los diferentes encomenderos, que eran todos *vecinos*, es decir ciudadanos, de las ciudades de Mérida y Valladolid en Yucatán, se habían puesto de antemano de acuerdo respecto de sus respuestas. Muchos de entre ellos se refieren expresadamente a lo que los funcionarios de la administración de Mérida, quienes fueron los que les entregaron las hojas de las encuestas, ya

habían aseverado respecto de la región que comprendía a dicha ciudad. Es probable que un yucateco culto, educado en el sentido europeo, Gaspar Antonio Chis (o Chique), sea el autor del estereotipo de Kukulcan y su reino en Maní. Este sujeto, identificado ya en la Relación de Mérida como *gramático*, firma junto con los miembros del cabildo de Mérida este mismo informe (Relaciones de Yucatán: I, 74 s.). Al final de la Relación de Quinamaca, el encomendero de ese lugar, responsable de la redacción, dice que la realizó junto con Gaspar Antonio Chique. Este tenía alrededor de 50 años, buen gramático, perfectamente conocedor del español, mexicano (Nahuatl) y Mayathan quien conocía muchas cosas sobre Yucatán y sus particularidades. Los obispos Toral y Landa lo habían llevado consigo como persona de confianza, pues sabía mucho del pasado de la tierra; siempre creían ellos lo por él investigado y daban fé a sus traducciones. Chis firma también esta Relación junto con el responsable, utilizando su nombre de pila (Relaciones de Yucatán: I, 264 s.). Debemos ver en este indígena aculturado al principal representante de la historia de Kukulcan pues creemos que en el Yucatán de aquel entonces, escasamente poblado por españolas, se escribieron pocas fuentes en idioma español que no hayan llegado al siglo veinte. Es precisamente su desempeño como persona de confianza de los primeros dos obispos lo que recalca la sospecha de que él, quien a la conquista de Yucatán contaba solo 10 años, se habría convertido en *editor* de la historia de su nación para presentarla a los nuevos amos, subordinándola a los deseos de su imaginación. Fue de tal modo, como probablemente Kukulcan bajó de ser dios (tal y como lo describe las Casas, quien llegó a Yucatán pocos años tras la conquista) hasta convertirse en mero humano, como lo caracteriza Landa veinte años más tarde y como se le describe finalmente también en las *Relaciones geográficas*.

Se expresa en la Relación de Mérida la expectación de la llegada de hombres blancos sin relación a la esperanza del retorno de un dios blanco o aún Quetzalcoatl. Hay en ello congruencia política. En algunas provincias yucatecas, especialmente la de los Tutul Xiu de Maní, no hubo resistencia a la conquista española. Pocos años antes habría vivido en aquella región un príncipe y sacerdote a quien ellos tenían por *gran profeta* y *adivino*, llamado "Chilan-balam". Este predijo a los indios, que del levante del sol llegaría un pueblo blanco y barbado que traería levantada una señal semejante a una cruz. Ante este signo huirían sus dioses, y aquellos dominarían la tierra, rompiendo resistencias, separando a los aborígenes de sus ídolos y exactándoles tributos. Por todo el país, de templo en templo, se había

mandado una manta con dibujos de colores referentes a ello (Relaciones de Yucatán: I, 44). En esta importante Relación de Yucatán no se menciona para nada a Kukulcan, cosa que posiblemente fuese debida a que Chis lograba imponer su punto de vista tan sólo cuando algunos encomenderos requerían de su ayuda.

Las enseñanzas de Chilam-balam se han conservado al parecer en muy gran parte. La predicción de la llegada de hombres blancos se localiza sobretodo en las profecías sobre los katunes (períodos de 7200 días), que terminan con el día 11-Ahau, pues la llegada de los españoles cayó en un tal katun. La referencia dice: "El (katun) 11-Ahau es él que comienza la cuenta porque es el Katun que transcurría cuando llegaron los extranjeros, que vinieron del este cuando llegaron; los que trajeron el cristianismo que hizo terminar el poder en el oriente y llorar al cielo y llenar de pesadumbre el pan de maíz del katun... Cuando lleguen vuestros Hermanos Menores y Hermanos Mayores, cambiarán entonces vuestros bragueros-ceñidores, cambiará vuestra ropa...". Se establecerán en Mérida. "Sus sacerdotes adoran a un dios encarnado, que será adorado por todos los confines del mundo cuando venga y extienda su poder sobre los huérfanos de madre, sobre los huérfanos de padre. De jaguar será su cabeza, de venado su cuerpo. Extendido por todos los pueblos, principiará el gobierno dañoso en Ichcaansihó" (Mérida). Esta es la carga (destino) del 11-Ahau. En el año 1848 saldrá el (katun) 11-Ahau "(Chilam Balam: 96 ss.). Es obvio que este texto no constituye una predicción de la llegada de los españoles. Más bien fueron las experiencias del katun 11-Ahau a principios del siglo diez y seis los que motivaron a dicho adivino a iniciar una nueva rueda de katunes de trece de tales períodos, deduciendo que el siguiente de ese nombre caería a mediados del siglo diez y nueve. De acuerdo a ello, el relato se conjuga en futuro.

Existe una profecía respecto del katun 13-Ahau, sin relación a la rueda completa de katunes, que lleva por título *Interpretación de la llegada de los extranjeros españoles por los Ah Kines en un katun 13-Ahau*. "¡Ay! En el octavo año del 13-Ahau los Ah Kines, sacerdotes del culto solar, profetizaron, porque comprendieron como habrían de venir los extranjeros españoles". En ello también se predijo el pago de tributo a los españoles. Una profecía posterior, contraria, habría truncado el ánimo pacifista original (Chilam Balam: 164 s.). Debe hacerse mención de que el katun que terminaba con el día 13-Ahau era el predecesor inmediato de aquél que terminara con un día 11-Ahau.

Debe sospecharse de esta segunda cita, si bien habla de la supuesta predicción de la llegada de los españoles. Los yucatecos, en una actitud típicamente mesoamericana, simplemente digirieron la llegada de los españoles de acuerdo a su filosofía histórica y de inmediato, según el carácter de aquella, dedujeron los hechos del próximo período del mismo nombre. Al individuo de pensar europeo ello sólo le es interpretable como *predicción* tras haberse presentado lo predicho, es decir, *ex post*.

Fuera de lo mencionado, no encontramos en la Relación de Mérida ninguna información adicional respecto a la leyenda de Quetzalcoatl. Tanto más nos ofrecen sus fuentes hermanas. La Relación de Motul, hoy día Motul, habla de Zacmutul, el primer rey conocido de ese lugar, quien habría llegado con su gente del este a fin de buscar tierra donde colonizar. Los indios no sabían de dónde había venido, pero sí que era indígena. Originalmente, la gente del lugar fundado por Zacmutul había tenido conocimiento de solo un dios, creador de todo cuanto existe. A los sacerdotes de éste se le ofrecían en su templo presentes y limosnas para que los ofreciesen a Dios (nótese la ausencia del artículo). Esta adoración había persistido hasta que llegó de tierras extranjeras un gran señor llamado *Rurulcan* con su gente, quien con su pueblo practicaba culto a los ídolos. A partir de allí también los originarios del lugar habrían iniciado el culto a los ídolos (Relaciones de Yucatán: I, 78 s.).

Lo primero que llama la atención en el relato es que el personaje fundador procedente del este no tiene elementos en común con los blancos ni con el ansiado Quetzalcoatl, aunque fuera el mismo descrito como blanco, y aún así como indio. La correspondencia Quetzalcoatl-Kukulcan no significa aquí que hubo alguna revelación primitiva ni cristianización arcaica, sino debe entenderse como intento de explicación ante la pérdida de una revelación primitiva. Ello es análogo a la derivación del culto de los ídolos y de los sacrificios humanos de la inmigración mexicana capitaneada por Huitzilopochtli, según el entender de los indígenas del altiplano mexicano. Ambas suposiciones son del todo contrarias al conocimiento arqueológico, mismo que sostiene que tanto la religión como la tradición mesoamericanas tenían aproximadamente tres mil años de edad al momento de la conquista española.

De ese modo, el desarrollo de la leyenda del Kukulcan muestra pocas paralelas a la de Quetzalcoatl en el altiplano de México. Es sin embargo

preciso, antes de emitir un juicio definitivo sobre Kukulcan, según Cogolludo un ídolo," que había sido un gran capitán entre ellos" (Cogolludo: I, 255), tomar en consideración otras fuentes del ambiente maya, del altiplano guatemalteco.

30. El Popol Vuh de los quiche

El Popol Vuh, *Libro del Consejo* de los quiché-mayas, ofrece de entrada la historia de la creación, a semejanza de otras fuentes conocidas ya del altiplano mexicano; habla así de varios intentos de diversos dioses, de crear a los humanos. No se menciona sin embargo una sucesión de eras gobernadas por soles. Tras una larga sección dedicada al actuar de los dioses sobre la tierra, en la cuál destaca el conocido mito de Hunahpu y Xbalanque, sigue una sección igualmente mítica que el comentarista alemán Schultze-Jena muy atinadamente denominó *Los tiempos de los patriarcas*. Hasta entonces es cuando progresa la parte propiamente histórica de la obra, la sección que se denomina *El tiempo de los reyes*.

Al inicio de *Los tiempos de los patriarcas* se presenta la creación definitiva del hombre. Se habla en ello nada más de la creación de los patriarcas de los quiché y naciones emparentadas. Otras naciones son mencionadas posteriormente sólo cuando hay motivo de fuerza para ello. Este rasgo es peculiar de los indios de Mesoamérica y áreas culturales vecinas. Los pueblos que tienen importancia para los quiché se encuentran pues con ellos en la búsqueda de imágenes de dioses en *Tulan-Zuiva*, *Siete-cuevas*, *Siete-barrancas*, una ciudad de la que tuvieron noticias. Tras su llegada aparecen también las imágenes de los dioses, destinadas a las diferentes naciones quiché y sus aliados. Los primeros en recibir a sus dioses son los quiché; el primer dios que aparece es Tohil. Junto a éste reciben también a Avilix, Hacavitz y Nicacatacah. Es allí, en Tula, donde se modifican los lenguajes de los pueblos, de modo que a partir de allí todos hablan diferente. Estos humanos vivían aún vestidos de pieles y eran muy pobres; en cambio tenían poderes mágicos. La mayor parte de los pueblos no viaja al levante, sino se dirige *acá*, es decir, al oeste y a Guatemala (Popol Vuh: 176 ss.).

El siguiente episodio explica la adquisición del fuego por los humanos, siendo primeros los quiché. Los demás pueblos reciben de éstos el fuego mediante un truculento pacto de sangre, que les pide en cambio "su pecho

y su sobaco". Esta concesión significa el acuerdo de entregar personas para ser sacrificadas y muestra de antemano la preponderancia militar de los quiché, quienes por algún tiempo exigían y obtenían sacrificios humanos de sus vecinos. La fuente dice expresamente que de Tulan-Zuiva venía la costumbre de abstenerse de la comida, pues allí se había esperado la primera salida del sol y antes de ello, de la estrella de la mañana. Los cuatro ancestros, comparables a los cuatro teomamaque de los aztecas, llevan a los quiché primeramente a la montaña Chipixab y después a la montaña Hacavitz, donde finalmente sucede la primera salida del sol, de lo que son partícipes todas las naciones indígenas (entonces conocidas) así como los animales (Popol Vuh: 186 ss.).

Una vez convertidas en piedra las imágenes de los dioses tras la salida del sol, las naciones se arrepienten de haber abandonado Tula. Dicen a los sacerdotes del pueblo de los yaquis, éste es de los mexicanos del centro del país, que "el llamado Tohil es el mismo dios de los yaquis, cuyo nombre es Yolcuat-Quitzaucuat". En este pasaje se designa al pueblo de los yaqui, es decir, a los mexicanos, como pueblo hermano (Popol Vuh: 200).

El tiempo de los reyes inicia con la asunción de los padres primitivos, Balamquitzé, el portador o *teomama* de Tohil, y sus tres colegas. Los hijos de éstos parten tras algunos años a la *tierra del este*, para traerse de allende del mar, del monarca Nacxit, las insignias de su realeza (Popol Vuh 220). Entre los siguientes monarcas de los quiché se menciona también un tal Cucumatz. Este tenía grandes poderes mágicos; se convertía cada siete días en una serpiente, después en un águila, después en un jaguar y finalmente en una masa de sangre coagulada. Con él inició el tiempo del poderío de los quiché (Popol Vuh: 232 s.).

Hay numerosos rasgos dignos de notarse en la exposición del Popol Vuh. La mexicanística considera por regla general a los quiché como mayas con una élite originaria del México central. Ello concuerda con la designación de pueblo hermano dada a los yaquis, que obviamente no tienen relación a los yaquis de Sonora. Desde este punto de vista es significativo el identificar al Quetzalcoatl con Tohil. *Yolcuat Quetzalcoatl* es una derivación de *Yohualli Ecatl Quetzalcoatl* en idioma tolteca o nahuatl, que hace terminar sustantivos no ligados en "t" en vez de "tl". Por tanto ello se debe considerar como prueba de la existencia del dios Quetzalcoatl entre muchos otros dioses. Muy explicativa es aquí la separación del gran monarca Nacxitl (nauicxitl) del

dios Quetzalcoatl-Tohil. Estos dos no tienen nada en común. Por otro lado, la relación inexplicable con el dios Cucumatz, correspondiente exacto del Kukulcan de los yucatecos, del cuál tomó su nombre un monarca quiché, tataranieto del patriarca Balamquitzé, no es posible aquí aclarar. Tula, llamada aquí Tulan-Zuyva, Siete-cuevas y Siete-barrancas, es sin lugar a dudas una patria primitiva, semejante a Chicomoztoc (Siete-cuevas), pero en el este, allende del mar. Los patriarcas reciben de allí a sus dioses, pero de inmediato parten del lugar. El que allí aún no hubiera sacrificios humanos, sino tan solo ayuno, correspondiente al *tlamacehua* u *obtención de méritos* de los aztecas, es explicable, pues en Tula, durante la asamblea de las naciones, aún imperaba la oscuridad; en toda la Mesoamérica el sacrificio humano está ligado a la existencia de un sol. Ello es confirmado por todos los mitos nahuas del centro de México, al comentar estos acontecimientos. El sol, según el *Popol Vuh*, no salió hasta más tarde sobre la montaña Hacavitz.

De este modo, el *Popol Vuh* trae a colación varias referencias de importancia sobre figuras como Tohil y Cucumatz, contenidas en la persona del *Dios blanco Quetzalcoatl* del altiplano mexicano de los primeros tiempos de la colonia. Sin embargo, al igual que en Yucatán, no se habla de leyenda de retorno alguna. Al contrario, es muy patente el carácter politeísta de esta divinidad. El rey Nacxit tampoco se presta para tales interpretaciones. El *Popol Vuh*, hallado a principios del siglo diez y ocho por Fray Francisco Ximénez, parece reflejar el estado de los mitos, aunque en forma muy resumida, de aquel entonces, habiéndose salvado de la aculturación del tiempo colonial temprano. Su contenido no muestra, en los pasajes correspondientes, ningún retoque *mutatis mutandis* que esperaríamos tras analizar las fuentes anteriormente comentadas. La tradición contenida en el libro había sido mantenida en secreto por los quichés durante los primeros trescientos años después de la conquista.

31. La fuente quiché Título de los señores de Totonicapan

Esta exposición de la tradición precristiana, fechada en 1554 y firmada por quichés prominentes, puede ser tomada a comparación del material ofrecida en el *Popol Vuh*. Inicia la historia con los *nahuales*, los patriarcas, Balam-Quitze y sus tres colegas y los subjeses de estos cuatro. Primeramente se informa de la partida de los pueblos de Pa-Tulan, Pa-Civan, recibiendo de Nacxit un *Giron-Gagal* como regalo. De allí atravesaron los patriarcas el

mar, separando Balam-Quitze las olas con su báculo como otrora Moisés, "pues eran hijos de Abraham y Jacob" (Memorial de Sololá: 215 s.). El hijo de Balam-Quitze, Quocaib, fue con una noticia al este, con "nuestro padre y señor Nacxit". De allí se trajo las funciones de Ahpop y otras así como las insignias de éstas (Memorial de Sololá: 222 ss.).

Aparte de aparecer Nacxit en Tulan, no parece haber otra contradicción con el *Popol Vuh*. El regalo hecho en aquella ocasión se denomina en otro lugar del *Popol Vuh* como *Pizom-Gagal*, es decir, *fuerza amarrada*, y es dejado atrás por Balam-Quitze el momento de su ascensión. Sin lugar a dudas se trata de un tlaquimilolli o bulto sagrado (vease Stenzel: 1970).

El *Título de los señores de Totonicapan* se ha purgado de lo que es propiamente el mito de la creación; el tiempo de los patriarcas se presenta tal y como en el *Popol Vuh*. Los ancestros son aquí denominados *nahuales*, cosa no necesariamente derogativa, que no expresa más que la capacidad de convertirse a voluntad en un *nagual* o existencia animal simultánea. Tal baja caracterización puede tener relación con la actitud defensiva de los signatarios de esta fuente. Su cristianismo seguramente no era a prueba de toda duda. La mera existencia del *Popol Vuh* demuestra que eran portadores de un doble estándar de tradición: por una parte sobrevivió en forma subterránea una forma auténtica, y quien más que estos nobles hubiera podido reproducir al *Popol Vuh* con tal fidelidad; por otro lado se les presentaba a los administradores de la corona española o a los encomenderos, material de más alto grado de aculturación, tal como en el *Título de los señores de Totonicapan*, correspondiente a los deseos conscientes o inconscientes de estos, con todo el disfraz necesario, tal como las referencias al Antiguo Testamento. La tendencia aquí observada, perfectamente discernible, es ejemplo importante de la evolución de la tradición mesoamericana en el primer medio siglo que siguió la conquista española; no se le puede conceder sin embargo carácter exclusivo. Si bien pues el *Título de los señores de Totonicapan* es una versión más transparente y autocensada, se percibe en ella a un Nacxitl de mayor importancia. No tenemos ni idea del por qué. No hay identificación de Nacxit con un *Quetzalcoatl de Tula*, figura de retorno ansiado. El *Popol Vuh*, ampliamente conservado de la aculturación, como lo prueba por ejemplo la ausencia de referencia a alguna de las teorías del origen de los indios, en aquél entonces tan de boga (como la referencia veterotestamentaria del *Título de los señores de Totonicapan*) reduce por tanto considerablemente la importancia de Nacxit en la historia desde el punto de vista de los quichés.

32. Los Anales de los Cakchiqueles:

Esta fuente, llamada también Memorial de Sololá, es para los cakchiqueles lo que el *Título de los señores de Totonacapan* es para los quiché. Este manuscrito, que se presenta como un registro comunitario de una población a fines del siglo diez y seis, no ofrece historia de la creación, sino inicia con los ancestros de un grupo cakchiquel, Gagavitz y Zactecauh, justo a su llegada a Tulán. Podemos entradivinar en base al *Popol Vuh* la cantidad de material aquí perdido. Se identifican respectivamente dos patriarcas adicionales para cada uno de los tres otros grupos de cakchiqueles. Todos ellos habrían venido sobre la mar a Tulán. Originalmente habría habido cuatro Tulanes: una al este, otra en Xibalbay, otra en el oeste y otra, donde está Dios. Los cakchiqueles habrían venido a Tulán desde el oeste. Hasta después fue creado el ser humano. Fue preciso antes hallar el maíz, preparando de él y sangre de animales la carne humana. Los primeros 27 humanos así creados se erguieron sobre sus pies y llegaron primeramente a Tulán. Esto identifica al pasaje como referencia mal hecha al tiempo pretulano. Aún en la oscuridad, llegaron las trece parcialidades de las siete tribus a Tulán. Fue una piedra de obsidiana la que explicó a los ancestros su tarea, les adjudicó una patria y les prometió señorío y riquezas. Tras ello les fueron entregados los ídolos engañosos. En aquél entonces se prometió a los cakchiqueles el derecho de obtener tributo de las naciones vecinas, negándoseles en cambio expresamente el dominio total. En ello, los cakchiqueles, a semejanza del mito de migración mexicana en cuanto a la llegada al altiplano de México, fueron los últimos en arribar a Tulán. Se confirieron entonces a los cakchiqueles sus funciones políticas más relevantes, las de Ahpop y Ahpop Qamahay. Por desgracia la fuente calla respecto de la identidad de los otorgantes, a los cuales nombra brevemente como *nuestras madres, nuestros padres*. Ello permite en todo caso excluir a un sólo otorgante como Nacxit. Finalmente se arman los cakchiqueles y los trece *jefes* reciben armamento especial. Con ello, el pueblo es enviado a Zuyva a la guerra allí imperante (Memorial de Sololá: 47 a 57).

A su salida de Tulán, aún entre oscuridad y tinieblas, tres diferentes pájaros predicen a los cakchiqueles su destrucción; el pueblo contesta a cada uno que no es un profeta autorizado. De tal suerte aparentemente desvirtúa tal predicción. Gagavitz y Zactecauh llevan al pueblo milagrosamente a través de un *mar sobre la arena*. Se suscita una batalla con los nonoualcas, en cuyas canoas se prosigue el viaje al este. En Zuyva, estas naciones migrantes sufren sin embargo una derrota, diseminándose a continuación en sus áreas de

asentamiento más recientes (Memorial de Sololá: 56 a 63). En posteriores viajes por las altas tierras de Guatemala llegan los cakchiqueles ante Mevac y Nacxit, *que era en verdad un gran rey*. Allí se les atiende, y se escoge un Ahau Ahpop y un Ahau Qamahay. A éstos les fue horadada la nariz, recibieron sus cargos y las flores *cinpaul*. De tal suerte, los cakchiqueles obtuvieron de Nacxit sus instituciones y organización de gobierno. En otra correría, el patriarca Zactecauh cayó en un barranco y falleció. Su colega Gagavitz se metió en otra ocasión en las aguas de un lago, convirtiéndose en la serpiente emplumada Gucumatz. El agua oscurecía y un viento del norte formó un enorme remolino. Aún antes de la aurora y el primer levantamiento del sol según el mito de la creación, falleció también este patriarca de la nación (Memorial de Sololá: 63 a 87).

En esta fuente, que forma una paralela de la de los quiché y según esto trata solamente del origen de la nación y su organización religiosa y política, orden de su mundo, no se halla referencia alguna sobre la esperanza del retorno. También aquí, Tulán es el lugar que corresponde al Chicomoztoc de los mexicanos donde los ancestros recibieron las imágenes de los dioses. Dado que se asevera que hubo cuatro diferentes Tulanes en las cuatro direcciones del cielo, el lugar debe entenderse como mítico y no como real. Los viajes en la oscuridad, antes de la primera salida del sol, hacen recordar los mitos de las tribus de los zuñis y otros indios del grupo pueblo. Nacxit es el soberano que otorga a los primeros jefes cakchiqueles su dignidad real, una especie de *ordinatio* que se habría de perpetuar. Pero de ninguna manera representa esto una figura principal tipo leyenda de Quetzalcoatl con el concepto del retorno.

Partiendo de las fuentes aquí comentadas, referentes al ámbito de los mayas, se permite concluir que en esa región no hay indicios de una creencia prehispánica sobre el retorno de un dios blanco. Las Casas habla sin ambigüedad de un dios migrante, que actuaba junto con otros dioses en Yucatán. Tan solo Landa habla de un príncipe mexicano *Cuculcan*, quien tras haber retornado a México habría sido hecho dios. Tampoco menciona cosa alguna sobre la esperanza de su retorno. No queda en claro el origen de la figura de un dios, que al inicio fue hombre. Al efectuar la comparación con los mitos de los quiché y los cakchiqueles se deduce un padre primitivo de los Tutul Xiu, mismo que probablemente fue presentado por Landa y sus informantes de modo poco acertado. La presentación tan poco pretenciosa de las Casas, a quien en otros tópicos con frecuencia se tacha de tendencioso, como por ejemplo en la mención de la supuesta trinidad de los mayas, debe

aquí recibir reconocimiento preferente en contra de la versión de Landa. Con toda confianza podemos explicar los objetivos del texto de Landa adjudicándolos al actuar de Gaspar Antonio Chis o Chique. El argumento del retorno de un dios blanco se conocía de tal suerte con toda probabilidad en Yucatán alrededor de la fecha de las *Relaciones geográficas*, probablemente por medio de las Casas. Ello concuerda bien con el testimonio del Códice Vaticanus A, de que los zapotecas habían emprendido alrededor de 1550 un levantamiento debido a esa esperanza. En el grupo de textos analizados, incluso se responsabiliza a Kukulcan de haber iniciado el culto a los ídolos. Ello podría bien haberse tomado de un mito sobre el origen de un rito, introducido por este dios; correspondería bien a la referencia de las Casas sobre el viajar de Kukulcan a través de Yucatán.

Las fuentes de los altos de Guatemala presentan a Tula como patria primitiva, a semejanza del Chicomoztoc de los mexicanos del centro. Nacxit aparece tan sólo en el *Título de los señores de Totonacapan*; esta obra, empero, es como ya dijimos, producto de una autocensura formidable de nobles quiché. No es posible descartar formalmente la identidad de Nacxit con el Kukulcan de Yucatán; tampoco no es demostrable. Y aunque varios autores hayan postulado la identificación de uno o el otro con el *Quetzalcoatl de Tula*, ello debe descartarse en base a los pasajes aquí comentados, procedentes de las fuentes originadas en el territorio maya.

33. Predicciones de acontecimientos importantes según la tradición centromexicana

La gran cantidad de presagios que supuestamente anunciaron la llegada de los españoles, pertenecen sin lugar a duda al ambiente intelectual de la leyenda del retorno. Ninguna de las fuentes más antiguas los refiere. Destaca el silencio al respecto, en los Anales de Tlatelolco (Unos anales: 140; párr. 283 ss.). Tampoco hallamos referencia a ellos en la *Historia Tolteca-chichimeca*, obra cuyo contenido se libró virtualmente de la influencia de la aculturación. Encontramos en cambio la primera referencia a tales presagios en las actas del proceso que el primer obispo de México, Zumárraga, entabló en la Inquisición contra Martín Ocelotl, funcionario del culto pagano; ello ya ha sido destacado por Lafaye (Lafaye: 37). En el curso de este proceso de 1536 afirma Martín que Moteuhzoma lo imprisionó junto a otros durante un año y doce días, porque le había predicho la llegada de los españoles de

largas barbas. Había a su vez recibido Martín esta predicción de un señor de Chinantla, quien había observado diversos presagios.

Al reinterrogatorio negó Martín su versión anterior, hecha ante varios testigos, de que en ello había sido despedazado y vuelto a la vida (Publ. AGN: III, 31). Sin duda, lo que provocó estas preguntas del interrogador era el testimonio de Don Pedro, en aquél entonces señor de Huaxtepec. Este había declarado que Martín, aparte de ser un sacerdote pagano de alto rango, había predicho a Moteuhzoma la llegada de los españoles, siendo por ello encerrado al igual que otros que afirmaban lo semejante, en unas jaulas. Ni uno solo de los compañeros de prisión habría sobrevivido, y tan sólo Martín fue liberado a la llegada de los españoles (Publicaciones del AGN: III, 28). Enunciados como éste, provenientes de un personaje de alcurnia como el príncipe de Huaxtepec, subrayan la importancia de tales ideas a quince años de la conquista. Sin embargo, los testimonios proferidos contra Martín nos demuestran a las claras, por medio de que historias clamaba éste ser poseedor de poderes sobrenaturales. Su reclamo, de haber predicho la conquista, pertenece a exactamente este mismo repertorio con el cual acrecentaba su fama de milagrero pagano, alcanzando así gran influencia y riqueza. Es por ello que creemos que la supuesta predicción es muy conforme al comportamiento cultural mesoamericano. Además, el detalle negado de haber sido despedazado es bien mesoamericano también.

Antes de proseguir el análisis de la ulterior evolución que tomaron estas supuestas predicciones de la conquista, es menester analizar los presagios que se dice hubo respecto de otros acontecimientos importantes en Mesoamérica, pues los mencionados no constituyen ningún hecho aislado. Después de la conquista, en dos ocasiones se interpretaron a posterior fenómenos celestiales que acontecieron poco antes de catástrofes naturales, como presagios de las mismas. Según Grijalva, en 1544 hubo *presagios tristes* de la epidemia del año siguiente, a la cuál sólo sobrevivieron una sexta parte de los indígenas del país: habían aparecido cometas, el volcán de Tlaxcala había hecho erupción y de una fuente en Azcapotzalco fluyó sangre por espacio de una hora (Grijalva: 64 rev. ss.) Torquemada a su vez informa de signos en el cielo, que precedieron a la epidemia de 1576 (Torquemada: I, 643). La importancia concedida a tales signos se deduce de una referencia de Fernández de Oviedo. Cuando en 1540 por espacio de muchos días se observaba un cometa sobre México, había una epizootia entre las gallinas europeas introducidas por los españoles. Un edicto virreinal prohibió desde luego y bajo pena, el consumo de la carne de esas aves. La misma enfermedad

mató también a ovejas y caballos, así como a un hombre que había comido de una oveja muerta (Fernández: II, 2, 537). En cambio, los acontecimientos precristianos de esa especie son de un carácter más fácilmente inteligible y pagano.

Alva Ixtlilxochitl informa de un terrible signo premonitario, que a principios del siglo quince hizo retroceder temporalmente a los tepanecas en su conquista de Texcoco. Un coyote con los pies de palo había proferido "grandes alaridos", que parecía que todos los cerros y valles le respondían. Naturalmente y tan simple como ésto, Alva declara todo ello obra del diablo, sin tener que profundizar en las suposiciones paganas incómodas que todo ello implicaba (Alva Ixtlilxochitl: I, 176 ss.). Además, otro animal salvaje había hecho predicciones a un mensajero del héroe texcocano Nezahualcoyotl, en aquél entonces fugitivo, sobre la lucha de liberación que se avecinaba (Alva Ixtlilxochitl: I, 218).

Tenemos otras tantas predicciones y presagios, del turbulento tiempo del súbito encumbramiento y rápida caída del poderío tepaneca. Así, el gran líder tepaneca Tezozomoc, quien erigió la breve hegemonía de Azcapotzalco sobre el valle de México, habría tenido antes de su muerte un mal sueño, anunciándole el hundimiento de su poderío (Anales de Quauhtitlán: 207; párr.810 y Torquemada: I, 117). El hijo y sucesor de Tezozomoc, Maxtlaton, también habría tenido un mal presagio antes de su derrocamiento, que costó a los tepanecas su predominio, cediéndolo a la Triple Alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. Perdió un juego de pelota, cosa que le hizo estallar en llanto. Dijo enseguida a sus súbditos tepanecas que a partir de allí serían servidores de los mexicas (Chimalpahin 1965: 93). Un pasaje paralelo del mismo autor aclara que el desgraciado rey perdió la partida de pelota contra sus adivinos, cosa que le hizo llorar. Tras ello, los tepanecas decidieron pagar tributo a los mexicas. Maxtlaton falleció según esta versión en el mismo campo del juego, el tlachtli. Es notorio que no se habla de una batalla (Chimalpahin 1965: 194). El personaje, Maxtlaton, conocido en otras fuentes como más bien aguerrido y sanguinario, y quien según otras versiones sufrió una muerte violenta, parece aquí experimentar una suavización de su renombre, curiosamente correspondiente a la falsificación de la imagen de Moteuhzoma Xocoyotzin. La caída de los tepanecas y el ascenso de la Triple Alianza constituyen el último episodio político de importancia en el altiplano mexicano antes de la llegada de los españoles. La superación intelectual de este derrocamiento constituye una base adecuada para el análisis de la superación emocional de la conquista española, pues los indios

tenían que ver a ambos acontecimientos, de acuerdo a su concepto cíclico de la historia, bajo un sólo punto de vista, al menos temporalmente.

Los mexicanos del altiplano solían cristalizar leyendas elaboradas alrededor de personajes que intervenían en acontecimientos históricos destacados. El último rey de México Tlatelolco, Moquihui, según las fuentes un gran héroe de guerra, tuvo sus propios presagios antes de ser derrocado por las tropas de México Tenochtitlan. El líder de esa ciudad hermana se había convertido para los tenochcas en una amenaza mortal; el príncipe tenochca Axayacatl logró sin embargo conquistar el templo principal de Tlatelolco, falleciendo Moquihui en esa lucha. A partir de allí, Tlatelolco fue administrada por gobernadores militares de la dinastía tenochca. Se dice pues de Moquihui, que un perro contestó a un anciano, que las aves bailaban al ser cocidas en la olla, y que una máscara colgada de la pared se había quejado, antes de suscitarse el conflicto. Y cuando según las costumbres locales se lamentaba ya la muerte de los tenochcas, cosa de la cuál los tlatelolcos se creían seguros, el nombre de los tlatelolcas por algún motivo fue incluido en el lamento (Durán: II, 257/33, 24 s.). Tezozomoc nos refiere la misma historia, sólo que según él fueron los genitales de la mujer de Moquihuitli los que hablaron y presagiaron la derrota (Alvarado: 383).

Otro pueblo no tan prominente, los chalcas, tuvo presagios antes de su derrota ante la Triple Alianza y la consecuente servidumbre. Un corcovado había quedado atrapado en una cueva de hielo del volcán (la mitad del Popocatepetl pertenecía a los chalcas) y había ido al *palacio de Tlaloc*. Los sirvientes del *señor de Chalco*, al querer verificar su muerte, lo habían encontrado vivo. En ese año fueron derrocados los chalcas por los mexicas... "y dicen que aquella fué señal por se perder como se perdieron..." (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*: 230 s.).

Todos estos ejemplos, especialmente el último, muestran la rápida formación de leyendas alrededor de sucesos de importancia, en especial el adjudicarles *presagios* en momentos posteriores al acontecimiento mismo. No es posible explicar los presagios a la conquista española más que siguiendo los puntos de vista y la ideología de los indios. De tal suerte, se puede asumir que los mexicanos antiguos no esperaban la llegada de los españoles ni las consecuencias de ésta. Es más, la resistencia sostenida bajo Quauhtemoc habría constituido una rebelión muy poco característica de los mesoamericanos, ante un destino ya decidido y promulgado.

Al comparar otras informaciones, provenientes de buenas fuentes, resulta bastante ostensible que las leyendas de los presagios del hundimiento dados a personajes tan notables, no corresponden al actuar que la tradición mesoamericana prevé para nobles y aún comunes en situaciones semejantes. Las únicas correspondencias que observamos estriban precisamente en la calificación de sucesos pasados importantes tomando en consideración los valores de tradición respectivos. Un indio mesoamericano común y corriente, al verse confrontado con una tal situación, tendría tan solo palabras ofensivas contra el animal cuyos sonidos le presagiaran acontecimientos funestos. El quinto libro de Sahagún, el libro de los presagios, contiene varios ejemplos al respecto, el más notable en su quinto capítulo. Una lechuza había mediante su charrear presagiado acontecimientos aciagos. Se le contestó en forma muy explícita: "Está quedo, bellaco oji-hundido, que hiciste adulterio a tu padre!" Una mujer dijo de modo correspondiente: "¡vete de ahí, putol! ¿Has agujereado el cabello con que tengo de beber allá en el infierno? Antes de esto no puedo ir". A estas exposiciones agrega el informante de Sahagún las siguientes, significativas palabras: "Decían que por esto le injuriaban de esta manera, para escaparse del mal agüero que pronosticaba, y para no ser obligados a cumplir su llamamiento!" (Sahagún 1956: II, 21; V, 5). Este importante pasaje nos muestra por una parte los límites del por la literatura tantas veces citado fatalismo de los indios del México antiguo, y por otra parte nos demuestra que el mero aceptar pasivo de tales presagios sustanciales, como lo son precisamente los que vaticinan acontecimientos importantes, incluso con la afirmación de que el así *condenado* habría llorado, no corresponden ni al estilo ni a la configuración de la tradición mesoamericana. Más bien correspondía a la superación psicológica después de dichos acontecimientos, provocando de tal manera las historietas mencionadas, que en el caso de la conquista se convirtieron en leyenda.

A fin de contrarrestar últimas dudas sobre este análisis de los supuestos signos premonitorios de la conquista, haremos referencia todavía a una de las mejores investigaciones de campo hechas en México, por parte de la etnografía. Según comprueba la monografía de Parsons sobre el pueblo zapoteco Mitla, en la primera mitad de este siglo un indígena zapoteco escuchó el canto de un pájaro interpretable como predicción de muerte. De inmediato interpeló al pájaro: "¡Retírate, desvergonzado! ¿Qué te he hecho?" (Parsons: 317). Este episodio, absolutamente no correspondiente a la mentalidad del Viejo Mundo, si es congruente con las respuestas arriba mencionadas de los Cakchiqueles a los cantos de las aves tras la partida de Tulan, demuestra el poder de estas reclamaciones contra una profecía

animal *vacta*. El simple someterse al omen, o sea, el no reclamar, *habría* significado según el entender mesoamericano el cumplimiento del acontecimiento predicho, que aún no estaba *ratificado*. De modo semejante, según el entender mexicano antiguo, una persona podía modificar (mejorar) su *tonalli* o signo del día de nacimiento (cosa que leemos con frecuencia sobretodo en el libro IV de Sahagún), por actos placenteros a los dioses. Ello nos traduce que la fé en el calendario no era del todo inflexible.

La tendencia mesoamericana de adjudicar precisamente a los perdedores importantes la aceptación de sus presagios, permite una deducción fundada respecto de cómo se describe a Moteuhzoma y su reacción a la llegada de los españoles, así como los presagios de ésta. La tradición mesoamericana, doblada, más no quebrada, tras la conquista, interpreta al desafortunado monarca de un modo conforme a los valores propios de su cultura. Este enfoque convenía bien a la creencia de los franciscanos en el destino (eran ellos los que intelectualmente más influyeron en la aculturación) y fue por tanto aceptado por estos españoles. Es por ello que debemos eliminar al *Moteuhzoma paralizado por el terror* de la historia universal, sin bien lo conservaremos en la historia del pensamiento científico. Ello nos obliga a revisar la serie de informes *históricos* sobre los presagios dirigidos a Moteuhzoma, respecto de la amenazante destrucción.

34. Las supuestas predicciones de la conquista en fuentes históricas

Ya hemos hecho mención de la ausencia de referencias respecto de estos presagios en las fuentes más tempranas. Los *Anales de Tlatelolco*, seguramente redactados en 1528, no dicen nada al respecto. Lo mismo hallamos al respecto de la *Relación de genealogía y linaje de los señores de la Nueva España*, redactada en 1532. La fuente hermana de ésta aporta un argumento contrario, si bien absurdo, a los presagios de la conquista. El *Origen de los mexicanos* del año 1532 destaca, a fin de ser congruente con el motivo de su confección (favorecer a la familia de Moteuhzoma), que este rey había reunido en consejo a todos los monarcas del país, tras la llegada de los españoles al puerto (de Veracruz). Todos se habrían pronunciado por inmediato combate a los advenedizos, y tan sólo él, Moteuhzoma, los había hecho callar mediante un elocuente discurso. Ello era tan más meritorio cuanto en aquél entonces aún no sabía lo que eran los cristianos, ni que estaba obligado a someterse al rey español (*Origen de los mexicanos*: 304).

La historia de los supuestos presagios ciertamente no era conocida aún en aquél entonces. El ya mencionado proceso de la inquisición contra Martín Ocelotl, como terminus ad quem, nos permite localizar su génesis en la mitad de los años treinta del siglo diez y seis.

Corresponde bien a esta datación el hecho de que la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, originada en la misma década, afirma que en el año 189 de la fundación de Tenochtitlan, según su cronología 1509, se vió en el cielo una señal que apareció por arriba del volcán y pasó por encima de la Ciudad de México. Era de color blanco y de dos brazos de ancho (sic). Moteuhzoma había realizado indagaciones y los sabios le informaron que debía morir aquel año. La formulación es imprecisa, pudiendo referirse al año de la profecía tanto como al año verdadero del fallecimiento del monarca. La fuente continúa diciendo que al parecer era ése el año en que los españoles aparejaron para venir a la Nueva España (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*: 254). La obra no nos refiere de ese modo dato alguno sobre un presagio de la conquista, sino meramente intenta hacer conexión entre un signo y la primera entrada de los españoles en la Nueva España. En ello se supone una fecha equivocada para la primera expedición española, la de Hernández de Córdoba. Esta se verificó en 1517, y no, como se sugiere, en 1509. La anotación de que a Moteuhzoma le fue predicha su muerte en el año 1509 podría haberse prestado a posteriores historias sobre presagios del sucumbimiento del monarca y de su reino. Nada tendríamos que objetar a ésto, desde el punto de vista general de la tradición mesoamericana.

La primera presentación historiográfica, a la cual sólo anteceden las actas del proceso de Martín Ocelotl, la encontramos en Motolinía. Ya se había comentado con anterioridad la tendencia de este autor, de adoptar un punto de vista histórico determinado por catástrofe y presagios. Aparte de los detalles ya referidos cabe aún hacer mención del contenido de los presagios mismos. Los mexicas habrían visto combatientes en el cielo, un ángel habría consolado a un condenado a sacrificio con la promesa de la misericordia de Dios y el anuncio de la llegada de los conquistadores, y un fuego impresionante se habría visto en el cielo del este al momento de la aurora (Motolinía 1967: 154; I, 55). Debemos añadir así que Motolinía entrelaza dichas predicciones con su punto de vista quiliástico de la historia. El signo blanco en el cielo, que aparece del volcán, es decir, del este de la Ciudad de México, es con toda probabilidad el ya mencionado por la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. El presagio de los combatientes en el aire es muy

indio, la consolidación del condenado muy probablemente de matiz cristiano; podría haber sido traída a colación por indios recién convertidos.

Los detalles no se prestan para mejor análisis, pero la historia de las predicciones de la conquista (hechas a Moteuhzoma) queda ya esbozada en sus detalles esenciales. De ello, los muchos autores que las mencionan, han tomado datos e inspiración de modo ya sea directo o indirecto. En especial Gómara siguió a Motolinía de modo muy estrecho (Gómara: 214 rev.). Ya en él vemos, con qué facilidad y ausencia de criticismo se aceptaban tales historias por los autores subsecuentes. Tras el aprisionamiento de Cacama, que Cortés realizó supuestamente a insistencia de Moteuhzoma, éste se arrepintió, pues no tenía hijos y Cacama se suponía ser su heredero (Gómara: 134 rev. y 137 anv.). Ello contradice la información de que Moteuhzoma había dado un barrio de la ciudad para su administración a un hijo suyo (Gómara: 235 anv.).

La historia, una vez establecida, fue elaborada ulteriormente por otros autores. De tal suerte, en tono serio nos afirma las Casas que el mismo nombre *Moteczumaci* era de mal agüero pues presagiaba el fin del poder del monarca. Por ello, Moteuhzoma siempre había estado triste (las Casas: II, 377). Ignora totalmente las Casas, al respecto de este contexto que existió un rey tenochca del mismo nombre, quien expandió ampliamente el dominio de los aztecas y bajo el cual no hubo ningún colapso político-militar. Además, la etimología que ofrece es incorrecta.

Proviene de los informantes de Sahagún la lista más importante de presagios. Al principio del libro duodécimo, que trata de la conquista, se describen una columna de fuego en el cielo del este, el incendio inexplicable de un templo de Huitzilopochtli, el incendio de un templo de Xiuhteculli causado por un rayo de cielo despejado, la aparición de una cometa, el alboroto temporal del lago de Texcoco sin que mediara viento alguno, la voz de una mujer que se lamentaba por las noches en los aires: "¡Oh, hijos míos, ya nos perdimos!", el espejo hallado en un pescado, en el que Moteuhzoma vió primeramente al cielo estrellado y después un jinete, así como la aparición de humanos de dos cabezas, que silenciosamente desaparecían tras haber sido vistos por el monarca (Sahagún 1950 et seq.: XII, I; i y Sahagún 1956: IV, 23ss.; i). En el octavo libro se hallan relatos semejantes. Se añaden allí aún dos historias la de una mujer que vuelve a la vida, diciendo al monarca que sólo vino para avisarle de la inmediata tragedia, y la de la viga de la casa de danza, que al tiempo de la llegada de los españoles y poco después profería lamentos

(Sahagún 1956: II, 291; VIII, 6 y 284s; VIII, 1). Podemos considerar estas historias de los informantes de Sahagún como representativas del *folclor* de los indios nobles y cultos, especialmente aquellos educados en las humanidades y en el cristianismo, de aquél entonces. Nos muestran de tal modo la versión *clásica* de los presagios del hundimiento de Moteuhzoma. Es pertinente mencionar aquí que en todas estas historias ya encontramos la figura de Moteuhzoma como resignada con su destino, y aún como un espejo que causa lástima.

Los Anales de Quauhtitlán indican los años 1508 a 1510 como aquellos en que apareció mixpamiltl, la bandera de nubes (Anales de Quauhtitlán 284s.; párr.1261, 1272 y 1275). Dado que esta fuente, aunque se origina del círculo de Sahagún, ofrece buenos fechados y es mucho más sobria que la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Sahagún, podemos deducir la real presencia de un fenómeno en el cielo en aquel entonces. Ya había sido mencionado uno tal para el año de 1510. Le corresponde a la astronomía verificar estas indicaciones. Es esta fuente la que nos aporta la historia del príncipe Tzompanteuhltli de Cuitlahuac, quien predijo a Moteuhzoma que otro dios habría de venir; ello aconteció con ocasión de habersele solicitado una cooperación *voluntaria* en oro para el templo de Huitzilopochtli en México. Como castigo, fue muerto junto con sus hijos, a instigación de Moteuhzoma, por sus propios súbditos (Anales de Quauhtitlán 290 s.; párr 1290 a 1297). Aunque no podemos dudar de la erradicación del linaje de los reyes de Tzompan, la presentación del motivo nos parece poco plausible. Sea cual hubiese sido el motivo de que los cuitlahuacs no pudieron o no quisieron entregar la suma requerida, el interpretar ésto como presagio de la llegada de los españoles es del todo irrealista y no puede estar dictado más que por el afán de declararse cristiano prehispánico y súbdito de los españoles. El pasaje mismo parece ser un intercalado en el tenor sobrio, del tipo de los anales, de esta fuente. La ciencia como quiera agradece a ello el haberse enterado de la creación particular e historia de un linaje de príncipes mexicanos poco importantes.

Las Costumbres de la Nueva España, probablemente redactadas en 1553, terminan con la explicación de la ceremonia del fuego nuevo. Dice al respecto que en el año de la llegada de Cortés no fue posible, por tres días, de encender este fuego. Ello habría sido interpretado como signo de que el país estaba perdido y que una gran calamidad amenazaba. El mismo año salió humo de la tierra a la hora de la salida del sol, que primero opacó a éste y se disolvió después en nubes. Una gran piedra, sobre la que se quería

esculpir la efigie de Moteuhzoma, había caído al agua en Chapultepec, no sin antes decir: "ya está acabado" (Costumbres de la Nueva España: 62 s.). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la última ceremonia de fuego nuevo (inicio de un nuevo grupo de años) se verificó en 1507. Es con referencia a éste y los siguientes años, que se refiere generalmente la aparición de la bandera de nubes y fenómenos celestiales semejantes.

Casi no vemos en ese tiempo aparecer elementos nuevos. No disponían los autores de un gran repertorio de presagios supuestamente terribles; los argumentos son por lo general los mismos. Durán presenta una gran parte de los presagios conocidos y en él, los detalles inverosímiles terminan por convertirse en increíbles. De tal suerte, menciona primeramente la aparición de un gran cometa, visible de medianoche hasta mediodía en el este (Durán: II, 467; 63, 2 a 3). Después refiere que Moteuhzoma hizo matar a sus *astrólogos* por consejo de Nezahualpilli (Durán: II, 470; 63, 15). Ahora bien, estos *astrólogos* no pueden haber sido juglares vagabundos, sino que debieron ser los jefes de las órdenes de los sacerdotes los que se desempeñaban como consejeros del *tlatonani* en tales asuntos. Hacer matar a estos habría sido una revolución del orden, en una sociedad no laicística también del orden político de las cosas.

Por tal motivo, esta historia debe ser rechazada. Una piedra destinada a *temalacatl*, *huso de piedra* para las luchas de sacrificio desiguales, habría hablado, anunciando el fin del reinado de Moteuhzoma (Durán: II, 487; 66, 11 a 19). Moteuhzoma, atemorizado abandona la ciudad, buscando refugio con Uemac en su cueva. Este héroe no lo recibe; un *teixiptla* (representante ritual de un dios) desaconseja a Moteuhzoma de entrar a fuerza a la cueva. Es por ello sujeto de grandes honores por parte de Moteuhzoma y jamás habla con nadie respecto de tan bochornoso suceso (Durán: II, 491 ss.; 67, 11 a 34). Esta información se halla obviamente fuera de la realidad. ¿Cómo pudo el autor enterarse de tan celosamente guardado secreto? Además, los *ixiptla* estaban destinados al sacrificio, y no vivían suficiente tiempo como para recibir extensos honores. El aterrado Moteuhzoma habría también preguntado al pintor del primer relato de la llegada de los españoles a la costa, si el rey local disponía de alguna tradición que explicara tal acontecimiento (Durán: II, 514; 70, 6). Por todo lo que sabemos de las diferencias de clases en el México antiguo, nos parece impensable que justo el príncipe más importante de la región se hiciese aconsejar por un rey de rango menor. Los reyes se relacionaban en aquél entonces por medio de embajadores; el pedir a un plebeyo informe sobre asuntos de otro rey debe

haber sido del todo inapropiado. Esta conducta poco conforme con la cultura del ambiente se combina ahora con historias de presagios del dominio de los hombres blancos. No podemos decidir aquí si fue la fantasía de los indios o la de los españoles la que más favorecía la génesis de tales tradiciones irrazonables. Ofrece Durán un buen ejemplo de la rápida aceptación de ideas irreales, propias de la cultura española, por los indígenas recién convertidos. Así, afirman varios haber visto personalmente a Santiago ayudando a los españoles en combate (Durán: II, 571; 78,1). Tales afirmaciones no pueden proceder más que de la aculturación y retrospcción. Lo mismo menciona Bernal Díaz, al referir las batallas de Cortés de 1519 en las costa de Campeche y Tabasco, descartándolo por ser inventos de otros españoles (Díaz del Castillo: I, 115).

En cierto modo, contiene el informe de Durán todos los presagios conocidos del grupo de obras de la Crónica X. Se les puede interpretar de modo semejante como aquí lo hicimos; siempre llama la atención la falta de conformidad con la cultura prehispánica. En algunos casos se les puede rebatir por completo. Así por ejemplo, afirma Alvarado Tezozomoc que Nezahualpilli había predicho el derrumbamiento de la Triple Alianza (Alvarado: 649). A fin de obviar una polemica estéril, nos basta referirnos al testimonio de su hijo Don Carlos Ometochtzin, el cacique de Texcoco, tal y como se halla en actas del proceso de inquisición de 1539. Este, en un ataque contra las órdenes mendicantes, declaró que su abuelo y su padre, es decir, Nezahualcoyotl y Nezahualpilli, también fueron grandes profetas; que jamás habrían predicho nada referente a esa nueva enseñanza, el cristianismo (Publicaciones del AGN: I, 6 y I, 40). Es por eso que decimos que las predicciones del sucumbimiento de la vieja cultura y de la Triple Alianza y aún más, de la llegada de los españoles por parte de Nezahualpilli se basan en pensamiento deseoso y no en los hechos.

Las *Relaciones originales de Chalco* de Chimalpahin, confeccionadas cerca del final del siglo diez y seis, traen informes muy realistas de apariciones en otras partes interpretadas como presagios. Hablando del año 10-casa = 1489, refiere Chimalpahin un terremoto, seguido de la aparición de un ser que los ancianos llamaban *moyohualitohua*, esto es, él, que habla durante la noche (Chimalpahin 1965: 113). No se adjudican acontecimientos extraordinarios a este suceso. Para los años 1508, 1509 y 1510 se mencionan escuetamente señales luminosas en el cielo, que parecían bandas de nubes, en esta fuente. Estas habrían sido visibles en todo el país, causando terror, pues la gente las consideraba nefastos (Chimalpahin 1965: 120). En otra tal

Relación nos ubica Chimalpahin estos fenómenos en los años 1509 y 1510, basándose para la primera fecha en unos anales pictóricos de los amaquemques y para la segunda en unos *registros*, es decir anales, de los mexicas (Chimalpahin 1965: 231). Con igualmente escasa emotividad menciona el autor un cometa en Chalco, que fue visible por tiempo de dos años, en una anotación correspondiente al año 1531 (Chimalpahin 1965: 252). El testimonio de Chimalpahin adjudica éstos fenómenos a los años 1509 y 1510.

El autor más representativo de Tlaxcala, Diego Muñoz Camargo, nos escribe de la mayoría de los presagios de la conquista conocidos desde Motolinía y Sahagún, concediéndoles un lugar destacado. Si se le cree, los indios supusieron que los dioses estaban bajando de cielo. Esta referencia enlaza abruptamente con la noticia de la llegada de los españoles, con la cual no queda en claro si se refería tal descenso divino a este acontecimiento o si se halla fuera de contexto, como parte de una presentación de su religión. Al continuar, vuelve a insistir Muñoz, que los indios no temían a los españoles, sino que pensaban que el mundo estaba llegando a su fin con esta llegada de dioses. Todos habrían tratado de esconderse (Muñoz: 172 s.; II,1). Ello contradice a todos los demás informes del mismo tiempo de la conquista, así como a los vívidos acontecimientos que rodearon a los españoles, como la espontánea formación de partidos entre los indios en favor y en contra de Cortés, tal y como puede deducirse de sus Cartas de Relación a Carlos V. Pasajes posteriores de la obra de Muñoz nos permiten entender mejor la opinión de este autor. Los *dioses mudos*, al recibir sacrificios motivados por el temor de los mexicanos a la marcha de Cortés al interior del país en 1519, se habrían caído de sus pedestales, habría habido terremotos y cometas de salvaje errar por el cielo. Tan sólo Cortés mismo continuó su camino sin inmutarse (Muñoz: 185; II, 3). Esta fábula apocalíptica no tiene verificación en ningún testigo ocular de la conquista. Por ello, queda Muñoz Camargo como representante de la evolución histórica orientada en catástrofes. No nos es posible determinar sus móviles ideológicos con tanta facilidad como los de Motolinía o Mendieta.

Torquemada narra probablemente los más importantes presagios de la conquista; pero en 2 ocasiones menciona tales hechos sin siquiera hacer referencia a la conquista. Al incendiarse en el quinto año de gobierno de Moteuhzoma Xocoyotzin el templo de Zonmoli, se había sospechado de los tlalotelcas como instigadores del incendio (Torquemada: I, 207). Es cierto que este incendio de templo de Tzonmolco en varias ocasiones y por diferentes fuentes es contemplado como supuesto presagio de la conquista.

Para este *presagio* hay por tanto seguridad de que ya había una opinión causal sostenida al respecto en los tiempos previos a la conquista. De igual modo, la aparición nocturna de la mujer llorona es interpretada por este autor, si bien en otro contexto, como parte de la religión pagana. Era la diosa Cihuacoatl, que él compara a la Eva de la Biblia, la que de noche, vestida de blanco y llorando, aparecía con una cuna (Torquemada: II, 61).

Se tiene la misma problemática de presagios que anunciaban el fin de la vieja cultura o incluso el fin del mundo, en otras regiones de Mesoamérica fuera del México central. Torquemada afirma que grupos nahuas de Nicaragua, en su migración de Xoconochco en la costa de Chiapas hacia Nicoya, sufrieron la defunción de su sacerdote segundo en rango, quien antes había predicho la esclavitud por los blancos (Torquemada: I, 332). Esta marcha, sin embargo, se realizó varios siglos antes de la conquista. También existen numerosas referencias en las fuentes de Yucatán, Landa, las *Relaciones geográficas*, Remesal y Cogolludo. Cogolludo ofrece un argumento importante contra la expectativa de un dominio blanco por parte de los indios de la península. Un tal Canek de Tayasal, un sublevado, había explicado a los padres que acudían a pacificarlo, que los sacerdotes paganos aún no habían anunciado el fin de sus cultos, pues se hallaban apenas en el katun *oxahau*, ésto es, 3-Ahau (Cogolludo: II, 234). Este acontecimiento lleva fecha de 1638 y corresponde bien a todo lo que conocemos de la *tenacidad* de la tradición mesoamericana, especialmente los enunciados de los sacerdotes paganos respecto de su deber de mantener la tradición, en los *Coloquios* de Sahagún (Sahagún 1949: 62 s.). Podemos considerar muy en alto esta sagrada obligación de los indígenas, especialmente de sus funcionarios. Hay plena correspondencia con las informaciones sobre acontecimientos militares y políticos durante la conquista y con la fuerte *tendencia* de realizar levantamientos armados fundados en conceptos religiosos.

Aún en el siglo veinte encontramos tales *presagios reconstruidos*. Parsons muestra que los habitantes de Mitla se hallaban convencidos después de la gran revolución, de que el vuelo de un número notoriamente grande de zopilotes y halconillos previamente observado en el sur, habría presagiado tal acontecimiento (Parsons: 317). En la misma región de Oaxaca, según Burgoa, hubo también presagios del dominio español (Burgoa: I, 276 s.; II, 346 y II, 351).

Ya se ha expuesto el motivo de los indios, de referir a los españoles que se les esperaba; fundamentalmente se trata de expresar conformidad de los

vencidos con el acto del sometimiento. Ello puede tomar rasgos grotescos, como se vé en la siguiente historia totonaca. Estos habrían enviado mensajeros a los dioses para solicitar al dios del sol el fin de los sacrificios humanos: para que los mensajeros llegaran con certeza adonde los dioses, se les había desde luego sacrificado (Román y Zamora: I, 183). Si prescindimos del hecho de que tal petición contradice todo el pensar mesoamericano, la absurdidad de matar para lograr el fin de la matanza es obvia demostración de la invalidez del argumento.

35. Ulterior evolución de la leyenda del retorno del dios blanco

Hasta que punto se caracteriza la ulterior configuración de la leyenda de Quetzalcoatl por intereses particulares o locales, se deduce de la descripción que Fernando de Alva Ixtlilxochitl hace del nacimiento de su pariente y homónimo Ixtlilxochitl, partidario de Cortés en las últimas fases de la conquista. Primero afirma que éste nació al mismo tiempo que Carlos V. Luego lo denomina *infante*, título de organización y sucesión de trono ajeno a los altepetl centromexicanos. Simplemente no había príncipes herederos, sino que entre los varones del mismo patrilineaje se seleccionaba al sucesor. Finalmente afirma Alva que en el nacimiento hubo presagios que pronosticaban la aceptación de una nueva religión y nuevas costumbres así como la amistad del recién nacido con una nación extraña. Se convertiría en enemigo de su propia tierra y nación, vengaría la sangre de los prisioneros derramada y combatiría a los dioses, la religión, ritos y ceremonias. Los divinos habrían tratado de convencer a su padre, el tlatoani Nezahualpilli, de que matara al niño. El monarca, en otras partes varias veces caracterizado como monoteísta prehispánico por Alva, había rechazado tal pretensión como opuesta a los designios del Dios Creador, que le había mandado ese hijo (Alva: II, 301 s.).

Tras describir la participación de ese *Ixtlilxochitl* en la conquista, declara Alva que su tío sufrió en ello penas como ninguno de sus antepasados había sufrido, a sola excepción de Topiltzin, *ultimo rey y monarca de los toltecas*. "De tal modo me parece que fue casi en todo un segundo Topiltzin, en lo que se refiere a los viajes y sufrimientos y finalmente la destrucción de su reino" (Alva: I, 432). Es ello una patente y gruesa deformación de la historia. Por una parte comunica Alva los méritos de Ixtlilxochitl en la conquista de México a sus superiores españoles y a la posteridad; por otra parte lamenta

que con ese su pariente se termina el *reino texcocano de los chichimecas*, que debemos reducir a la verdadera hegemonía de Texcoco con sus aliados de la Triple Alianza, Tenochtitlan y Tlacopan. Esta exposición casi esquizofrénica tiene un sólo propósito: postular a Texcoco como ciudad líder en el México virreinal, considerando ese *reino* como sucesor de un *reino de Tula*. De tal modo, se convirtió Ixtlilxochitl en un *segundo Topiltzin*. Tales intereses debieron haber dejado mella sobre el concepto mismo del Topiltzin original.

Tras todo ello no puede sorprender la afirmación del mismo autor de que los ídolos más importantes de los antiguos toltecas habían sido Tonacatecutli y su mujer así como Tlaloc. Habrían alcanzado una edad de 2000 años. Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, al igual que otros dioses, no habrían sido más que valientes *caballeros* y *Tezcatlipoca era culpable cual gran nigromántico* de la persecución de los toltecas (Alva: I, 39). No hay lugar en esta maraña para un dios del viento; por tanto ya no se le menciona por parte de Alva, aunque en el postclásico temprano del México central no puede haber sido menos importante que por ejemplo el dios de la lluvia, llamado en nahuatl Tlaloc. El dios del viento, Quetzalcoatl Ecatl, había sido depurado progresivamente de los informes. En su lugar, aparece *Topiltzin Ce Acatl Quetzalcoatl de Tula*, dotado de características de héroe cristiano. Por cierto, este último no se halla en ninguna fuente epigráfica ni en los códices precolombinos. Tales pasajes se refieren siempre al dios del viento.

El ulterior desarrollo de la figura del Quetzalcoatl de Tula ha sido investigado por Lafaye bajo consideración especial al desarrollo de la conciencia nacional mexicana. Era vital para los *criollos* tener el enlace de la tradición y la religión de los indígenas con la Biblia. Pretender así, que Santo Tomás fuese el antiguo predicador de los indios resolvía el dilema de tener que identificar a algún apóstol de este continente. En eso se hacía referencia especial al dios-héroe Ce Acatl Quetzalcoatl (Lafaye: 250). De los escritos del heraldo de la independencia mexicana, Fray Servando Teresa de Mier, deduce Lafaye que esta identificación constituía patrimonio típico de la subcultura criolla de la Nueva España. Aquel autor afirma haber aprendido de su padre, que todo criollo culto sabía que Santo Tomás era llamado Quetzalcoatl por los indios. Este comentario permite a Lafaye concluir que de ninguna manera se trataba de un rasgo de fé popular (Lafaye: 368).

36. Comentarios finales

La evolución, minuciosamente detallada por Lafaye, es de gran importancia para la mexicanística. Es ella la que nos demuestra el porqué de la actitud titubeante, con que la mexicanística, una ciencia regional, siempre se había enfrentado al complejo de problemas dado por los presagios de la conquista y especialmente de la supuesta esperanza del retorno del *dios blanco Quetzalcoatl de Tula*. La mexicanística se originó en el siglo diez y nueve y se fundamentó sobre los cronistas del siglo diez y seis, pasando por historiadores importantes del siglo diez y siete y diez y ocho, a pesar de que varios textos estaban perdidos y tuvieron que volverse a localizar. Es el hecho de esta transmisión directa de la tradición, tal y como la vemos a través de exponentes como Carlos de Sigüenza y Góngora o Lorenzo Boturini, el que trajo consigo la persistencia de intereses como los destacados por Lafaye. Fue así, que las fuentes, los fundamentos de esta ciencia, jamás sometidos al ojo metódicamente crítico en su conjunto, pudieron originar la persistencia de los intereses a veces obvios de los autores del siglo diez y seis. Ya había habido críticas, en donde debemos destacar los nombres de Joaquín García Icazbalceta y Alfredo Chavero. Este último, al editar y comentar las obras de Fernando de Alva Ixtlilxochitl, califica toda profecía de la llegada de los españoles en cantos y leyendas como obras que son posteriores a la conquista. Dado el motivo, ataca a Brinton y de manera bien fundada, (se refiere esto a la información de Alva sobre cantos de Nezahualcoyotl) declara decididamente que en contra de la opinión de ese autor no se conocían cantos auténticos de este monarca (Alva: II, 236 nota de comentario # 1). Seguramente necesitó Chavero para ello tanto coraje y valor como sus contemporáneos y paisanos, quienes por motivos metodológicos cuestionaban los supuestos documentos de la aparición de la Guadalupana, siendo acusados por enardecidos oponentes de traición a la patria y delitos parecidos.

No hubo continuidad tras las observaciones de Chavero, ni por parte de él ni por otros. La ciencia establecida o bien simplemente pasaba de lado el problema o trataba arbitrariamente de adjudicar elementos compatibles a un esquema racional, que habría de constituir una reconstrucción de la tradición mexicana antigua. Ponemos como ejemplo de ello, a fin de no ofender memorias de unos que hayan contribuido menos a la ciencia, al meritorio maestro de la mexicanística de la vuelta del siglo, Eduard Seler. Este designa la leyenda de Quetzalcoatl como *mito del Quetzalcoatl* y *mito fundamental de las tribus mexicanas*, dedicándole un capítulo entero de la

sección *Mito y religión de los antiguos mexicanos*, del cuarto volumen de sus obras completas. Dado que por desgracia meramente utilizó una evaluación de las fuentes en el sentido de la mitología astral, en aquél entonces muy de boga, en vez de practicar una crítica a fondo de las fuentes, sus resultados aquí no tienen el valor de la mayoría de sus otras obras (Seler: IV, 98 a 156).

De acuerdo a todo esto, la misma historia mexicana se presenta muy desfigurada. Walter Lehmann, uno de los grandes mexicanistas, refiere en la introducción de su importante antología de fuentes, al hablar del fin del reino tepaneca: "Ya pocas generaciones más tarde, bajo Motecuzoma II, se evidenciaron datos francos de decadencia. Este rey erigió el absolutismo, que preocupó no sólo en el interior de su propio reino, sino inquietó también en estados aún libres como Tlaxcala. El rey mismo era supersticioso y de naturaleza titubeante. Así, cayó finalmente en manos de los españoles, quienes con tropas indígenas aliadas (sobretudo de Tlaxcallan) y tras un horrible baño de sangre en Cholula, lograron asentarse en la Ciudad de México" (Sahagún 1949: 27).

Es por ello evidente el por que siempre de nuevo los guías de turistas y las obras de filosofía de la historia nos pretenden endilgar la historia del *dios blanco* y la esperada llegada de los españoles; de tal suerte, el hecho histórico de la conquista de México, convertido en primer país del tercer mundo, se sugiere producto de una chusca confusión de los conquistadores con seres superiores, junto con los prejuicios de ello resultantes. Ideas tan abstrusas bloquean la evaluación metódica de la historia y cultura de Mesoamérica de los tiempos antes, durante y poco después de la conquista.

Tratamos de resolver el vacío inicialmente mencionado, entre las obras de Frankl y Lafaye. La revisión del total de las fuentes nos aclaró la génesis de la leyenda de *Quetzalcoatl de Tula* a partir del *Topiltzin Ce Acatl de Tula* mencionado en pasajes de la historiografía mexicana antigua. Este personaje, que aparece en la transición de los mitos de la creación a la historiografía dinástica, es de carácter completamente pagano, al igual que las obras que se le atribuyen. Unos pocos, pero muy claros pasajes, comprueban que este héroe recordado (originador del dominio y de la dinastía, así como conquistador) era esperado retornar alrededor de la mitad del siglo diez y seis. Se le entrelazaba con el dios del viento Quetzalcoatl, cuyo sobrenombre llevaba, mismo cuyo retorno era igualmente esperado.

La historiografía de los padres declara en cambio que Topiltzin había sido aguardado desde antes de la conquista. El primer exponente de tal noción es Motolinía, alrededor de 1540. Dado que no podemos suponer que los padres hayan dado publicidad a la esperanza del retorno, tal y como se le entendía por la plebe indígena, concepto que rechazaban (véase sobretudo Sahagún), queda tan sólo la explicación del desarrollo de esta idea prehispánica nutrido por la fé revitalística del pueblo. Sin lugar a duda fueron los educandos de los monjes, indios nobles, los que transmitieron esta fé popular.

La clave, para llegar a esta conclusión, estriba en detectar la deformación progresiva de la figura de Ce Acatl, cada vez menos compatible con la cultura antigua conforme avanzaban las fuentes. El análisis se vió dificultado por el disímil estado evolutivo de documentos casi contemporáneamente redactados. Así por ejemplo, la *Leyenda de los Soles* y los *Anales de Quauhtitlán*, fuentes que representan la tradición centromexicana original virtualmente sin deformación, son en el tiempo de redacción posteriores a los escritos de los que preparaban el amalgama de Ce Acatl y el dios del viento Quetzalcoatl Ecatl, es decir Motolinía, Gómara y las Casas. Claro que en ello era determinante la fuente informativa de estos autores: la antigua tradición mesoamericana o las imaginaciones y deseos de los nobles indígenas cristianizados. Es probable que los nobles se viesen motivados por los cambios del entendimiento popular de las bajas clases indígenas y a su vez provocado por el nativismo; sin embargo, las referencias al respecto son pocas y muy lacónicas. La evolución que al respecto presentamos es meramente un rastreo rudimentario que para mayor aclaración requeriría de material documental adicional, del cual no se dispone.

Índice de libros citados

Acosta, Padre Joseph de, SJ.

1962: *Historia natural y moral de las Indias*. México, Buenos Aires.

Alva Ixtlilxochitl, Fernando de.

1965: *Obras históricas*. 2 vols. México.

Alvarado Tezozomoc, Hernando de.

1975: *Crónica mexicana*. México.

Anales de Quauhtitlan.

1974: Manuscrito anónimo. En: *Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas I*. Stuttgart.

Barlow, Robert.

1945: La crónica X. En: *Revista mexicana de estudios antropológicos VII*: 65 a 87.

Burgoa, Fray Francisco de.

1934: *Geográfica descripción*. 2 vols. Publicaciones del Archivo General de la Nación XXV, XXVI. México.

Cantares mexicanos.

1965: Manuscrito anónimo. En: Angel Ma. Garibay: *Poesía Nahuatl II*. México.

Cavo, Fray Andrés.

1852: *Los tres siglos de Méjico, durante el gobierno Español hasta la entrada del Ejército Trigarante*. México.

Chilam Balam, *El libro de los libros de*.

1948: Manuscrito anónimo. México y Buenos Aires.

Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Francisco de San Antón Muñón.

1958: *Das Memorial Breve acerca de la Fundación de la Ciudad de Colhuacán*. En: *Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas VII*. Stuttgart.

1965: Relaciones originales de Chalco Amaquemecan. México y Buenos Aires.

Códice Aubin.

1576 - 1902: Manuscrito anónimo. En: Colección de documentos para la historia de México IV. México.

Códice Vaticanus A.

1900: Manuscrito anónimo. (*Il manoscritto messicano Vaticano 3738, detto il "Codice Rios"*). Rom Graz 1979.

Códice Telleriano-Remensis.

1899: Manuscrito anónimo. Paris.

Códice Vindobonensis.

1963: Manuscrito anónimo. Graz.

Cogolludo, Fray Diego López de.

1971: *Tres siglos de la dominación española en Yucatán o sea historia de esta provincia*. 2 vols. Graz.

Cortés, Hernán.

1963: *Cartas y documentos*. México.

Costumbres de la Nueva España.

1945: Manuscrito anónimo. En: *Tlalocan II*, 1.

Crónica mexicayotl.

1949: Manuscrito anónimo. México.

Díaz del Castillo, Bernal.

1962: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 2 vols. México.

Durán, Fray Diego.

1967: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra firme*. 2 vols. México.

Epistolario de Nueva España.

1939 et seq. 16 tomos. México.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo de.

1851 a 55: *La historia general de las Indias*. 4 vols. Madrid.

Frankl, Victor.

1963: *Imperio particular e Imperio universal en las "Cartas de Relación" de Hernán Cortés*. En: Cuadernos Hispanoamericanos No. 165; 1 a 40.

1966: *Die "Cartas de Relación" des Hernán Cortés und der Mythos der Wiederkehr des Quetzalcoatl*. En: ADEVA-Mitteilungen 10. Graz.

Garibay, Angel Ma.

1964 et seq.: *Poesía Nahuatl*. 3 vols. México.

Gómara, Francisco López de.

1554: *Historia de México, con el descubrimiento de la Nueva España*. Amberes.

Grijalva, Fray Juan de.

1624: *Crónica de la orden de nuestro santo padre Agustín en las provincias de México*. México.

Guerra, Francisco.

1971: *The Pre-Columbian Mind*. London.

Herrera, Antonio de.

1726-1730: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Oceano*. 4 vols. Madrid.

Historia de los mexicanos por sus pinturas .

1891: Manuscrito anónimo. En: Nueva Colección de documentos inéditos para la historia de México. III; 228 ff. México.

Historia Tolteca-chichimeca.

1937: Manuscrito anónimo. En: Baessler-Archiv, Beiheft 9.

Histoire du Mechique.

1905: Manuscrito anónimo. En: Journal de la Société des Américanistes. N. S. II, 1 ss. Paris.

Incháustegui, Carlos.

1977: Relatos del mundo mágico mazateco. México.

Lafaye, Jacques.

1974: Quetzalcoatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale en Mexique. Paris.

Las Casas, Fray Bartolomé de, O.P.

1967: Apologética Historia. 2 vols. México.

Landa, Fray Diego de, O.F.M.

1966: *Relación de las cosas de Yucatán*. México.

Leyenda de los soles.

1974: Manuscrito anónimo. En: Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas I. Stuttgart.

Linton, Ralph.

1943: *Nativistic Movements*. En: American Anthropologist 45. pp. 230 a 242.

Memorial de Sololá.

1950: Manuscrito anónimo. México.

Mendieta, Fray Gerónimo de, O.F.M.

1971: *Historia eclesiástica indiana*. México.

Miller, Walter.

1956: *Cuentos mixes*. México.

Molina, Fray Alonso de, O.F.M.

1970: *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*. México.

Morley, Sylvanus G.

1956: *The Ancient Maya*. 3a. ed. Stanford.

Motolinía, Fray Toribio de Benavente, O.F.M.

1967: *Memoriales*. Guadalajara.

1973: *Historia de los indios de Nueva España*. México.

Múñoz Camargo, Diego.

1892: *Historia de Tlaxcala*. México.

Origen de los mexicanos.

1891: Manuscrito anónimo. En: Nueva Colección de documentos inéditos para la historia de México. III, 281 ss.

Padden, R. C.

1967: *The Hummingbird and the Hawk*. Ohio State University Press.

Parsons, Elsie C.

1936: *Milla. Town of the Souls*. Chicago y London.

Phelan, John L.

1970: *The Millenary Kingdom of the Franciscans in the New World*. 2a. ed. Berkeley y Los Angeles.

Popol Vuh.

1953: Manuscrito anónimo. 2a. ed. México.

Publicaciones del Archivo General de la Nación: Vol. I: *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzoco*. 1910. México. Vol. III: *Procesos de indios idólatras y hechiceros*. 1912. México.

Relación de genealogía y linaje 1892: Manuscrito anónimo. En: Nueva Colección de documentos inéditos para la historia de México III: 263 ss. México.

Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala II, 1985. México.

Relaciones de Yucatán.

1898 y 1900: varii autores. En: Colección de documentos inéditos de ultramar. Serie II, vol. XI y XIII. Madrid.

Román y Zamora.

1897: *Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista*. 2 vols. En: Colección de libros raros que tratan de América XIV y XV. Madrid.

Ruíz de Alarcón, Br. Hernando.

1953: *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales de esta nueva España*, escrito en México, año de 1629. En: *Tratado de idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*. 2 vols. México.

Sahagún, Fray Bernardino Ribeira de, O.F.M.

1949: *Coloquios*. En: Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas III. Stuttgart.

1950 et seq.: General History of the Things of New Spain. Florentine Codez. 13 vols. Santa Fe.

1956: *Historia de las cosas de Nueva España*. 4 vols. México.

Seler, Eduard.

1961: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*. 5 vols. Graz.

Stenzel, Werner.

1967/68: *Tetzaviit. Evidence for the Vision Quest among the Aztecs*. En: Wiener Völkerkundliche Mitteilungen XIV/XV. Neue Folge, Vol. IX/X. Wien.

1970: *The Sacred Bundles in Mesoamerican Religion*. En: Verhandlungen des XXXVIII. Internationalen Amerikanistenkongresses. II: 347 ss. München.

Tello, Fray Antonio de, O.F.M.

1971: *Fragmento de una historia de la Nueva Galicia, escrita hacia 1650*. En: Colección de documentos inéditos para la historia de México II, 343 ss. México.

Torquemada, Fray Juan de.

1723: *Monarquía indiana*. 3 tomos. Madrid.

Tovar, Fray Juan de.

1972: *Origines et croyances des indiens du Mexique*. Graz.

Unos anales históricos de la nación mexicana.

1939: Manuscrito anónimo. En Baessler Archiv XXII/2 y 3. Berlin.

Wallace, R.F.

1956: Movements of Revitalization. En: American Anthropologist 58. pp. 264 ss.

Quetzalcoatl de Tula: Mitogénesis de una Leyenda Poscortesiana, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1991 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, con un tiraje de 500 ejemplares, la impresión estuvo a cargo de Renato del Angel y Carlos Delgado Jaramillo.

RESPECTO DEL AUTOR.

Stenon Warran

Nacido en 1943, austriaco, miembro del Instituto Austriaco para América Latina, Mencionista. De su filología son especialidad en *Stratigraphie*, 1968-71 fue profesor y asistente de Antropología en la East Carolina University, 1972-75 Secretario General de la Comisión Austriaca para la UNESCO en Viena, 1975-79 Agregado Cultural y de Prensa de la Embajada de Austria en México, 1979-1989 desempeñó el cargo de funcionario en el Ministerio Federal de Relaciones Exteriores en Viena, 1989-1987 fue primero Encargado de la Embajada de Austria en Tel Aviv, 1987-1990 desempeñó el cargo de Ministro de la Embajada de Austria en Alemania.